

## INFORMATION TO USERS

This manuscript has been reproduced from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

**The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.** Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each original is also photographed in one exposure and is included in reduced form at the back of the book.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

# UMI

A Bell & Howell Information Company  
300 North Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106-1346 USA  
313/761-4700 800/521-0600

**Order Number 9521299**

**El tema del viaje en la narrativa de Ricardo Güiraldes**

**Michelsen, Jytte, Ph.D.**

**City University of New York, 1995**

**Copyright ©1995 by Michelsen, Jytte. All rights reserved.**

**U·M·I**  
300 N. Zeeb Rd.  
Ann Arbor, MI 48106

EL TEMA DEL VIAJE  
EN LA NARRATIVA DE RICARDO GUIRALDES

by

JYTTE MICHELSEN

A dissertation submitted to the Graduate Faculty in  
Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in partial  
fulfillment of the requirements for the degree of Doctor  
of Philosophy, The City University of New York.

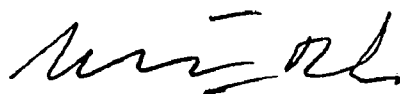
1995

COPYRIGHT BY  
JYTTE MICHELSEN  
1995

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Hispanic and Luso-Brazilian Literatures in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

December 14/1944

Date



Chair of Examining Committee

December 14/1944

Date

Ottavio Di Camillo

Executive Officer

Professor Alberto Blasi

Professor Ottavio DiCamillo

Professor Gregory Rabassa

Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

## NOTA PRELIMINAR

Que el viaje desempeñe un papel importante en la obra de Ricardo Güiraldes es reconocido por la crítica en general, pero hasta ahora se ha notado la ausencia de un trabajo sustancial sobre el tema. El viaje es a nuestro entender no sólo importante sino fundamental en sus textos y pensamos que un estudio detallado de su trascendencia y significado echa luz sobre facetas de la obra de Güiraldes que estaban sin explorar. Objeto de nuestra investigación ha sido su narrativa ya que es allí donde más nítidamente se manifiesta el tema, el cual sin embargo es una visible constante también en su poesía, ensayos, Diario personal y epistolario. De la narrativa las novelas nos proveyeron, todas ellas, de un pertinente y generoso material; no así la treintena de cuentos que escribió, aunque allí puede rastrearse la impronta semántica del viaje en el uso de ciertos vocablos y locuciones. El resto de su obra--édita e inédita--dio apropiado sostén a nuestra investigación y clarificó diversos aspectos del corpus estudiado así como de la psicología y andanza personal del escritor que lo produjera, permitiéndonos reconstruir su particular poética del viaje.

## INDICE

Nota preliminar	iv
1. El viaje como tema literario	1
2. "Tener alma de proa": el escritor en sus viajes	26
3. Ricardo Güiraldes: un teorizador aistemático y fragmentario	54
4. <u>Don Segundo Sombra</u> : singularidad y trascendencia de un sendero circular.	91
5. Fidelidad de <u>Raucho</u> al esquema tradicional y clásico de circularidad.	143
6. <u>Peregrinatio</u> y la relectura de <u>Don Segundo Sombra</u> y <u>Raucho</u> en clave de <u>peregrinatio</u>	173
7. <u>Rosaura</u> y las implicaciones del viaje rectilíneo	212
8. <u>Xaimaca</u> : del arco circular a la recomposición conjetural del círculo.	230
Postfacio	279
Bibliografía	294

## CAPITULO 1

## EL VIAJE COMO TEMA LITERARIO

La producción de textos estrictamente literarios que contengan el tema del viaje está acompañada de otra cuya literaturidad es pretexto para la comunicación, no siempre rigurosa, de información histórica y geográfica. Ella ya es abundante en el mundo clásico y muchas veces por esa misma falta de rigor que la caracteriza, resulta de difícil deslinde con la ficción narrativa. Con el trascurrir de los siglos la preocupación por la exactitud se hace más visible y llega al rigor científico en el XVIII. Permítasenos recordar algunos nombres y obras antes de abocarnos a la literatura propiamente dicha.

Los viajes eran en los tiempos antiguos expediciones hechas con fines económicos o militares y eran descritos bajo forma de relatos de aventuras con abundancia de elementos épicos y fantásticos. En Herodoto se registra por primera vez una tendencia a la descripción exacta, tendencia que se afirmaría luego en los historiadores y cosmógrafos griegos y romanos que le sucedieron en el tiempo: Piteas, Polibio, Estrabón, Tácito, Pausanias. Por su parte, los hombres de armas habían producido con profesional exactitud y no poca vocación política la narración de sus campañas, tal el caso de Julio César y Jenofonte. Una pretendida objetividad les lleva a abrazar

la tercera persona en el trámite de lo narrado.

En la Edad Media los viajes eran motivados en primer término por las peregrinaciones y en segundo por las necesidades de una expansión económica. Los grandes santuarios cristianos y musulmanes--Jerusalén, Roma, Compostela, la Meca--tenían una enorme potencia como generadores de viajes, algunos de los cuales tuvieron como subproducto textos donde eran descritos. Los más antiguos corresponden a personas santificadas como Jerónimo, Porfirio, Sylvain de Toulouse, Wilphage, Antonino el mártir, Willibald, Bernardo, y pueden, por su abundancia de detalles concretos y prácticos, ser considerados como uno de los predecesores de la moderna guía turística (Roussel 30). En cuanto al peregrinaje en el mundo musulmán, una de las descripciones más ricas y mejor documentadas fue provista por Ibn Batutah quien hizo varias veces el viaje a la Meca.

Párrafo aparte merece el "caballero inglés", Sir John Mandeville, creatura enigmática en torno a cuyos viajes se centra Travels of Sir John Mandeville (s. XIV), de autoría oscura pero que quizás se debió a la pluma de Jean de Bourgogne (Ley y Camp 155). Este texto difiere notablemente de los anteriores en que contiene una formidable descarga imaginativa. La difusión y la enorme popularidad de que gozó, sobrevivió en mucho el momento de su escritura.

En el siglo XIII aparecen las primeras descripciones de viajes serias sobre Asia: corresponden a los viajes diplomáticos hechos por los monjes Carpini y Rubruck a Mongolia. De fines del mismo siglo data un breve relato destinado a los ricos comerciantes venecianos en que su autor, Marco Polo, narra casi un cuarto de siglo de interminables viajes por el Tibet, la China meridional y la India al servicio del Gran Khan. El libro, de un valor documental extraordinario para la época, desbordó el mundo veneciano y fue como una llave mágica para la imaginación occidental atraída por el lejano Oriente. El camino estaba así preparado para los descubridores del siglo XV y para sus sucesores, hombres a quienes movió tanto la curiosidad como el apetito de riquezas.

Los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI provocaron una abundante literatura que se veía atendida por la avidez de los lectores y favorecida por la "galaxia de Gutenberg". Mencionemos entre los textos más importantes por lo menos los referentes a los viajes hechos por Alvise da Ca'da Mosto, bajo la egida de Enrique el Navegante, y Bartholomeu Dias a Africa; los de Vasco da Gama y Lodovico di Varthema a India; los de Colón, Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Alvar Núñez y los frailes Toribio de Benavente y Gaspar de Carvajal a América; los de Balboa y Magalhães al Pacífico. Algunos de estos textos son descripciones directas hechas por

hombres que participaron en los viajes de descubrimiento, como sucede en los casos de Alvise da Ca'da Mosto, Lodovico di Varthema, Cortés, Bernal Díaz del Castillo, los frailes Toribio de Benavente y Gaspar de Carvajal, y Alvar Núñez. El viaje de Magalhães fue comunicado por el italiano Pigafetta, uno de los pocos sobrevivientes de aquel extraordinario periplo cumplido por Magalhães y Elcano, y su descripción es considerada por los historiadores como una de las mejores. En el caso de Vasco da Gama, la única descripción directa consiste en un Roteiro--cuaderno de bitácora--de autoría desconocida. Otros de los textos estuvieron a cargo de contemporáneos que poseían suficiente conocimiento para evaluar las hazañas de los descubridores. Así, el viaje de Bartholomeu Dias fue comunicado por Duarte Pacheco Pereira y el de Balboa por Gonzalo Fernández de Oviedo. Los viajes de Colón, como es bien sabido, fueron transcritos por Bartolomé de las Casas.

Añadamos que en el siglo XVI aparecieron las primeras colecciones de viajes, de indiscutible valor, según John H. Parry, para el conocimiento de la época de los descubrimientos (373). Las tres más importantes eran las editadas por Fracanzano da Montalbodo, Giovanni Battista Ramusio y Richard Hakluyt. La primera, Paesi novamente ritrovati, fue publicada en Vicenza en 1507; la segunda, Delle navigationi e viaggi, en Venecia en 1550 y la

tercera, The Principall Navigations, Voiages and Discoveries of the English Nation, en Londres en 1589 (Parry 373-74).

En el siglo XVII los relatos de viaje se vuelven más literarios y anecdóticos. Dos excepciones son, hacia fines de siglo, los relatos de William Dampier, explorador inglés quien viajó por el Pacífico y Jacques Marquette, misionario jesuita y explorador francés quien exploró parte del río de Mississippi.

En el siglo XVIII, en cambio, los relatos de viaje revisten un carácter decididamente científico: los de los franceses Louis Antoine de Bougainville, Jean François de La Pérouse, Yves-Joseph de Kerguelen y de los ingleses James Cook y George Vancouver, que surcaron todos los mares del mundo, en particular el Pacífico, están cargados de preocupaciones científicas y pesaron a su vez en la evolución de las ideas filosóficas de su tiempo. Por su parte, otros viajeros que más anduvieron por tierra que por mar produjeron importantes estudios científicos que resultaron un punto de partida para el conocimiento moderno de las ciencias naturales y las geográficas. Nos referimos al francés Charles-Marie de La Condamine quien en una odisea de diez años exploró el Perú y las Amazonas y al alemán Friedrich Heinrich Alexander von Humboldt que exploró la América tropical y la meridional.<sup>1</sup>

De los siglos XVI a XVIII datan los relatos referentes

al Grand Tour por Europa que correspondía a la formación de un joven de alto rango social y cuyo espécimen clásico es el hecho por James Boswell, escritor escocés conocido sobre todo como biógrafo de Samuel Johnson: Boswell on the Grand Tour, Germany and Switzerland, 1764. De acuerdo con Eric J. Leed el Grand Tour era un casamiento de dos tradiciones anteriores: una caballeresca--el Vers sacrum gótico de la Edad Media--la otra académica --peregrinatio academica--(185). Los relatos sobre el Grand Tour difícilmente se dejan clasificar en cuanto a forma, contenido y estilo; se pueden sin embargo distinguir, según Thomas Curley, tres grupos principales: los escritos antes de 1620 que enfatizan el estudio de gobiernos extranjeros con miras a una carrera pública; los aparecidos entre 1620 y 1670 que enfatizan el mejoramiento moral y las Bellas Artes; los publicados después de 1670 que acentúan los estudios científicos como también los estudios humanísticos del arte, de las costumbres ajenas y del arte de gobernar (67). Del Grand Tour nace una nueva noción del viaje: la del viaje en sí mismo como educación--asistemática--, "a civilizing and cultivating process" en palabras de Leed (185).

El siglo XIX, por antonomasia el siglo de exploración, enriquece los anaqueles del armchair traveller con una numerosa floración de volúmenes cuya presencia en otra coyuntura técnica y económica repite el prodigioso éxito

de los libros que correspondieron al descubrimiento de América. En la vasta lista son de imprescindible mención al menos los de los franceses Abel Aubert Dupetit-Thouars, Jules-Sébastien-César Dumont d'Urville y del ruso Adam-Ivan de Krusenstern para los mares australes; los de los ingleses Sir John Franklin y Sir James Clark Ross para los mares árticos. La exploración de los continentes, en particular la de Africa, resultó en una abundante literatura de relatos y estudios científicos: los de los ingleses Sir Richard Francis Burton y Charles Montagu Doughty para el mundo árabe; los del alemán Gustav Nachtigal, del escocés David Livingstone y del inglés Henry Morton Stanley para el africano; los del sueco Sven Anders Hedin para el asiático. Y solitario y fundamental, con su verba entusiasta y desbordes expresivos, Charles Darwin, el naturalista inglés que a bordo del Beagle circumnavegó el globo en brazos de las ciencias naturales. De fines del siglo XIX y del XX data un número de estudios sobre regiones extremadamente remotas que gracias a los progresos técnicos se habían vuelto accesibles: entre los más importantes se hallan los del sueco Niels Adolf Erik Nordenskjöld, los de los noruegos Roald Amundsen y Fridtjof Nansen, los del inglés Robert Falcon Scott y del francés Paul-Emile Victor para el mundo polar y los del neozelandés Edmund Percival Hillary para el asiático (Himalaya).<sup>2</sup>

Entraremos ahora en el recinto literario propiamente dicho. El hombre como inventor de viajes y comunicador de sus invenciones es un producto cultural de notable longevidad. Ya en lo que alguna vez solía llamarse "la noche de los tiempos" hubo un anónimo hacedor que inventó a Gilgamesh o a Arjuna. Veamos algunos de los hitos más salientes de tan sostenida y dilatada actividad que se perpetúa aún en nuestros días. Como imprescindible punto de partida debemos establecer y aceptar con Curley que tres prototipos esenciales y diferenciados rigen el corpus narrativo de la literatura que tiene que hacer con el viaje. Curley refiriéndose a los protagonistas de las novelas del período georgiano, sostiene: "Historical and literary traditions combined to make him an archetypal wanderer following contemporary tourist conventions while re-creating the journey patterns formulated chiefly by Homer, the Bible, and Cervantes" (39). Establecida esta premisa inicial que no es este el momento de elucidar, en un terreno más concreto tenemos de coincidir con Hélène Lefebvre en su definición de la épica y la novela como los campos literarios preeminentes para la exploración del tema del viaje: "Par leur prédilection (non exclusive) pour une structure fondée sur le déplacement, deux genres se partagent l'essentiel du thème: l'épopée et le roman" (13). Esto no significa desconocimiento ni menos desinterés por la riquísima cantera que puede hallarse

para el mismo tema en los otros géneros literarios, sino una respuesta imprescindible a la necesidad sistemática y a la vez de economía expresiva que corresponde a este estudio preliminar conectado a la discusión del tema respecto de la obra de un autor específico: Ricardo Güiraldes.

Siguiendo con este sistema de razonamiento cabe comenzar con el mundo de la épica. Allí encontramos en primerísimo término la triada de los folk epics precristianos más salientes, a saber el milenario Gilgamesh, los textos del ciclo homérico y la Mahabharata. A la que sigue la nutrida lista de folk epics de nuestra era que en cierto modo llega hasta el propio siglo XIX con la compilación hecha por Elias Lönnrot de los antiguos cantos populares del Kalevala finlandés. De dicha lista haremos en orden cronológico mención de sus especímenes más notables comenzando con Beowulf, Chanson de Roland, Cantar de mio Cid, Nibelungenlied, La Araucana, que establece la presencia de América, y terminando por Os Lusíadas. Mención aparte merecen los que la crítica ha dado en llamar art epics: Aeneis, Divina Commedia, Gerusalemme liberata y Paradise Lost.

Rasgo general de la épica es que el héroe obedeciendo al mandato de una divinidad y encarnando en su persona a su pueblo emprende el viaje, que suele cubrir enormes distancias, como cumplimiento de aquella voluntad. Este

viaje probablemente no hubiera sido emprendido si no fuera por orden divina, pero el viajero llevado por su vocación de héroe, se enfrentará sin temor a los numerosos peligros que contiene el viaje. La acción es así constituida por los hechos desfavorables--que siempre son superados--y los favorables--intervención de fuerzas supranaturales como dioses y ángeles--que se interponen entre el punto de partida y el de llegada. Condición inseparable del relato épico es que el héroe vuelva al punto de su partida, a reunirse con los suyos que durante el viaje ha encarnado y quienes gratificarán sus hazañas, cerrando con ese regreso una imagen cinematográfica de inherente estructura circular.

Radicalmente distinta es la actitud del héroe de los libros de aventuras caballerescas--algunos en verso, otros en prosa--, visiblemente influidos por la épica en forma y propósito, pero sin corresponder estrictamente a la fórmula épica, y con los cuales nace una nueva imagen del viaje literario. El viaje del caballero puede ser motivado por el amor, elemento ausente o de poca importancia en la épica, por motivos religiosos o, como sucede en muchos casos, por el simple deseo de aventuras. Su partida, en general ni pública ni ceremonial y por tanto distinta de la del héroe épico, suele ser de carácter voluntario. Parte en general solo, no acompañado como el héroe épico, pues busca ser el dueño absoluto de su propia aventura.

El propósito de su viaje es la búsqueda de fama y gloria, el probarse multiplicadamente como caballero y a través de todo ello el obtener riquezas y situación. En esto difiere del héroe épico quien ya es dueño de poder en el momento de partida y que por tanto lleva como propósito el de mostrar o extender dicho poder. El viaje del caballero reviste sin embargo también un carácter altruista, ya que se muestra siempre protector de los débiles y campeón de la justicia. Su viaje no tiene forzosamente que cerrarse por un regreso al punto de partida, dado que el grupo que podría gratificar sus hazañas, es decir otros caballeros como él, constituirían un grupo eminentemente móvil. Su viaje a diferencia del heroico es un viaje individualizador, un viaje que define a la persona que lo emprende no como miembro de un grupo, sino como individuo, como ser autónomo (Leed 35-41). Mencionemos al final en orden cronológico unos pocos ejemplos representativos de este tipo de libro: Yvain, Perceval, Parzival, Libro del caballero Zifar, Sir Gawain and the Green Knight, Il Morgante, Le morte d'Arthur, Amadís de Gaula, The Faerie Queene.

Es inexcusable a esta altura mencionar a Don Quijote, reacción terminante contra los libros de aventuras caballerescas--de los cuales hallamos cumplido inventario en el capítulo 6 de la primera parte--o quizás leído de otra manera culminación artística del género. La obra se

construye en torno a una circularidad, la de un viaje frustrado luego de numerosos accidentes, si atendemos a los objetivos datos de la realidad. O quizás leída desde un ángulo óptico diametralmente opuesto, esa circularidad corresponda a un viaje cumplidamente realizado en el plano espiritual. Esa ambigüedad tan definida que permea el discurso cervantino se abre como todos sabemos a múltiples lecturas. Poniéndonos fuera del terreno de la especulación, es normalmente aceptado que con el Quijote nace la novela moderna; razón tiene P.M. Pasinetti para sostener que "in this respect, in his having found a way to bring together concrete actuality and highly ideal values, Cervantes can be said to have fathered the modern novel" (1161). Tampoco es novedad la presencia indeleble del modelo cervantino en numerosos escritores de diversas latitudes, posteriores en el tiempo a Cervantes. John Boynton Priestley reflexiona con agudeza en torno a este generosa herencia: "Through its bustle of roads and inns, its sense of movement, colour, and life, he reached far forward to inspire all the novelists who set their characters wandering, and gave godspeed to Gil Blas and Tom Jones and Wilhelm Meister and Mr. Pickwick and Sam Weller"(50).

Junto al Quijote y cronológicamente más antigua que éste en tanto que género, la novela picaresca es otro poderoso factor estructurante de buena parte de la producción novelística. Ella aparece en el siglo XVI con

Lazarillo de Tormes (1554) y aparte de la numerosa floración que le corresponde en el mundo hispanohablante (Guzmán de Alfarache, Historia de la vida del Buscón, La pícara Justina, Marcos de Obregón y otros) se ramifica en otros territorios lingüísticos. Así tenemos en Alemania Simplicissimus, en Francia Gil Blas, en Inglaterra Moll Flanders y Roderick Random.<sup>3</sup> Tema importante en la novela picaresca es el del viaje y de la errancia, ambos en general ligados al deseo de conocer el mundo y el deseo, ilusorio quizás, de libertad. Las andanzas del pícaro le ponen frente a numerosas aventuras, normalmente desconectadas entre sí, y numerosos encuentros azarosos y fortuitos. El pícaro no suele evolucionar como consecuencia de sus experiencias ni moral ni espiritualmente. Es pícaro al principio y sigue siéndolo al final. Si cambia, se trata en general de un cambio externo que suele traducirse en un mejoramiento de su situación social. Saca sí de sus experiencias una lección negativa que con frecuencia conduce a una visión amarga y pesimista de los hombres y del mundo.

Como los libros de aventuras caballerescas fueron los antecesores formales del Quijote, las modernas novelas de aventuras, que empiezan a escribirse en el siglo XVIII y florecen sobre todo en el XIX, fueron, de acuerdo con Georg Lukács, sus herederos formales (130).

En el siglo XIX, siglo de la exploración y de la

colonización, las tierras, los mares, sus exploradores, sus bandidos y toda la otra fauna que acompañó el proceso de desplazamiento, y aún territorios míticos dentro o fuera del globo terrestre, darán campo a una afanosa tarea literaria estimulada por un lectorado no menos afanoso que los productores de la letra impresa. Tal actividad, practicada a la sombra de la industrialización del arte de imprimir, será realzada por diversos condimentos, desde la pasión por lo exótico, propia del siglo, hasta la especulación que roza con lo fantástico. El protagonista de este tipo de novela es en general llevado por el demonio de la aventura; las experiencias vividas en el camino lo prueban y lo envejecen pero sin marcar o formarlos (Jost 99). Dicho de otra manera, el protagonista no suele sacar de sus experiencias ninguna lección. Mencionemos de la vasta lista de estas obras algunos especímenes clásicos: Robinson Crusoe, The Last of the Mohicans, Moby Dick, Le tour du monde en quatre-vingts jours, Treasure Island, Huckleberry Finn, Il corsaro nero, Kim, The Rover.

Familia aparte pero con ciertos rasgos comunes son aquellas novelas particularmente del siglo XVIII, pero que pueden rastrearse en muy diversas épocas, en las cuales la fingida aventura--ucrónica y utópica--es el pretexto para que el novelista esgrima las armas de la sátira o asuma la posición del filósofo o del pensador: Gargantua et

Pantagruel, Histoire comique des états et empires de la lune, Gulliver's Travels, Micromégas.

Contrario a lo que sucede con el protagonista de este tipo de novela, el del Bildungsroman es marcado y formado de manera definitiva por las aventuras que encuentra en sus peregrinaciones por el mundo. El aprovecha las lecciones de ese mundo: aprende y madura como consecuencia de las experiencias, desgracias y derrotas que inevitablemente se presentan en su camino; llega a través de su confrontación con el mundo a conocerse a sí mismo, a saber cuál ha sido el sentido de todo lo sufrido en el camino y cuál es su destino. Su viaje, que presenta en general el modelo clásico, circular, resulta así una manera de realizar el antiguo gnothi seauton. Viaje espiritual en que, según François Jost, "la distance intérieure parcourue donne la mesure du progrès accompli" (104). Entre los Bildungsromane más importantes se hallan Wilhelm Meisters Lehrjahre--"seminal instance of the Bildungsroman" en palabras de Meyer H. Abrams (244)--, Heinrich von Ofterdingen, Der grüne Heinrich, Der Nachsommer, Der Zauberberg. En otros territorios culturales existen abundantes novelas que de alguna manera tienen que ver con el desarrollo de un personaje, con la expansión de su personalidad; tales novelas tienen sin duda ciertos parentescos con el Bildungsroman alemán, pero en ellas es en general ausente el "philosophical

radicalism", de acuerdo con Martin Swales tan típico de este último (163). En el caso de Inglaterra podrían mencionarse The Adventures of Philip, The Adventures of Harry Richmond, Of Human Bondage; en el de Francia Vie de Henry Brulard, Voyage en Orient, Jean-Cristophe; en el de Rusia Obyknovennaya istoriya.

Guillermo Ara habla de la tendencia, sobre todo en el mundo anglo-sajón, a clasificar las aventuras oceánicas, trasatlánticas o cosmopolitas en "viajes y aventuras". Esta tendencia es, según Ara, menos visible en Francia, "tal vez porque el viaje, para el escritor francés, suele ser más bien un modo de andar por caminos interiores que el paisaje extraño refleja" (209). Chateaubriand fue quien en realidad inauguró este tipo de viaje, esencialmente romántico y hecho bajo el signo del exotismo, con su Itinéraire de Paris à Jérusalem, publicado en 1811. A diferencia de anteriores récits de voyages, en que había abundado la información de tipo geográfico, histórico, religioso, el de Chateaubriand constituía, de acuerdo con Frans C. Amelinckx, "un appel à l'imagination plus qu'à la stricte observation des choses et des hommes, des faits et des mœurs"; esta idea se complementa y perfecciona cuando Amelinckx establece: "Le moi romantique s'installe dans le cadre du voyage. Les pays visités, les paysages décrits deviennent les miroirs des émotions du voyageur" (192).

El gusto por la introspección y la pasión por el exotismo colorarán la nueva actitud literaria. En cuanto al exotismo, es de sobra conocida su constante presencia en las artes del siglo XIX. Desde Chateaubriand hasta Pierre Loti, ya al final de dicho siglo, pasando entre otros muchos por Lamartine (Le voyage en Orient), Gérard de Nerval (Voyage en Orient), Fromentin (Une année dans le Sahel), Flaubert (Salammbô) esa búsqueda de luz que viene de Oriente cubre numerosos textos de viaje así como novelas propiamente dichas, particularmente en el recinto lingüístico francés. Imbuidos de copiosas lecturas sobre Oriente los escritores, nuevos peregrinos secularizados, partían hacia él en busca de contrastar realidad e imaginación.

Añadamos al final que si bien en sentido estricto no son novelas, los récits de voyages del siglo XIX en muchos casos funcionan como ersatz de la novela, provistos como lo están de un personaje central, el propio escritor constituido en héroe de su propio viaje y sacralizado de acuerdo con el correspondiente Zeitgeist, más los elementos de peripecia que se adjudican a las normales o anormales circunstancias inherentes a todo itinerario. En su mayor parte recibidos por los consumidores de la novela como funciones paranovelísticas, estos textos son indispensables para la comprensión integral de la producción narrativa del siglo XIX.<sup>4</sup>

Como suele suceder en toda sistematización, algunos de los objetos a ser sistematizados o no caen en ninguna de las categorías establecidas o por lo contrario caen en más de una de ellas. Como nuestro propósito ha sido el de diseñar un estudio preliminar o survey de la presencia del tema en campo literario, creemos que la preocupación por una taxonomía universal, si ella fuera posible, excede los normales límites de dicho recuento. Sin embargo, anotaremos aquí algunos de los más prominentes entre aquellos textos que se han escapado de nuestra red. Helos aquí: Metamorphoseon libri XI (El asno de oro), Rasselas, Jacques le fataliste, I promessi sposi, A reliquia.

El presente estudio preliminar quedaría trunco si no añadiésemos una somera anotación de aquellas obras producidas respecto del área rioplatense en los años de la dominación española y las referidas al territorio argentino en tiempos posteriores, ya que tal área y territorio son los propios del narrador que estamos considerando y que en ellos se produjo una sustancial tradición de tal tema literario, tradición a la que no podría ser ajeno Ricardo Güiraldes.

El tema del viaje permea la incipiente literatura rioplatense a partir de sus protostratos, es decir los que coinciden con la llegada de los primeros grupos

Europeos a aquella lejana región. Es así como la crónica de un soldado que venía en la expedición del Adelantado don Pedro de Mendoza se erige en primer testimonio válido de aquel tema, con cierta particularidad: la de que tras veinte años en el Río de la Plata su autor, Ulrich Schmidl, natural de Straubingen y de regreso en su ciudad, produzca en 1567--estimulado por el éxito de libros análogos sobre otras áreas del hemisferio (los de Nicolás Federmann y Hans Staden)--un sabroso Reisebuch de sus experiencias sudamericanas, el cual "gozó de gran crédito, sobre todo a través de las versiones latinas, ilustradas con grabados que se hicieron famosos" (Caillet-Bois, "La literatura" 27).

Poco después de la experiencia literaria de Schmidl, se producirá el primer texto que le hace serie en lengua española: los Comentarios (circa 1554) del andaluz Pedro Hernández en que se cuentan los sucesos correspondientes a la experiencia rioplatense del Adelantado Alvar Núñez y que se difundieron "a la sombra" de los famosos Naufragios en que éste narra la tremenda historia de su exploración de la Florida, el primero de sus dos viajes por América. El texto de Hernández, dotado de "singularidad de expresión, amenidad y colorido" (Caillet-Bois, "La literatura" 39), se verá sucedido por el de un novelesco viajero, Fray Reginaldo Lizárraga (1539?-1609), cuyas descripciones vivas y concisas lo

empinan un poco más en términos estrictamente literarios respecto de sus predecesores. Lizárraga no produjo "un relato novelesco de viajes por comarcas extrañas, sino poco más que una guía destinada a fines prácticos, como un itinerario para peregrinos y misioneros, sin exageraciones ni milagrerías" (Caillet-Bois, "La literatura" 58). El territorio descrito por Fray Reginaldo con rigurosa objetividad es el de sus viajes por el Perú, Tucumán, Chile y finalmente--como titular de su obispado--el Río de la Plata; todas comarcas que en su Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata ve con "temperamento realista, siempre curioso del detalle concreto", construyendo "una pequeña enciclopedia de saberes prácticos" (Caillet-Bois, "La literatura" 62-63).

No faltaron descripciones y relatos de viaje en la abundante escritura de los jesuitas que habitaron el área rioplatense, escritura que acreció cuando fueron forzados al ostracismo y a la diáspora. Algunos nombres deben ser recordados: Anton Sepp, Florián Paucke, Carlo Gervasoni, Gaetano Cattáneo, Pedro José de Parras...

La necesidad de marcar límites con los portugueses trajo a la región comisiones de marinos y agrimensores que espontáneamente se doblaron en naturalistas e historiadores. El más notorio, el naturalista Félix de Azara, produjo unos Viajes que fueron refundidos en su famosa Descripción e historia del Paraguay y Río de la

Plata (circa 1806), celebrada por su detalle y originalidad.

Mención especial merece el Lazarillo de ciegos caminantes (1773) de Alonso Carrió de la Vandra, firmado con el seudónimo Concolorcorvo. Un diario de viaje en que su autor, funcionario de la corona, anota las particularidades de una ruta que correspondía al itinerario de los correos. Era una ruta que iba de Buenos Aires a Lima y que su cronista presentaba a través de un discurso variado y rico, vertido con gracia e ingenio abundantes, lo que permitió a un calificado crítico decir que es "una de las obras más valiosas que produjo el siglo XVIII en nuestra lengua" (Carilla, Introducción 84).

En el siglo XIX surgió una literatura del viaje producida por argentinos cultivados que viajaron fuera de su país natal y principalmente por Europa. Estas impresiones criollas del mundo exterior tienen en la primera mitad del siglo su exponente más importante en Domingo F. Sarmiento quien en sus copiosos Viajes (1845-47) describe en cuadros animados paisajes y grupos humanos de Francia, España, Africa, Italia y los Estados Unidos. Son "cartas tan imaginativas que figuran entre la mejor prosa española de su época" en las que se alternan "sus entusiasmos y depresiones, su solemnidad de profeta y su humorismo" (Anderson Imbert, Historia 230).

En las últimas décadas de ese siglo XIX los miembros de la llamada "generación del 80" proveyeron nuevos libros de viaje y el tema del viaje asomó aun en la incipiente novela nacional. La joya de la corona es en este contexto Una excursión a los indios ranqueles (1870) de Lucio V. Mansilla quien con motivo de un viaje anterior había dado su De Adén a Suez (1854), cargado de exotismo. En su libro mayor que servirá de fuente al Martín Fierro, Mansilla a más de la narración de un viaje único en las letras locales describe un paisaje humano en crisis, el de los ranqueles: "Con prolijidad de naturalista profesional apunta rasgos de un pueblo destinado a extinguirse" (Caillet-Bois, "Lucio" XXVIII).

Sus compañeros de generación--viajeros asiduos en su mayor parte--produjeron abundantes testimonios literarios de sus viajes, en su totalidad de naturaleza fragmentaria --epístolas personales, "correspondencias" a periódicos, diarios, Reisebücher más o menos orgánicos--. Es preciso retener al menos tres de ellos para nuestro inventario. El novelista Lucio Vicente López obtuvo con su viaje a Europa en 1880-81 la sustancia de una serie de envíos al diario El Nacional, el cual luego de publicarlos en sus páginas recogió la serie en volumen con su sello editorial y bajo el título Recuerdos de viaje. Dos amigos de Sarmiento y de López enriquecieron el género: Miguel Cané con En viaje (1883) y Martín García Mérou

con sus Impresiones (1884). Otros textos de la misma naturaleza y generación deben recordarse: Por mares y tierras (1899) de Eduardo Wilde, El viaje intelectual (1904) y Del Plata al Niágara (1897) del franco-argentino Paul Groussac, quien también produjo una novela en la cual el viaje da motor a la narración, en muchos sentidos condicionándola. Se trata de Fruto vedado (1884) que es una historia de adulterio cuya primera parte ocurre en Buenos Aires y en Tucumán y cuya segunda parte narra un viaje a París.

Ingrediente principal de Sin rumbo (1885) de Eugenio Cambaceres son los viajes que entre la capital y su estancia practica Andrés, protagonista de la novela. Este, típico estanciero formado en la ciudad y propietario de bienes raíces, simboliza "los movimientos del alma del escritor y, finalmente, su evolución irreversible, su regreso a las fuentes de sabiduría, de purificación y de vida que sólo el campo puede ofrecer" (Cymerman, Diez estudios, 96-97). Un año antes Cambaceres había publicado Música sentimental, novela en la cual el viaje a Europa--centrado en París y Monte Carlo--és elemento estructurador muy importante; viaje además que de alguna manera anticipa el contenido en Raucho (1917) de Ricardo Güiraldes.

De Angel Estrada, escritor modernista algo d'annunziano, amigo personal de los Güiraldes, podría

decirse que fue un viajero empedernido. Entre 1902 y 1911 publicó cuatro libros de artículos y notas de viaje: El color y la piedra, La voz del Nilo, Visión de paz, Calidoscopio. En 1906 publicó su novela Redención que comienza en 1900 en la exposición universal de París y nos lleva a Jerusalén a través de un rico y complicado itinerario. La ilusión (1910) contiene un reportaje de la vida a bordo de un trasatlántico con destino a Europa y una artística descripción de París y Roma. No son éstas las únicas novelas de Estrada que tengan como escenario el Viejo Mundo; así sucede también con Cadoreto, Las tres gracias, El triunfo de las rosas (1914-18). La falta del paisaje argentino en sus novelas se explica fácilmente "porque Estrada vivió menos en Argentina que en Europa; no se trata de un caso de caprichosas preferencias exóticas" (Henríquez Ureña 217).

Otros escritores de la época coleccionaron en libro sus impresiones de viaje: Manuel Ugarte dio sus Crónicas del bulevar (1903) y Visiones de España (1904), José Ingenieros sus Crónicas de viaje (1909) y Ricardo Rojas sus Cartas de Europa (1908), a lo que habría que adjuntar las de Bartolomé Mitre y Vedia, en su mayor parte no recogidas en libro.

## NOTAS

<sup>1</sup> El viaje de Humboldt corresponde al final del siglo XVIII y dará el tono a las expediciones científicas de la primera mitad del XIX.

<sup>2</sup> Hasta este punto se utilizaron como fuentes principales las obras de Eric J. Leed, Hélène Lefebvre, Willy Ley y Sprague de Camp, René Grousset y Emile G. Léonard, John H. Parry, Neville Williams.

<sup>3</sup> Para una discusión de las diferencias entre las novelas picarescas escritas en el siglo XVII y las escritas en el XVIII, véase Alexander Parker.

<sup>4</sup> Como fuentes principales para este segundo segmento se utilizaron las obras de Frans C. Amelinckx y Joyce N. Megay, David Daiches y Anthony Thorlby, Eric J. Leed, Hélène Lefebvre, Raymond Queneau.

## CAPITULO 2

## "TENER ALMA DE PROA": EL ESCRITOR EN SUS VIAJES

Ricardo Güiraldes [R.G.] fue un viajero asiduo, un practicante de la disciplina del desplazamiento--gozosa disciplina--que era parte del Zeitgeist de la época en que le cupo vivir y al mismo tiempo que una aguda exigencia personal, un requerimiento para los miembros del grupo social al que pertenecía. Es pertinente pues partir del conocimiento del viajero y la memoria de sus viajes antes de elucidar la proyección del viaje en la textualización de su ciclo narrativo. Veremos así que su primer cruce del Atlántico ocurrió cuando tenía un año. El encabeza una larga lista de viajes--larga para la época--de la que inmediatamente haremos mención.

Viaje a Europa 1887-90:

En su carta autobiográfica a Guillermo de Torre R.G. escribe: "Mis padres fueron a Europa cuando yo tenía un año y pasaron allí cuatro" (27).<sup>1</sup> Había nacido el 13 de febrero de 1886, lo cual quiere decir que sus padres emprendieron viaje en 1887; de acuerdo con su propia información deberían haber vuelto en 1891, pero por una foto de R.G. y su hermano Manuel J. (Amigos del Libro, Catálogo ítem 318) sabemos que ya en el año 1890 estaban de vuelta en Buenos Aires. El viaje duró en otras

palabras cuatro años escasos. Por el artículo "Un hombre" publicado en Proa y en que R.G. habla de su encuentro con Valery Larbaud, sabemos que "Europa" quiso decir París: "La casa [de Larbaud] era tan francesa como la que de niño he habitado en Saint-Cloud, donde había limaces que siempre dan la espalda a su baboso camino de plata. La humedad de los arbolados patios franceses ha sido de mis primeros años" (615). Podemos añadir que Saint-Cloud es un barrio residencial en la margen izquierda del Sena, conocido por su parque monumental diseñado en el siglo XVII por André Le Nôtre (Guide Vert Michelin, Paris 210-12).

#### Viajes a Quequén 1898, 1899:

En la misma carta leemos: "Hasta los 14 años tuve asma infantil. Por eso fui dos veranos al mar en Quequén, ciudad en veremos rodeada de campos de propiedad de nuestra familia" (35). Habría que relacionar este comentario con otro hecho por R.G. en el mismo texto: "A los doce años, estando unos meses separado de mis padres, les escribía unas cartas en las cuales encontraba inexplicable placer" (26). No cabe duda de que se está refiriendo aquí al primero de sus viajes a Quequén, el cual se hizo pues en el año 1898. El segundo debe entonces haberse realizado al año siguiente, en 1899, como sugiere Alberto Blasi ("Cronología" 304).

Por su parte Juan Carlos Ghiano indica correctamente 1899 pero sin reparar en que fueron dos los viajes (Introducción 16); tampoco lo hace Horacio Jorge Becco al indicar 1900 como única fecha; fecha por demás errónea ("Sinopsis" 803).

Viaje por Europa y Asia 1910-12:

En la citada carta R.G. registra: "En mil novecientos diez me fuí a Europa y quedé allí, en París, después de un viaje a Extremo Oriente, hasta mil novecientos doce" (30). No sabemos cuándo emprendió dicho viaje, pero parecería que fue poco antes del Centenario de la Revolución de Mayo, es decir poco antes del 25 de mayo de 1910; en ello coinciden los siguientes críticos: Justin Piquemal Azémarou, Ivonne Bordelois, Giovanni Previtali. Mientras Bordelois y Previtali se limitan a repetir la versión "oficial" de la partida, Piquemal Azémarou nos ofrece este documento oral:

. . . para el centenario el viejito Güiraldes, intendente de la Capital Federal en 1910, les regaló a cada uno de sus hijos 50.000 pesos, 50.000 pesos de aquel entonces. El finado Ricardo "agarró" una mañana, se levantó y a eso de las diez dijo: "Me voy a comprar cigarillos . . .". De ir a comprar cigarillos fue como si se lo hubiera tragado la tierra. No apareció

más. Se tomó un barco. Iban unos cuantos, Carlos Noël, el turco Lagos, Adán Diehl, Aníbal Nocetti . . . Eran cinco o seis muchachos solteros y fueron a Francia . . . Se habían alquilado un departamento y de noche concurrían a los grandes salones con toda la aristocracia francesa. . . .  
 (Carne y hueso 22)<sup>2</sup>

Los críticos no están totalmente de acuerdo en cuanto a los lugares visitados por R.G. en su giro por el mundo, ni tampoco en cuanto al momento en que tales visitas fueron efectuadas. Escuchemos algunas opiniones: según Ghiano R.G. viaja a y se instala en París en 1910, en 1911 viaja por Grecia, India, Japón, Rusia y Alemania. Vuelve a Argentina en 1912 (Introducción 18-19). Según Becco R.G. viaja a Europa en 1910 y recorre ese mismo año Italia, Grecia, Alemania y luego Rusia e India, regresando a París donde se instala en el taller del escultor Alberto Lagos. Visita ese mismo año Granada. Retorna a Buenos Aires a fines de 1912 ("Sinopsis" 803). Finalmente, según Bordelois R.G. viaja a París en 1910, desembarcando en España donde visita Granada; entre 1911 y 1912 recorre Italia, Grecia, Constantinopla, Egipto, India, Ceylán, China, Japón, Rusia (Vladivostock, Siberia, Moscú, Petrogrado), Alemania (Berlín). De vuelta en París se instala en el taller de A. Lagos. A fines de 1912 regresa a Buenos Aires (8, 34).

En la carta autobiográfica R.G. escribe:

Raucho fue empezado a los veinticuatro años, en Granada. Desde el hotel Alhambra, donde pasaba unos días tranquilos, quise apuntar un breve cuento de ambiente parisién. El interés era confrontar más tarde la realidad con lo que había imaginado. Esta primer (sic) parte se amplió luego en París . . . . (36)

Esto corrobora lo dicho por Bordelois: R.G. estuvo efectivamente en España antes de ir a París. La cronología de Becco resulta en este aspecto inexacta, ya que sugiere que R.G. después de viajar por Europa y Oriente hubiera visitado Granada a fines de 1910.

Dispersas en las Obras completas se hallan otras indicaciones respecto de los lugares visitados en el viaje:

Levet . . . es un representante típico del mundo europeo que uno codea en el Pera Palace de Constantinopla, en el Gall Face de Colombo, en el Internacional de Yokohama . . . Es el poeta de cuantos visitamos como turistas, curiosos o estudiosos, los puertos y ciudades cosmopolitas de Extremo Oriente. (627)<sup>3</sup>

En el mismo artículo "Un canto" publicado en Proa, donde se habla del poeta francés Henry-Jean-Marie Levet, leemos:

La lectura de las poesías de Levet tenía que darme una ancha satisfacción. Habiendo viajado por paisajes y pueblos, habiendo anhelado una más amplia comprensión humana, de pueblo a pueblo, que la existente, encontré un sentir lleno de afinidades con el mío, en ese poeta, que sabe que los límites nacionales no se ven en el mundo mental y que no hay diferencia fundamental entre el Cairo, Moscú, París, Nagasaki y Río de Janeiro. (628)

En "Mallorca, por Tito Cittadini", uno de sus artículos "Sobre pintura", escribe:

Sé de Siberia la pureza nívea, donde los colores son intención. Recuerdo de la India los graníticos estíos, y la pululante selva que se entredevora. Gocé del Japón el paisaje pulcro con detalles prolijos. Rememoro de Europa las ciudades pulpos y de Ceylán los caminos rojos . . . Pero ignoro a Mallorca de oro, de plata, de piedra y de sol. (664)<sup>4</sup>

En "El Puig Mayor", una de las "Notas para un libro mallorquín", apunta: "Las montañas no son altas ni sus laderas siguen declives infinitos cual los Andes astrales y el Himalaya inmenso" (704). También cabe mencionar la "Carta europea" a Larbaud donde R.G. habla de su experiencia en un fumadero de hashish en Kandy (Ceylán),

lugar que visitó con su amigo Adán Diehl quien le acompañó en todo el viaje (773).

Existen documentos, en general inéditos, que reiteran la información dada por R.G.: una tarjeta postal de R.G. a sus padres mandada desde Constantinopla el 12 de noviembre de 1910 (Librería "Ricardo Güiraldes", Lista con detalle lote 2f); una carta de R.G. a su amigo Clodomiro Zavalía mandada desde Madura (India) que contiene notas e impresiones sobre ese lugar, también data de 1910 (Ramos Oromí, Remate especial ítem 35);<sup>5</sup> una carta de R.G. a su madre fechada en Moscú en 1910, donde declara: ". . . sólo he pensado en la estancia, en ese pedazo de pampa a que están unidas mis más puras y libres impresiones de la infancia" (Lecot 20). Concorre asimismo a la documentación una foto de R.G. y Adán Diehl tomada en Ceylán en 1910 (Amigos del Libro, Catálogo ítem 325). Larbaud, cuyas fuentes han sido obviamente conversaciones con R.G., anota en la Nouvelle Revue Française en ocasión del fallecimiento del escritor argentino:

. . . Ricardo Güiraldes que plusieurs séjours à Paris avaient instruit et blasé sur tout ce que pouvait y découvrir son personnage [Raucho], voyageait au Japon et dans l'Inde, et se chantait, dans le rythme des machines des paquebots ou dans le bruit du Transsibérien,

les poèmes du Cencerro de Cristal. ("Lettres étrangères" 136)

Además de reiterar información dada por el propio R.G., Larbaud nos noticia aquí algo muy interesante: R.G. viajó en el Ferrocarril Transiberiano, lo cual significa no sólo que visitó Siberia sino que atravesó su inmenso territorio. Como es sabido, el Ferrocarril Transiberiano empieza en Chelyabinsk en los Montes Urales y termina en Vladivostock recorriendo una distancia de aproximadamente 7.000 kilómetros ("Trans-Siberian Railroad").

Lo dicho por R.G. más los documentos arriba mencionados confirman en gran medida la lista de sitios visitados sugerida por Bordelois, quien sin embargo se equivoca al sostener que R.G. quedó en París en 1910, empezando su viaje por el mundo en 1911. R.G. no sólo emprendió dicho viaje en 1910; como hemos documentado, la mayor parte de él y posiblemente todo él, como mantiene Becco, fue realizado aquel año. Según los itinerarios establecidos por Bordelois y Ghiano R.G. estuvo en Rusia hacia el final del viaje, después de visitar India y Japón; Becco parece indicar más bien lo contrario, es decir que visitó primero Rusia y luego India. Sabemos por la ya citada tarjeta postal de Constantinopla que estuvo en ese lugar el 12 de noviembre; difícilmente puede haber visitado Egipto, India, Ceylán, China, Japón y Rusia en el mes y medio que

restaba del año. Resulta más probable, sobre todo si tenemos en cuenta la tesis de Previtali de que R.G. dejó París a los pocos meses de llegar (34), que hubiera visitado primero Rusia, luego Japón e India para llegar a Constantinopla en el mes de noviembre. Se confirmaría así el itinerario comunicado por Becco.

En 1911 está de vuelta en París; la indicación de lugar y fecha de cuatro poemas de El cencerro de cristal --"Reposo", "Pierrot", "Inútil", "Tango"--lo atestiguan. Anota en la carta autobiográfica: "En París, pues, me decidí une fois pour toutes, diría Laforgue, a convertirme en escritor" (30). En 1912 se encuentra todavía en París. Tres poemas de El cencerro lo declaran en su indicación de fecha y lugar: "El nido" y "Ultima" fueron escritos en París, "Simple" en Beaulieu. De acuerdo con su propia información estaba a fines de ese año de vuelta en Buenos Aires (30).

Según Arturo Torres-Río seco R.G. justificó así el impulso que le llevó de regreso:

Mirá ché, ha sido en París donde comprendí, una noche en que me vi solito mi alma, que uno debe ser un árbol de la tierra en que nació.

Espinillo arisco o tala pobre. Acababa de dar una vuelta completa al mundo, y esa noche de nieve me corrió por lo despiadada, y lo era más que la escarcha nuestra, porque era nieve

extranjera. Me sentí huérfano, guacho y ajeno a mi voz, a mi sombra y a mi raza. Lié mis petates y ¡hasta la vista!, le dije, ché. (Cit. por Previtali 37 nota)

Es lícito presumir que Torres-Río seco transcribe un fragmento de una carta; a su vez Bordelois transcribe el mismo fragmento agregándole unas líneas adicionales:

". . . Cuando bajé del barco, tomé un pingo y me entré, como cuando era cachorro, hasta el corazón de la pampa" (38).

Detrás de tanta retórica es plausible adivinar el intento de disfrazar lo que en términos directos nos comunica Piquemal Azémarou: "Se quedó en Italia, sin plata, trabajó en un circo y no fue Rodolfo quien lo trajo a la Argentina, como a Raucha, sino, según me aseguraron, su padre, que fue a buscarlo a Italia. Y así se produjo el reencuentro con 'la tierra de siempre' " (Carne y hueso 22). Evidentemente la información aportada por Piquemal Azémarou cambia la narración oficial de los hechos y su cronología.

#### Viaje a Mendoza 1913:

De él nos informa la indicación de lugar y fecha que va al pie del poema "Aconcagua", así como el tema de éste (El cencerro). No poseemos otras indicaciones.

### Viaje al Brasil 1914:

También en El cencerro las indicaciones de lugar y fecha así como el tema de "Viajar", "Paseo" y "Proa" nos informan de este viaje. No poseemos documentación adicional.

### Viaje a Jamaica 1916-17:

En la carta autobiográfica R.G. anota lacónicamente: "Seguidamente trabajé Raucha, publicándolo en 1917. Ese mismo año, en un viaje a las Antillas, empecé Xaimaca con unas notas" (32). De Adelina del Carril, esposa de R.G., obtenemos una información más detallada del viaje en cuestión:

Xaimaca, fueron primero unas notas de viaje que hicimos, el verano de 1916-17, con Alfredo González Garaño y su mujer Marietta Ayerza. Un día éstos pasaron por el Consulado de Haití; y el entusiasmo imaginario que el ignoto país, con su peculiar escudo, despertó en ellos, hizo que, en alegres comentarios, juntos tramáramos un viaje por la costa del Pacífico, que remató en Cuba y Jamaica. Primero pensó Güiraldes publicar sus notas de viaje desnudas, tomadas con los lugares a la vista, en tarjetas del tamaño de su bolsillo, que siempre llevaba a mano. Por eso sus descripciones son tan vívidas. . . .

(Becco, "Notas" 807)

Dos cartas de R.G. a su madre escritas durante el viaje reiteran lo dicho por Carril: una es de Colón y contiene una descripción del lugar, sus costumbres y personajes; la otra fue escrita a bordo del vapor Aysen, allí se mencionan y describen los puertos del Pacífico. Ninguna lleva fecha (Ramos Oromí, Remate especial ítem 22).

El hecho de que R.G. se basara en sus notas de viaje para escribir Xaimaca induce a pensar que el itinerario de la novela coincide con el de su propio viaje. He lo aquí: Marcos Galván va de Buenos Aires a Santiago de Chile con el Ferrocarril Pacífico pasando por Mercedes, Alberdi y Mendoza. Sigue a Valparaíso en automóvil. El vapor Aysen le lleva desde Valparaíso a Colón (Panamá) haciendo escala en la rada de Coquimbo, Taltal, Antofagasta, Iquique, Arica (costa de Chile), Infiernillo (costa de Perú) y atravesando el Canal. Con el Abangares sigue viaje a Kingston (Jamaica); en la isla hace excursiones en automóvil a Port Antonio, St. Ann y Montego. De Kingston vuelve a Colón a bordo del Santa Marta. En Colón se embarca en el Huasco rumbo a Valparaíso. Luego de cruzar el Canal, navegar por el Golfo de Panamá y la costa de Ecuador, el barco hace escala en la rada de Paita (puerto secundario en el norte de Perú), y allí el diario llega a su fin.

No poseemos ninguna información acerca de cuánto duró

el viaje de R.G.; como mencionado las cartas a su madre no están fechadas. También en este caso es de presumir que su duración corresponda aproximadamente a la del viaje contenido en la novela. Previtali, quien se apoya en Carril, afirma:

On December 31, 1916, a party of four, including Güiraldes, Adelina, their friend Alfredo González Garaño and his wife, Marietta, left Buenos Aires by the trans-Andean train for Chile. . . . On his return to Buenos Aires, in April, 1917, Güiraldes was staggered by another blow to his literary efforts. (51-52)

Viaje a Europa 1919-21:

En "Un hombre" R.G. anota:

En agosto del diecinueve, llegaba yo a París. Mi primer contacto con la actualidad literaria de entonces se produjo en la lectura de la Nouvelle Revue Française, recientemente emergida de la guerra, con ojos aún asombrados de tristeza y preguntándose si vivir fuera de una constante obsesión de muerte era posible. (613)

Según Angel J. Battistessa R.G. pasó todo el otoño de aquel año en París yendo al teatro, a conciertos, a exposiciones y trabajando en Xaimaca, la cual dio por terminada el 7 de noviembre (94-95). La indicación que

se lee en la última línea de la novela confirma lo dicho por Battistessa. Del mismo mes data una carta dirigida a su madre en que R.G. habla de sus proyectos literarios, entre ellos Don Segundo Sombra (Lecot 64 nota).

Por cartas cruzadas entre Larbaud y R.G. sabemos que éste permaneció en París durante los meses de diciembre y enero (Blasi, "Una amistad" 432; Lecot 244-45, 245-46, 247). Tres poemas fechados en París son de este último mes: "Chimango" y "Mate" (572-73), "El río" (554).

En una de sus cartas de enero R.G. habla a Larbaud de un "pequeño programa de viaje" que piensa realizar:

Me iría a Córcega por Marsella, de Córcega a Liorna, Pisa, Florencia; de allí a Roma y Nápoles para estar a fines de Marzo en Venecia y asistir a la exposición de pintura que debe tener lugar a principios de Abril y a la que concurren varios amigos. Est post factum, como dicen los ingleses apuntaría mi proa hacia la península Ibérica, tendría el gran placer de estrechar su mano en Alicante y me embarcaría en Valencia para pasar parte del verano en Mallorca. . . . (Lecot 247)

En febrero, desde Barcelona, R.G. noticia a Larbaud que su plan de viaje fracasó: no fue a Italia, estuvo en Valencia pero no pudo ver a su amigo en Alicante.

Comenta: "Hemos, pues, en Barcelona con la consiguiente

tristeza de haber dejado inconcluso un plan que era para mí de los más preciados"; seguirá viaje a Mallorca:

". . . el viernes me embarco en el Jaime 1<sup>o</sup> de la 'Isleña Marítima' que Ud. ha de conocer como buen alicantino" (Lecot 248-49).<sup>6</sup> Una carta del 31 de marzo, escrita en Puerto Pollensa (Mallorca), dice: "En mi última carta de Barcelona prometíale si no me equivoco escribirle pronto y en una tonalidad más alegre. Va ya un mes de eso y no he cumplido con mi promesa" (Lecot 249-51). Ello parecería indicar que partió para Mallorca a fines de febrero. Cuenta a su amigo:

Mallorca me ha gustado tanto que he tomado casa por tres años, pensando venir todos los veranos a pasar una buena temporada de tres o cuatro meses. . . . A fines de abril, más o menos, volveremos a París por un mes y espero verlo.  
(Lecot 249-51)

No hay constancia de si volvieron a París en abril,<sup>7</sup> pero dos cartas destinadas a su madre y a Larbaud nos hacen saber que seguramente en el mes de mayo estaban de vuelta (Lecot 58, 251-53). Otras tres cartas escritas en París en los meses de junio y julio y que tienen a sus padres y a Larbaud como destinatarios parecerían indicar que no pasaron todo el verano en Mallorca, como lo había dado a entender R.G. en su carta a Larbaud, sino por lo menos parte de él en París (Battistessa 99; Lecot 254,

255).<sup>8</sup>

Sabemos que pasaron la navidad en París: "En 1920, pasé mi Navidad en París. Hicimos réveillon en lo de Monnier" (628). Larbaud le regala para la ocasión Eloges de Alexis Saint-Léger. Comenta R.G.: "Inicié mi lectura esa misma noche y la seguí lo mejor que pude hasta el primero de enero, día de mi partida" (628).<sup>9</sup> Dos tarjetas postales destinadas a Larbaud indican que R.G. y su esposa se embarcaron en algún puerto francés del Atlántico (posiblemente Le Havre), que pasaron por Vigo el 4 de enero y por Río de Janeiro el 13 de enero (Blasi, "Güiraldes: vida" 270).

#### Viaje a Salta 1921:

El 8 de junio de 1921 R.G. escribe en una carta a Larbaud:

He faltado a mi promesa de volver a París para el mes de junio. Llegado el momento de embarcarme (con pasajes tomados) me amilané ante la idea de volver a vivir en trenes, trasatlánticos y ciudades. No sé si me estoy lastrando de años o si es un sentimiento pasajero, pero me parecía que me arrancaba a una tranquilidad necesaria. En lugar de cruzar el charco, emprendo viaje al interior de mi tierra a fin de mes, y allá veremos si he tenido razón

de hacerlo así. (742-44)

La información contenida en otras tres cartas dirigidas respectivamente a su madre (Salta, 22 de julio de 1921), a Larbaud ("La Porteña", 22 de octubre de 1921) y a Juan Carlos Dávalos, escritor salteño a quien conoció R.G. en este viaje ("La Porteña", fines de 1921), nos hace saber que dicha excursión al "interior de su tierra" le llevó a Tucumán, Salta y Jujuy; que llegó a Salta alrededor del 20 de julio y que pasó allí por lo menos dos meses. El viaje se hizo probablemente por tren; si partió a fines de junio, como anuncia en su carta a Larbaud, tardó casi un mes en llegar a destino, lo cual hace suponer que debe haber parado en otros lugares en el camino (744-45, 746-48, 748-49).

#### Viaje a Dolores 1922:

En "Notas a las Obras Completas de Ricardo Güiraldes" Becco pone la siguiente cita de Carril:

De vuelta en la patria [se refiere a la vuelta de Europa en enero de 1921], en el invierno de 1921, viajamos por las provincias del Norte - Tucumán, Salta y Jujuy-, en las que Ricardo fue asiduo a las riñas de gallos. El verano siguiente estuvimos en campos de Dolores. Allí vio nuevamente los cangrejales. . . . (808)

De esta cita se deduce que R.G. y su esposa estuvieron

en Dolores en el verano de 1922.

En su nota sobre el poema "Cangrejal" Becco cita de nuevo a Carril:

En el verano de 1921, estuvimos en una estancia amiga, en Dolores. Tenía Ricardo un vago recuerdo de los cangrejales que en su niñez había visto en Quequén, y quiso refrescarse la memoria, para hacerlos renacer luego en su Don Segundo Sombra. (814)

En este caso no poseemos ninguna carta escrita por R.G. durante su estadía en Dolores. Nos podemos apoyar sólo en el testimonio de Carril, el cual resulta contradictorio: no sabemos si estuvieron en Dolores en el verano de 1921 o en el de 1922. Según Becco el poema recién mencionado está fechado en "Dos Talas", 1921 (814). Tal indicación hubiera por supuesto resuelto el enigma, pero el hecho es que dicho poema en las Obras Completas no lleva indicación alguna! A todas luces, parece el verano de 1922 la fecha más probable de este viaje.

#### Viaje a Europa 1922:

En la carta autobiográfica R.G. anota: "En mil novecientos veintidós volví para Europa, de donde regresé en diciembre del veintidós" (32). Uno de los Poemas solitarios (el octavo) nos hace saber que a principios

de abril ya se encontraba en París (506), lo cual quiere decir que presumiblemente partió de Argentina en el mes de marzo, como sostiene Bordelois en su cronología (106). Parece que pasó allí la primavera y parte del verano; en una carta a Larbaud que según Alberto Gregorio Lecot probablemente data de fines de julio o principios de agosto, R.G. advierte a su amigo que pronto dejará París para ir a Vichy. Le sigue otra poco después, mandada del Hotel d'Amérique en Vichy en que R.G. anuncia: "Tengo aún veinte días para arreglar mis petates y marchar hacia Mallorca" (Lecot 255-56, 256-57). Si la tesis de Lecot es correcta, R.G. y su esposa partieron para Mallorca hacia fines de agosto.

Por el sexto de los Poemas solitarios (505-06) y por dos cartas, una de Carril a Larbaud, la otra de Larbaud a los Güiraldes (Blasi, "Güiraldes: vida" 261; Blasi, "Una amistad" 436), sabemos que pasaron los meses de setiembre y octubre en la isla. A fines de noviembre están de vuelta en París. En una carta de Larbaud del 26 de ese mes leemos: "Tengo mucho que hacer, pero iré el martes, por la tarde (a eso de las cinco) a la librería de Adrienne, y espero les veré" (Blasi, "Una amistad" 436). De esta carta y la información dada por R.G. en el apunte autobiográfico podemos deducir que el viaje de vuelta a Argentina debe haberse emprendido a principios de diciembre.

### Viaje a Cacheuta 1924:

A principios de 1924 R.G., acompañado de su esposa, hace un viaje a Cacheuta, estación termal en la provincia de Mendoza, para hacerse curar unos "golondrinos" (furúnculos axilares). Una descripción detallada de la estadía con sus baños y ejercicios está contenida en el Diario que llevó R.G. con interrupciones, entre el 19 de marzo de 1923 y el 16 de setiembre de 1924, texto hasta ahora inédito. Por tres anotaciones, respectivamente del 12 de febrero y del 2 y 3 de marzo, sabemos que la estadía en Cacheuta cubrió un período de veintiún días, del 11 de febrero hasta el 2 de marzo, y que el viaje de Mendoza a Buenos Aires, hecho por tren, llevó aproximadamente veintidós horas ("Diario" 167-78).

### Excursos:

Dicho Diario resulta un documento de mucho interés, ya que nos permite reconstruir la vida cotidiana del escritor y en particular sus desplazamientos en territorio argentino.

El primer segmento que va del 19 de marzo al 26 de agosto de 1923, nos lo muestra residiendo en "La Porteña" situada en San Antonio de Areco (provincia de Buenos Aires) y propiedad de su padre. Hace en este período ocho viajes a Buenos Aires que representan un total de cuarenta y cinco días (1-152). En la primera anotación

del segundo segmento que va del 8 de enero al 15 de marzo de 1924, R.G. nos informa que en el largo período en que tuvo abandonado su Diario pasó dos largas temporadas en Buenos Aires de veinticinco y dieciseis días respectivamente, lo cual da un total de cuarenta y un días. El resto del tiempo fue pasado en "La Porteña" (153). En este segmento además del mencionado viaje a Cacheuta, hace tres a Buenos Aires que representan un total de diez días. Pasa el resto del tiempo en "La Porteña" (153-81). Entre el 15 de marzo y el 7 de agosto se interrumpe de nuevo el Diario;<sup>10</sup> de la entrada del 7 de agosto consta que R.G. como de costumbre ha dividido su tiempo entre el campo y la ciudad: una estadía de tres meses en Buenos Aires, el tiempo restante en "La Porteña" (181). En el tercer segmento que va del 7 de agosto al 16 de setiembre, R.G. reside casi exclusivamente en la capital: treinta y dos días en Buenos Aires, los demás en "La Porteña" (181-207). Resumiendo, de los aproximadamente dieciocho meses cubiertos por el Diario R.G. pasa diez en "La Porteña", siete en Buenos Aires y tres semanas en Cacheuta.

Su vida en "La Porteña" se caracteriza por un constante ir y venir. Hace numerosos viajes a San Antonio y a veces también a Solís, otro pueblo cercano, para hacer compras, llevar o traer a sus parientes, ver al médico. Va con frecuencia a otras estancias por la zona--

"La Fe"; "La Merced", "El Ombú", "La Victoria"--o por razones sociales o de trabajo (herrar, descornar...). Sale diariamente a leer, pintar, dibujar, meditar y escribir; sus lugares predilectos para tales propósitos son todos cercanos al casco de la estancia: el monte, la avenida de eucaliptos, el banco de las magnolias; el río y su puente viejo son otros lugares muy frecuentados por R.G. Estos no se pueden considerar viajes estrictamente hablando, pero no dejan por eso de tener interés para el establecimiento de un "esquema" general de los movimientos del escritor. Sale en automóvil, en sulqui, a caballo y a pie. Es curioso notar que de estos medios de transporte el preferido por R.G. es su automóvil, un Ford, por el cual parece tener casi veneración como lo atestigua el siguiente fragmento: "Tendría que entrar el automóvil pues amenaza lluvia . . . Muy tarde empieza a llover; me levanto, entro el coche y le paso esponja y gamuza en la cochera para que no se manche. Deben ser más de las dos de la mañana" (27).<sup>11</sup>

Su vida en Buenos Aires también se caracteriza por una perpetua movilidad, pero dentro de un sistema urbano y dentro de un área geográfica muy limitada.

#### Viaje a Europa 1927:

En Buenos Aires el 18 de enero de 1927 R.G. escribe a Larbaud: "¿Sabe que una vez por todas me voy hacia

ustedes? Me embarco en el Massilia el 15 de marzo. Casita armónica de Adrienne y su grande amistad, querido gran hombre, y las calles de nuestra capital . . . me conmueve pensarlo . . ." (798-99). Una carta de Larbaud del 27 de marzo nos hace saber que ya en esa fecha R.G. se encontraba en París y que se había desembarcado en Italia: "Pero, ¿podrán venir Uds. mañana por la tarde, a eso de las tres, rue du Cardinal Lemoine? Las banderas argentinas y mías, y los lanceros y los patricios están ya en filas desde que llegó su telegrama de Génova" (Blasi, "Una amistad" 457). Si R.G. hubiera partido el 15 de marzo, difícilmente podría haber llegado a París antes del 27 de ese mes. Presumiblemente cambió de planes y tomó un barco anterior. Es en este caso tentador apoyarse en la información que nos comunica Bordelois, a saber que R.G. partió para Francia el 9 de marzo, ya que esto haría perfectamente plausible su llegada a París alrededor del 27 de marzo (9).

Por cuatro cartas de Larbaud a R.G., escritas respectivamente el 2, 6, 8 y 23 de abril (Blasi, "Una amistad" 457, 458, 459) y por una nota contenida en El sendero (526) sabemos que R.G. pasó el mes de abril en París. Francisco Luis Bernárdez cuenta en su prólogo a las Obras completas de R.G. su último encuentro, en París, con el escritor: "Una tarde de mayo de 1927, poco antes de que Ricardo se trasladara al sur de Francia en

busca de alivio para un mal que ya no tenía remedio, nos dimos cita en el café La Rotonde . . ." (13). Lo dicho por Bernárdez parecería indicar que R.G. fue al sur de Francia en el mes de mayo, pero de una carta de Larbaud del 7 de junio consta que en dicha fecha no había partido aún: ". . . por fin puedo escribirles, pero solamente para decirles que nos encontraremos mañana miércoles al banquete del Pen Club . . ." (Blasi, "Una amistad" 459). A fines de junio sigue efectivamente en París: "Aquel fue año de muchos viajes para Valerio [Larbaud]. A fines de junio estaba en París . . . Conversó por última vez con Güiraldes, cuatro meses antes de la muerte" (Blasi, Güiraldes y Larbaud 92-93).

No tenemos ninguna información concreta acerca del viaje al sur de Francia. No sabemos la fecha de partida excepto que fue más allá del mes de junio, ni tampoco su duración. Poseemos una carta de Carril destinada a Larbaud, en la cual habla de los terribles sufrimientos de su marido; lleva la siguiente indicación "Ville Saint-Martin, Av. des Tilleuls, Abatilles-par Arcachon, Gironde", pero no tiene fecha (Blasi, "Güiraldes: vida" 269). Una carta de Larbaud del 10 de setiembre parecería indicar que en tal fecha R.G. y su esposa todavía se encuentran en el sur: "Escriben, por favor. Quiero tener noticias de la salud de Ricardo, saber como le ha ido su traitement en París, y como se encuentran los dos en

Arcachon" (Blasi, "Una amistad" 459-60). Es probable que hayan vuelto a París ese mismo mes como sostiene Previtali (91). Lo único que con certeza podemos establecer es que al volver a París se instalan en el apartamento de Alfredo González Garaño, íntimo amigo de R.G., en la calle Edmond Valentin, número 7, y que allí muere R.G. el 8 de octubre (Blasi, "Cronología" 312).<sup>12</sup>

El último viaje de R.G. se realiza cuando sus restos mortales son llevados a Argentina. Llegan a Buenos Aires el 15 de noviembre, son recibidos por el presidente de la República y enterrados aquel mismo día en el cementerio de San Antonio de Areco (Bordelois 179; Lecot 163).

## NOTAS

<sup>1</sup> Citaremos siempre, excepto indicación contraria, por Obras completas.

<sup>2</sup> Acerca del valor de este tipo de documentación Mateo Delamer dice en su prólogo al libro de Piquemal Azémarou: "Esa misma honestidad le hace transcribir y compaginar en secuencias ordenadas las citas de Güiraldes con los testimonios orales de los últimos gauchos mencionados en la obra que aún sobrevivían, y los de algunos de sus descendientes directos a los que entrevistara y de quienes grabara la palabra, cosechando valiosos testimonios que en pocos años más se hubieran perdido irremediablemente" (9).

<sup>3</sup> En Un Français en Extrême-Orient, especie de memorias de infancia y adolescencia, Renée de Lucy Fossarieu cuenta el viaje que hizo por barco a principios de siglo de Japón a Francia con mención de las principales escalas en Extremo Oriente: Shanghai, Hong Kong, Saigón (actual Ciudad Ho Chi Minh), Singapur, Colombo, Bombay. La ruta continúa luego por Adén, Yibuti, el Mar Rojo, el canal de Suez, Puerto Said para terminar en el Mediterráneo: Creta, el estrecho de Mesina y Reggio de Calabria, Marsella. La misma autora recordando un viaje hecho por su madre a fin de siglo, indica treinta y ocho días como duración normal de una navegación entre Japón y Francia. El libro contiene descripciones detalladas tanto de Colombo como de Yokohama.

<sup>4</sup> Resulta interesante contrastar el comentario lacónico de R.G. con el que hizo en sus memorias Pablo Neruda sobre su viaje por Siberia: "Salimos hacia China por el tren transiberiano. Meterme dentro de ese tren legendario era como entrar en un barco que navegara por tierra en el infinito y misterioso espacio. Todo era amarillo a mi alrededor, por leguas y leguas, a cada lado de las ventanillas. Promediaba el otoño siberiano y no se veían sino plateados abedules de pétalos amarillos. A continuación, la pradera inabarcable, tundra o taigá. . . . Me parecía que el tren avanzaba muy lentamente por la inmensidad amarilla, día tras día, abedul tras abedul" (285, 287). Acordemos que la tundra, voz finlandesa, es un terreno sin vegetación, cubierta de musgos y líquenes y en muchos sitios pantanoso ("Tundra"). Causa sorpresa que este paisaje tan parecido al de la pampa no haya obtenido de la pluma de R.G. un poco más de atención. Blaise Cendrars por su parte había celebrado, muchos años antes, sus viajes en tren por el Asia rusa en Prose du Transsibérien et de la Petite

Jeanne de France, colección de poemas que cantan la aventura y la velocidad.

<sup>5</sup> Para una descripción minuciosa de este lugar, véase Le pèlerinage aux sources de Lanza del Vasto, diario de viaje en que relata el que hizo a India en 1937 (29-70). Podemos añadir que este escritor de origen italiano pero de expresión francesa gozó de la protección de Victoria Ocampo, según está documentado en la correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo (62-64). Asimismo es de recordar que Ocampo publicó traducciones de del Vasto al español bajo el sello Sur.

<sup>6</sup> Acerca de ese proyecto fracasado escribe Battistessa: "El viaje sufrió, sin embargo, varias eventualidades, y España le compensó otra vez, como en su gira de los veinticuatro años, con nuevos e inagotables panoramas. Semanas más tarde, en febrero, en Vichy, y de paso para Barcelona, Güiraldes volvió a coincidir con Larbaud. 'Vichy -anota en una de sus cartas de entonces- es un hoyo de aburrimiento' " (98). Sólo en Battistessa encontramos mención de la visita a Vichy; Bordelois quien parece ignorar el plan de viaje a Italia, se limita a decir que R.G. bajó por Toulouse y Perpignan a Barcelona y que de allí siguió viaje a Mallorca (99). Battistessa por su lado no menciona para nada el viaje a Mallorca.

<sup>7</sup> Lecot dice que volvieron a París en abril, Battistessa que "a principios de la primavera" (58; 99). Ninguno de los dos lo documentan.

<sup>8</sup> Bordelois estaría entonces equivocada al sostener: "En sus Notas para un libro mallorquín, Güiraldes escribe sobre esta larga temporada que habrá de prolongarse hasta que comience el otoño europeo" (99).

<sup>9</sup> Según Bordelois R.G. regresa a Buenos Aires a fines de 1920 (10); se refiere probablemente a la información dada por el propio R.G. en su carta a Torre (32). Tal información fue luego corregida en "Un canto" (628). Becco se equivoca más aún al sostener no sólo que R.G. está de vuelta en Buenos Aires en 1920, sino que escribe allí ese año los Poemas solitarios ("Sinopsis" 803). De los doce poemas contenidos en esta colección póstuma, dos datan de 1921, seis de 1922, tres de 1924; el último que no lleva fecha, debe haberse escrito mucho después cuando R.G. ya había enfermado.

<sup>10</sup> Por una carta de Carril a Larbaud sabemos que en aquel período los Güiraldes tenían planificado un viaje a

París, el cual por razones financieras no se pudo realizar. Comenta Blasi: "En abril de 1924, en papel del hotel Majestic de Buenos Aires, en la Avenida de Mayo, avisa que una desgracia de familia les impidió embarcarse en el Massilia rumbo a Europa. Deberán pasar un 'obligado' invierno en la estancia: 'nuestros affaires andan de mal en peor' " ("Güiraldes: vida" 262).

11 Sobre este Diario, véase el estudio que de su primera parte hace Blasi en "Güiraldes: vida" 253-59.

12 Becco se equivoca al mantener: "Concluye El sendero, terminado el día de su muerte, el 6 de octubre, en París" ("Sinopsis" 804). Es verdad que la última entrada de El sendero está fechada el 6 de octubre, pero R.G. muere dos días después!

CAPITULO 3  
RICARDO GUIRALDES: UN TEORIZADOR ASISTEMATICO  
Y FRAGMENTARIO DEL VIAJE

La idea del viaje que en el caso de R.G. sucede a la praxis, no se encuentra organizada en un texto o unos textos especialmente dedicados por él a la teoría del viaje, sino fragmentada en diversas anotaciones desparramadas por su obra--poemas, cartas, ensayos, artículos--. Estas anotaciones constituyen en su conjunto si no una articulada por lo menos una subyacente teoría del viaje, teoría sin embargo bien definida y personal. Veamos ahora los testimonios, ordenados en tres categorías esenciales: "Proceso dinámico del viaje", "Criterios del viaje", "Experiencia del viaje". A las que se adjuntan algunas "Reflexiones concurrentes".

Proceso dinámico del viaje:

En el poema "Viajar" que da comienzo a la sección "Viaje" de El cencerro, el joven R.G. formula su concepto del viaje como un constante andar, un peregrinaje en pos de un ideal inalcanzable; concepto nacido de ciertas exigencias personales: sed de mundo, anhelo de infinito, ansia de conocer.

Asimilar horizontes. ¿Qué importa si el mundo es plano o redondo? / Imaginarse como disgregado en

la atmósfera, que lo abraza todo. Crear visiones  
de lugares venideros y saber que siempre serán  
lejanos, inalcanzables como todo ideal. / Huir  
lo viejo. / Mirar el filo que corta un agua  
espumosa y pesada. / Arrancarse de lo conocido.  
/ Beber lo que viene. / Tener alma de proa.

(53)<sup>1</sup>

Un retrato de R.G. hecho por Paul-Emile Bécát en  
París en 1920, que se conserva en el Fonds Larbaud de la  
Bibliothèque Municipale de Vichy, lleva manuscrito en el  
ángulo superior derecho un poema-dedicatoria del  
retratado en que éste ironiza sobre sus propias  
apetencias migratorias, su maniática costumbre de andar  
y la creencia--compartida por su ilustre amigo--que el  
viaje en sí es lo que importa y no el llegar a destino.

A Larbaud, recuerdo de un poeta lejano, /  
Ciudadano del mundo aunque buen americano, / De  
Barnabooth millonario modestísimo hermano, /  
Relleno de versos, sin nada en la mano. //  
Maniático andante de férreos caminos. / Sin  
rumbo, sin tino. / Y manso marino. / A bordo  
de barcos-ciudades, pesados, / Que siempre  
repiten caminos andados. // Iluso que ha puesto  
en los horizontes / Del mar, de la pampa, de  
selvas y montes, / Su puerto-destino / Y cree  
que la meta es siempre el camino. (Cit. por

Blasi, "Ricardo Güiraldes y la escritura" 134)<sup>2</sup>

En el undécimo de los Poemas solitarios, cuyos temas principales, como lo indica el mismo título, son la soledad, la incomunicación, el retraimiento, el repliegue sobre sí mismo,<sup>3</sup> persiste el concepto del "constante andar", expresado esta vez a través de los vocablos llegada y partida definidos respectivamente como "cansancio" y "victoria". Aparecen aquí por primera vez y tendrán a partir de este momento una gran importancia en el repertorio expresivo de R.G.

Solo, / para soportar el peso de mis palabras: /  
 Las que no se dicen y coagulan un trozo de alma.  
 / Convertido en mi propio presidio, tiendo ante  
 mí el callejón pampeano de mis anhelos, para  
 caminar inconsolablemente, lastimando mis  
 dolores. / No quiero guías que confundan mi  
 rumbo. / No quiero amigos sobre quienes pesar  
 egoístamente. / Sé, / que sólo las llegadas, que  
 son cansancio, pueden fructificar en partidas,  
 que son victoria. / Ceder y poseer están  
 dormidos en lo más solitario de mi intimidad. /  
 Sé, / que únicamente, cuando el silencio ha  
 cerrado todas las puertas que la inquietud le  
 inflige como espuelas, puedo encontrar, en mi  
 alma, la acequia cantora de mi fuerza. (507)

Veamos un fragmento de su "Carta abierta" dirigida al

grupo de la revista Martín Fierro; aquí aparece la expresión "llegar no significa sino haberse creado nuevos motivos de partir" que luego con un leve cambio se convertiría en una de las frases claves de Don Segundo Sombra: "Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir" (497). Le sucede otra no menos significativa: "La eternidad no se concibe sino como un constante andar".

¿Quién puede resolver por uno el problema que uno se impone? Todo problema resuelto por otro, se ha hecho ajeno a nuestros propósitos y no puede servirnos sino para aumentar por el ejemplo nuestra ansia de llegar. Y además, llegar no significa sino haberse creado nuevos motivos de partir. ¿Quién será tan presuntuoso para creer que ha resuelto un problema de arte? Únicamente un engreimiento delimitado puede suponer límites definitivos. La eternidad no se concibe sino como un constante andar. El que quiere enfrentarla debe decirse a diario con alegre confianza: "Levántate y anda". (649-50)

En "Le Pacific", comentario que hizo R.G. en torno al poema sinfónico Pacific 231 de Arthur Honegger, estrenado en 1924,<sup>4</sup> vuelve la modalidad de "Viajar". El mismo ímpetu que movía al poeta/viajero de aquel temprano poema parece ahora mover al tren en su función de

"impulso lírico": la sed de horizonte, definido éste aquí como "principio de un mundo mejor"; el ansia de más allá. Recordemos tres fragmentos representativos:

Desde que el "arte moderno" quiso centrar su atención en los espectáculos que nos regala la inventiva mecánica . . . el ferrocarril, en su doble virtud de máquina y de impulso lírico siempre apuntando al horizonte, que es como el principio de un mundo mejor, ha metido su velocidad y su grito optimista en poemas y cuadros. (681)

El tren líricamente es esto otro: un vértigo de distancia, un optimismo de ser que está seguro de alcanzar su meta, una borrachera de paisajes barajados con avidez de quien olvida pronto y un ansia de más allá siempre aumentada. . . . (682)

Para mí todo lo que sea conseguir, agotar y olvidar cuanto la naturaleza y el hombre hayan hecho de inmóvil. / Mi palabra es, lejos. (685)

El siguiente fragmento de una carta a Delia del Carril, cuñada de R.G., también se anuda con "Viajar". Si bien no cubre el concepto del viaje que estamos considerando en su totalidad, ofrece de él una nota complementaria dado que allí R.G. centra su interés en el

campo semántico de aquella imagen náutica expresada por primera vez en "Viajar". El vocablo proa y la idea que éste representa son indagados con singular intensidad. Es de subrayar también que allí aparece la noción de que una persona al irse de su lugar rompe, por lo menos temporariamente, los lazos que le unen a él. Esta noción será examinada más adelante en nuestro apartado "Experiencia del viaje".

¿Hace frío? ¿tiene sol? ¿o es noche? ¿por dónde van? Los que se han despedido parecen por este solo hecho haber dejado de ser nuestros para ser del mundo. . . . ¿Saben todavía quienes somos nosotros o sólo saben el mar y la proa que es olvido a fuerza de querer ser siempre lo que viene? (783)

En una carta a Jules Supervielle, fechada el 15 de enero de 1927, R.G. comenta el último libro de versos de aquél. No da el título del libro, pero por la fecha sabemos que debe tratarse de Gravitations que había sido publicado en setiembre de 1925 y que Supervielle dedicó a Larbaud. El libro, visto por muchos como el comienzo de la "etapa cósmica" en Supervielle, describe un universo fluido donde lo íntimo es grandioso y lo grandioso familiar.<sup>5</sup> R.G. recuerda el estado especial en que le sumió la lectura de dicho libro:

El fresco que siento en los ojos se me adentra

en el alma y voy a la deriva de un gran movimiento-órbita, perdido, por falta de sol central, maravillosamente dislocado en un ensueño. . . . Poesía de extrañas relaciones en la metáfora y la ilación de las ideas y los hechos, la suya tiene la grandeza inexplicada pero intuída de las leyes cósmicas. . . . No diré que no se sufra de migrar así, siempre con tal ímpetu de continua partida, pero, ¡qué maravilloso país! (796)

Veamos otro fragmento de la misma carta en que R.G. se pronuncia sobre la imposibilidad en arte de captar lo perfecto:

Aunque mucho admiro a Paul Valéry, no acepto su pretensión de captar lo perfecto. ¿Qué sería si por un imposible lográramos nuestro intento? Habríamos reducido lo grande al poder de nuestras manos, y dueñas del secreto, lloraríamos sobre su pequeñez humana. . . . Se me antoja un planeta perdido en línea recta por el espacio. ¿A dónde iría? A ninguna parte. Para estar en alguna parte hay que amar algo y el amor no está en la total posesión del objeto (sobrevendría asimilación del objeto o desaparición en el objeto), sino en la conservación de una distancia que nos haga el

objeto siempre necesario (pasionalmente) y nunca poseído. (797)

Los textos aducidos, que cubren un período de trece años correspondiendo a la etapa más sostenida de la actividad literaria de R.G., muestran que el concepto del viaje como un constante andar en pos de un ideal inalcanzable, formulado primero en el poema "Viajar" de 1914, se mantiene firme en el pensamiento del escritor. La carta a Supervielle de principios de 1927 sella tal continuidad.

El primer texto, "Viajar", ha dado lugar a lecturas variadas. Peter R. Beardsell lo lee en términos estrictamente literarios: "Progressive thought is vigorously expressed in "Viajar", where a spirit of experiment and renovation is clearly reflected in the key lines: 'Huir lo viejo', and 'Beber lo que viene / Tener alma de proa' " ("Güiraldes' Role" 297). Previtali hace una lectura parecida (45). Ghiano lo ve como "reconocimiento y al mismo tiempo programa, pero de vida íntegra, no sólo de creación literaria" (Introducción 28). Según Ara la nota enfatizada es el "irse", el "tender", el "buscar", signo de "escapismo, de evasión e insatisfacción" (98-99). Para Blasi el poema expresa un "fervor del viaje por el viaje mismo" (Güiraldes y Larbaud 43).

Amén de estas lecturas, todas lícitas, existe la

posibilidad a nuestro parecer de ver dicha insatisfacción y el subsiguiente deseo de "renovación" como consecuencia de la eterna inquietud migratoria del hombre, disgustado por su condición, ansioso de explorar al mundo y a sí mismo. En otras palabras, pareceríamos estar frente a un testimonio de la vigencia de uno de los núcleos temáticos más universales de la literatura: la búsqueda del hombre de felicidad, verdad, sabiduría, autorealización... Tal inquietud no es ajena a un anhelo de infinito, enunciado sintéticamente en este poema en la línea "Imaginarse como disgregado en la atmósfera, que lo abraza todo"--línea con frecuencia soslayada por la crítica--y elaborado en otros poemas de El cencerro: "Mi caballo", "Reposo", "Aconcagua", "Música nochera", "La hora del milagro".

Acerca de la "aspiración cósmica" de R.G. Ofelia Kovacci dice: "Su sentimiento de la naturaleza está consustanciado con el llano, con el mar, con la altura, con todo aquello que sugiere amplitud, grandeza, elevación; con lo creado, con lo que escapa al poder del hombre y a su voluntad" (26). Según ella el poeta percibe en "Reposo" una "armonía misteriosa con el Cosmos" y opina que hay que ver su deseo de viajar como "goce, participación de todo lo creado" (26). No le falta razón, pero no hay que perder de vista que la nota predominante en poemas como "Reposo" y "Aconcagua" es

la dicotomía entre la transitoriedad de la existencia humana y la permanencia del cosmos; la incapacidad del hombre de escapar de la tierra, de su "esclavitud centrípeta" ("Música nochera"). Dicho en otros términos, habría que ver en la sed de viaje y el correlativo anhelo de infinito además de un deseo de participar de todo lo creado, cierta angustia metafísica.

Volvamos ahora, después de esta pequeña digresión, a los textos restantes. En ellos vemos como el concepto del viaje expresado en "Viajar" va elaborando y modulándose. Ideas que ya nos son familiares se entrecruzan creando una red de correspondencias entre los siguientes textos: el poema-dedicatoria a Larbaud, el undécimo de los Poemas solitarios, "Le Pacific" y la carta a Delia del Carril. Visualizándolos como una unidad ideal podemos subrayar en ella la presencia de semantemas de considerable significación para nuestros propósitos. Allí leemos expresiones tales como: "Maniático andante de férreos caminos, / Sin rumbo, sin tino"; "Iluso que ha puesto en los horizontes . . . / Su puerto-destino"; "[Iluso que] / cree que la meta es siempre el camino"; "Sé / que sólo las llegadas, que son cansancio, pueden fructificar en partidas, que son victoria"; "el ferrocarril . . . siempre apuntando al horizonte, que es como el principio de un mundo mejor"; "El tren líricamente es esto otro: un vértigo de distancia, un

optimismo de ser . . . y un ansia de más allá siempre aumentada"; "Mi palabra es, lejos"; "la proa que es olvido a fuerza de querer ser siempre lo que viene". Hay aquí verificables notas de recurrencia e intensidad así como reverberaciones conceptuales que el escritor desarrollará en profundidad en otros textos. En "Carta abierta" el concepto del "constante andar" es referido al arte, al verdadero que según R.G. es el que se hace por el camino duro y no admite concesión ninguna; llegar significa en este contexto encontrar soluciones intermedias. Llegada definitiva o solución total no existe en arte y, parece decir R.G., no debe existir: "La eternidad no se concibe sino como un constante andar". En otro momento escribe unas líneas centradas en la misma idea: "Buscar, siempre buscar, es la palanca de todo esfuerzo humano" (Semblanza 48).

En el primer fragmento de la carta a Supervielle encontramos una vez más el tema recurrente de la partida: "No diré que no se sufra de migrar así, siempre con tal ímpetu de continua partida, pero, ¡qué maravilloso país!" En el segundo, más significativo para nuestros propósitos, R.G. pone de nuevo énfasis en la idea del camino recorrido en detrimento de la llegada, haciéndolo esta vez con una nitidez de expresión mucho mayor que anteriormente: "¿Qué sería si por un imposible lográramos nuestro intento? Habríamos reducido lo grande al poder de

nuestras manos, y dueñas del secreto, lloraríamos su pequeñez humana". R.G. en esta carta y en la precedente "Carta abierta" practica un voluntario desplazamiento semántico de vocablos inherentes al viaje físico para referirse al arte. Las reflexiones que de allí emergen serían igualmente aplicables a la aventura humana en sus múltiples aspectos, aventura de la cual el arte es de todos modos un resultante.

En el poema-dedicatoria a Larbaud R.G. se burló de sí mismo por creer que la meta es siempre el camino; en la secuencia de textos por nosotros examinados se nota sin embargo una cada vez mayor insistencia en el valor trascendente del camino, sobre todo el duro, el dificultoso. Es así como hacia el final de su actividad literaria reconoce que el sentido del viaje es en efecto el viaje mismo; llega a la convicción de que el ideal soñado en "Viajar" no sólo es inalcanzable, sino que debe serlo. Podría llamarse ese ideal "infinito", "eternidad", "perfección", pero quizás no haya necesidad de nombrarlo:

Pensemos en el amor definido por él como una necesariamente inalcanzable posesión; en Dios que era "aquello hacia lo cual tiendo" y en la poesía que era lo mismo, un punto de infinita perspectiva. Y así comprobamos que hay una perfecta armonía entre estos pensamientos, en

su viajar constante y gozoso y la pasión de la pampa, dirección hacia algo que ni siquiera necesita imaginar, porque la pasión es la del viaje. (Ara 338)

Criterios del viaje:<sup>6</sup>

En 1920 estando en París R.G. escribe un poema intitulado "Nostalgia", el cual según nos informa Lecot pensaba incluir su autor en una segunda edición de El cencerro. Dicha edición, como se sabe, no se realizó. He aquí el poema tal como lo reproduce Lecot:

Tengo necesidad de vida fuerte como de un golpe. / Tengo ansia de sol y de llanura. / Mi aburrimiento pide el brutal contacto / de un latigazo solar. // No puedo ya arrastrar mis nervios / contra la dura faz del caserío, / que la ciudad repite por costumbre / con secular fastidio. // Quiero sudar como la bestia fuerte / la dura consecuencia del cansancio. / Ver el camino que hacia atrás empuja / el andar compasado de una fuga... // Y caer sobre el mundo que se duerme / harto de luz y desvestido de alma. (56-57, 65 nota)

Este poema podría bien servir como ilustración de lo que Moliner entiende por nostalgia: " 'Añoranza'. Tristeza por estar ausente de la patria o del hogar, o lejos de

los seres queridos" (2: 522). Viviendo en París el escritor añora su patria o mejor dicho una parte determinada de ella: la pampa, por él considerada como su verdadero "hogar". Podemos añadir como un pequeño comentario parentético algo que una vez dijo Victoria Ocampo sobre R.G.: "Cuando atravesaba aquel inconmensurable charco de agua morena para llegar al mar azul, y más allá de él, a Europa, se sentía feliz. Pero era una felicidad que se teñía de nostalgia" (Cit. por Bordelois 184).

Mientras el precedente texto cabe dentro del perímetro semántico establecido por Moliner, otros textos de R.G. muestran que su capacidad de nostalgia opera en dos direcciones opuestas entre sí pero que paradójicamente se complementan: nostalgia de aquí cuando se está allá, nostalgia de allá cuando se está aquí. Veamos dos casos en que R.G. estando en casa añora otros países u otros lugares por él conocidos y amados. En el primero, en carta dirigida a Larbaud se plantea implícitamente la nostalgia de Francia:

Casita armónica de la librería de Adrienne y su grande amistad, querido gran hombre, y las calles de nuestra capital . . . me conmueve pensarlo. . . y pienso en las rutas de la dulce Francia y en los pequeños restaurantes y la forma especial de las veredas de París y en

el olor de tal barrio y en esa inteligencia que parece estar en todas las cosas de la ciudad, millones de veces pensada por los que pasaron antes de nosotros. (798)

En el segundo se trata de un lugar dentro de su propio país Salta, visitado en el invierno de 1921. En una carta escrita a fines del mismo año y dirigida al escritor salteño Dávalos leemos:

Al día siguiente de su visita [Dávalos acaba de visitar a los Güiraldes en Buenos Aires] quedamos en una maraña de evocaciones: montes, cerros, arroyos claros y fríos, calles puebleras por donde haraganean los angelicales burritos cargueros, patios, abuelos... toda una serie de imágenes aparejadas con sus correspondientes estados de espíritu que significa un pasado tan simpático: dos o tres meses de Salta. . . .  
¿Tendré que volver a Salta? Sólo pensarlo me sume en tan especial estado de nostalgia, que quisiera hacerme ensillar los baúles y echarlos al hombro para la marcha. (748)

R.G. parece efectivamente haber sido algo así como un nostálgico constitucional. En "Mallorca, por Tito Cittadini" declara categóricamente que no se puede viajar sin sentir nostalgia. Dos fragmentos en particular giran en torno a su concepto de la nostalgia como algo

inherente al viajar. Helos aquí:

Mallorca . . . Es de oro, de plata, de púrpura y cobalto; alta la inmensa cabeza, dura de porfía vencedora. . . . y es la tierra que canta color fecundo para la paleta rutilante del pródigo Anglada Camarasa y la empenachada bizarría de Cittadini. / La ignoro. Por ellos la intuyo y la nostalgia vagabunda del viajar me llama como el blanco llama a la flecha. (663)

Una consideración lateral puede concederse al uso del vocablo flecha en la última frase de este fragmento, uso en cierto sentido afín al de latigazo solar (en la mitología griega la flecha servía para denotar los rayos del sol. Cirlot 14, 19-20) que se lee en la línea cuarta de "Nostalgia". Saetas que en los dos casos contienen la idea de movimiento y de velocidad, cara en aquellos tiempos a los maestros del futurismo.

Iré por un ensueño atávico de arraigadas herencias moras y porque quiero bañarme en aquel aire retumbante de colores, según lo cuentan las telas de Cittadini, todas transparentes de luminosidades internas. / Mallorca, Mallorca... La vagabunda nostalgia del viajar tiende en mí, como un albatros, sus alas singladoras. (664)

La última línea de este fragmento contiene una alusión directa a la primera estrofa del poema "L'albatros" de

Charles Baudelaire: "Souvent, pour s'amuser, les hommes d'équipage / Prennent des albatros, vastes oiseaux des mers, / Qui suivent, indolents compagnons de voyage, / Le navire glissant sur les gouffres amers" (12).

El adjetivo singlador empleado--y diríamos también inventado--por R.G. deriva por supuesto de singladura que es la "distancia recorrida por una nave en veinticuatro horas, que ordinariamente empiezan a contarse desde las doce del día" ("Singladura"); es en este caso referido a la costumbre del albatros, mencionada por Baudelaire, de seguir a los barcos en su ruta por el mar.

Ambos fragmentos de "Mallorca, por Tito Cittadini" evidencian que para el escritor la nostalgia además de ser algo inherente al viajar, es una fuerza magnética a la cual no puede resistir. Se siente llamado como el albatros a seguir a los barcos, como la flecha a buscar al blanco; según dice un personaje de su novela Xaimaca por cuya boca podría estar hablando R.G.: "Para muchos, el viaje es fuga, para mí es llamado" (282).

En suma, la nostalgia se da en R.G. en el sentido tradicional de añoranza de la patria o del hogar; también se da en el sentido inverso de añoranza de otros países u otros lugares. Viajar y sentir nostalgia parecen haber sido para él términos casi inseparables, y la "vagabunda nostalgia del viajar" una fuerza imposible de resistir,

como lo es toda fuerza magnética. Bordelois sugiere una posible relación entre la actividad literaria de R.G. y esa nostalgia que solía experimentar como consecuencia de su constante viajar: "Es posible imaginar la vida de Güiraldes como la de un hombre que no puede crear sino asistido por la nostalgia del país -de los países- que ama y para ello viaja incesantemente" (184).

En el artículo "Proa" que data de agosto de 1924 y donde R.G. presenta la revista homónima que acaba de fundar con Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa y Pablo Rojas Paz se lee:

No es posible mostrar de antemano un panorama que estamos en camino de formar. ¿Cómo exigir a un viajero que parte a dar la vuelta al mundo una reseña de su viaje cuando estamos despidiéndolo en el puerto de partida? Lo único que podemos exigirle es que sepa geografía y que lleve una brújula. PROA aspira a ser la tribuna perfecta de todos los jóvenes libres aún de las garras descastadoras del triunfo fácil y de la complicidad ambiente. . . . Y decimos tribuna perfecta porque la única credencial que exigimos es el fervor desinteresado por la vida del espíritu. . . . Y este estado de alma, este anhelo de perfección espiritual es la llave con que probamos los corazones que se nos acercan.

Creemos que por lo menos podemos ostentar la brújula del viajero. (607)

Nuevamente R.G. ejercita su capacidad de desplazar semánticamente vocablos que en su primera acepción corresponden al viaje físico: la aventura de Proa es comparada con un viaje por el mundo; a sus futuros colaboradores lo único que se les exige es un "fervor desinteresado por la vida del espíritu" como al viajero que parte a dar la vuelta al mundo lo único que se le puede exigir es que sepa geografía y que lleve una brújula. Tal "fervor desinteresado" o "anhelo de perfección espiritual", como luego lo llama R.G., le indicará el rumbo a la revista como la brújula se lo indica al viajero. En otros términos el viaje es aquí visualizado como un anhelo de perfección espiritual; anhelo cuyo emblema sería la brújula.

En carta a Larbaud fechada el 25 de agosto de 1925 y que se conoce como "Carta americana", R.G. comenta primariamente el fracaso que ha sufrido Proa en el año desde su fundación; añade unas observaciones acerca de los poetas chilenos que han colaborado en la revista:

Tienen un gran tono lírico, frases largas y sonantes y una preocupación constante de mar, de horizonte y de tardes de luz y de grandes vuelos de pájaros y de tiempo, así como de velámenes. Una continua invitación al ascenso y al viaje

parece ser su médula. . . . tienen el ritmo de la ola volvedora, y si ponemos su caracol en nuestro oído, nos impregnamos de un gran canto marino hecho de distancia y de grandeza y de "flechas de deseo". (770)

Si bien los vocablos ascenso y viaje se hallan dentro de un contexto distinto al de nuestros propósitos--la evaluación de ciertos poetas y ciertos poemas--, no deja de llamar la atención la contigüidad de ambos en un mismo sintagma; contigüidad que parece aludir a una preexistente clave privada. Quizás sea lícito inferir que R.G. haya percibido el viaje y el ascenso como dos entidades relacionadas entre sí. Significativo resulta en este orden de ideas lo dicho por R.G. en El sendero acerca del ascenso como condición necesaria para la "evolución hacia sí mismo":

La palabra profundo, de uso tan germano y europeo en filosofía, me es insoportable. Profundo es un pozo, la noche, el precipicio, el infierno, la ignorancia. . . . La palabra ha sido un daño y si la reemplazáramos por claro o alto o noble, tendríamos en seguida además del bienestar reconquistado, una posibilidad de explaye intelectual que se había hecho imposible en la mazmorra de lo profundo. Si Le sous-sol de Dostoievsky es un cuento profundo, prefiero el

más leve pastito asoleado que, en su síntesis de cosa que tiende hacia ARRIBA, es más universal y más claro. La evolución hacia sí mismo es para mí ascensión y nada tiene que ver con profundo.  
(543)

En "Un canto" donde R.G. habla del ansia de migración entre los escritores franceses modernos se lee:

No quiero perderme en digresiones pero apunto al pasar mi fe en una pronta y vigorosa fructificación. Baso mi creencia en que no es posible extenderse geográficamente sin ganar belleza, y ganar belleza es adquirir nuevos asuntos de poesía. (627)

Este pasaje pone de relieve la dependencia directa que existe, según el escritor, entre la actividad de viajar y la adquisición de belleza equivalente en sus palabras a la de "nuevos asuntos de poesía". Aunque no lo establece con rigurosa precisión R.G. parece intuir que la capacidad superior del viaje es la de poder transformarse en obra artística. Así lo establece Amelinckx con rigor científico en su estudio "La réaction de Flaubert au mythe romantique du voyage en Orient":

Mais, en réalité, le voyage est une expérience passagère, sa véritable raison d'être est celle de pouvoir se transformer en une œuvre écrite, une œuvre littéraire. Le seul voyage qui

vraiment compte, c'est celui de l'écriture.

(191)

En carta a Larbaud fechada el 1 de diciembre de 1924, R.G. presenta de la siguiente manera a uno de los colaboradores de Proa, Sergio Piñero:

Llevando ésta y un poco por ésta llevado tiene la ventura de dar con Ud. un hombre dos veces feliz. Recién casado y recién llegado a su trato, creo que poco le falta para tocar el cielo con la mano, si a estos dos inolvidables acontecimientos se le agrega el estado de viajero. . . . (Lecot 269)

De interés para nuestros propósitos es la expresión "estado de viajero". Estado sería aquí sinónimo de condición y entendemos por condición "anything essential to the existence or occurrence of something else; prerequisite" ("Condition"). En otras palabras lo dicho por R.G. implicaría que el viajar es un requisito previo a la felicidad.

En su nota crítica sobre el libro de Guillermo de Torre Literaturas europeas de vanguardia R.G. apunta:

Aquí está a mi juicio el caracú del libro y creo que si eligiendo maliciosamente a un punto ideal apoyáramos en él nuestro dedo, todas las páginas responderían "sacudiéndose el polvo". Y es que a nosotros también nos vienen impulsos de

largarnos en la aventura y remover, como para un viaje, todos los viejos trastos que estaban allí, patinándose de edad. (645-46)

Nuevamente R.G. hablando de un libro hace referencias al viaje físico. Si bien la frase en cuestión "Y es que a nosotros..." contiene cierta ambigüedad, resulta lícito verla como expresión de un concepto personal que parece haber tenido R.G. del viaje; concepto según el cual el viaje significaría cambio, renuevo, ruptura con lo viejo y que de alguna manera se vincularía a lo expresado en las líneas "huir lo viejo", "arrancarse de lo conocido" del poema "Viajar".

En la sección "Notas y apuntes" de Obras completas se lee: "No me gusta ir de espaldas en el tren. De espaldas se ve lo que se va, de frente lo que viene" (691). Pese a su aparente trivialidad este comentario no es sin importancia para nuestro tema, ya que pone de relieve un elemento que por lo visto fue primordial en su actividad de viajero: la curiosidad. Más que un mero trasladarse de un lugar a otro, viajar parece haber significado para R.G. abrirse a lo nuevo, "beber lo que viene", "asimilar horizontes" como él mismo lo había expresado en El cencerro muchos años antes.

Hemos individualizado en este apartado algunos de los criterios que parece guiaron a R.G. en su experiencia de viajero. En los textos aducidos el viaje ha sido

interpretado como nostalgia, anhelo de perfección espiritual, ascenso, adquisición de belleza, requisito previo a la felicidad, ruptura con lo viejo, un abrirse a lo nuevo.

Experiencia del viaje:<sup>7</sup>

En el artículo "Un libro"--el libro en cuestión es A. O. Barnabooth. Ses œuvres complètes. C'est à dire: un Conte, ses Poésies et son Journal intime de Larbaud y el artículo una nota sobre el mismo--R.G. apunta: "Barnabooth, complejo y simple, escapando a toda clasificación tan cara a los herboristas de la psicología, contiene a cuantos han vagado mundo con algo más que un cuerpo . . ." (612). Aquí puede leerse su personal concepto del verdadero viajar que debe comprometer no sólo el cuerpo sino también la mente del viajero. Tal concepto se inscribe sin dificultad en lo que desde un ángulo especializado sostiene Alain Couprie en Voyage et exotisme au XIX<sup>e</sup>:

Voyager engage le corps et l'esprit. Brisant ses habitudes, le voyageur plonge physiquement et mentalement dans l'inconnu. Il accepte de se dépayser, de s'ouvrir à la nouveauté, de confronter ses mœurs et ses opinions avec celles des étrangers. Il compare, réfléchit. Il prend le risque de se remettre en cause. (5)

En una carta--la llamada "europea"--fecha da el 15 de octubre de 1925 y dirigida a Larbaud, quien en aquel momento estaba de viaje en la isla de Elba, leemos:

Usted paseará por todo eso en un desconocido vehículo y será parecido al Larbaud que con nosotros hacía su vuelta en coche por los campos vecinos de Vichy, aunque un entusiasmo y un pensar distinto lo renueven en un inesperado rincón de sí mismo. ¡Qué fresca tal sensación! ¡Qué predisposición tan fácil para desenredar la significación psicológica de un pueblo al través del largo balbuceo de sus hechos pretéritos! ¡Qué niña es el alma siempre!

(772)

Además de aludir a los numerosos viajes de Larbaud y a la costumbre que tenía éste de prepararse minuciosamente para cada uno de ellos (Lévesque 7), R.G. hace aquí unas interesantes observaciones acerca de cómo el viaje opera sobre la mente del viajero. El viaje es visto por el escritor como una experiencia que trasforma al viajero: le renueva, le rejuvenece, afecta su manera de pensar y sentir, le pone en un estado de mayor abertura receptiva, amplía su capacidad de percibir. Podríamos citar a dos comentadores quienes han reparado en el efecto transformador del viaje. Según el primero "travel is the paradigmatic 'experience', the model of a direct

and genuine experience, which transforms the person having it" (Leed 5). El otro por su parte sostiene:

Pendant l'aventure, nous sommes affranchis de nos soucis routiniers, nous vivons à un rythme exaltant; l'ennui, le chagrin, la peur du lendemain s'estompent. Nous avons, en vivant l'aventure, un sentiment de libération: du fait que nos habitudes, notre mode de vie sont bouleversés, nous sentons se relâcher nos liens avec le passé et les contraintes sociales, légales. Nous devenons disponibles, prêts à une existence vierge, -impression énivrante qui nous donne l'illusion que nous ne pesons plus sur terre de notre poids d'homme. (Mathé, L'aventure 11)

Aventura y viaje no son necesariamente sinónimos como lo subraya Roger Mathé en su libro, pero lo dicho por él en este caso acerca de la aventura nos parece perfectamente aplicable al viaje.

Según el último de estos comentadores lo que rejuvenece al viajero, lo que modifica su capacidad de percibir, su receptividad, es el haberse alejado del contexto que normalmente le define; el haber roto, por lo menos durante algún tiempo, los lazos que le unen a dicho contexto.

En la mencionada "Carta europea" R.G. cuenta a

Larbaud un episodio ocurrido en un fumadero de hashish que visitó junto con Adán Diehl en el viaje por Asia en 1910:

La Argentina era un gran país en el mapamundi, que vino así de pronto. Conjuntamente vi su territorio, su historia y sus hombres. . . . Unos pocos hombres bravos y duros peleaban en pequeños vórtices sanguinolentos, perdidos en aquel mundo, y había en el ambiente fuertes gritos de rebeldía y de fe en la propia capacidad. Yo veía muy bien todo esto desde mi conocimiento de civilizaciones completas y ya en retroceso y cuando en la calma de los momentos actuales el país se me presentó liso y aparentemente hecho, vi que todo en él era imitación y aprendizaje y sometimiento, y carecía de personalidad, salvo en el gaucho que, ya bien de pie, decía su palabra nueva. (774)

Si bien favorecida por la circunstancia química, tal iluminación no deja por ello de ser testimonio de lo que Leed categoriza como "consecuencias intelectuales de la partida":

Through being removed, one may come to see one's native culture--which once provided the lenses and meanings through which one looked out upon the world--as an object, a thing, a unified

describable phenomenon. . . . Many travelers experience this transition as a suddenly objective appreciation of home. (45)

Difícilmente R.G. podría haber tenido esa iluminación en un ambiente para él familiar; no cabe duda de que precisamente por encontrarse lejos de su país, pudo verlo como un "objeto", un "fenómeno" y percibirlo con aquella "objective appreciation" que postula Leed.

Una de las pocas veces que R.G. habla en términos concretos de los resultados de su experiencia como viajero es en el prólogo a El libro bravo. Describe allí su contacto con otros pueblos y explica cómo el contrastar otras culturas con la propia le condujo a una mayor apreciación de su país y de sí mismo:

Entre extraños aprendí a ver lo que en mí había de nacional, lo que hay en mí, no de individual, sino de colectivo y común a todo mi pueblo. Los contrastes evidenciaron lo propio de lo extraño. . . . Paulatinamente, al contacto de otros pueblos y pulsando en la ausencia de ciertos rasgos, cuales eran los nuestros, propios como creaciones, vi que el conjunto de pequeñas luces rechazadas, hacían una gran luz y que esa luz era "armonía". (549)

Nos parece lícito trasladar lo que se lee en Leed acerca de la relación entre viaje y cultura a la particular

experiencia vivida por R.G.:

The experience of travel . . . engenders a collective self-consciousness as it acquaints travelers with the precise nature of their sameness and difference with respect to a world of others. As an experience of contrastive ethnic groups, travel entails the generation of a cultural self-image. . . . In the encounters of travel, individuals as well as collectivities become conscious of their irreducible uniqueness and difference as well as of their generality, their sameness, the species being, humanity.

(20-21)

En el viaje a Asia R.G. visitó una serie de países culturalmente muy distintos del suyo y entró en contacto con muchos pueblos, lo cual le proporcionó una amplia base para hacer parangones. Parece que justo en aquel temprano viaje empezó a formarse en él esa "cultural self-image" mencionada por Leed, la cual en viajes subsiguientes se fue definiendo cada vez más. Dice Battistessa al respecto:

El careo con otros modos de decir y otras formas de vida lo adiestró para obtener una conciencia cada vez más clara de su ser profundo, y lo que tal vez no hubiese sentido respirando siempre en un ambiente puramente suyo, argentino, se le

reveló a la distancia. (101)

Volvamos al fragmento recién citado del libro de Leed y a la noción "generality", explicada por el autor de la siguiente manera:

Travel is a "generalizing" activity, both in confronting the passenger with many domains within which persistent forms are perceived and in giving the traveler a general character. . . . In a sequence of strange lands, the passenger learns not only others', but also his own generality--that which he has in common with the other despite differences of language, culture, race, religion, diet. (69-70)

Lo expresado por Leed se aplica adecuadamente a R.G., quien en sus viajes se percató no sólo de lo que le distinguía de los demás hombres, sino también de lo que tenía en común con ellos. Varios textos suyos lo evidencian; veamos dos particularmente sucintos. En el primero, "Un canto", el escritor habla de su anhelo de una más amplia comprensión humana entre los pueblos; anhelo que parece haber sido una importante faceta de su personalidad de viajero. Encuentra que aun los países más diversos del mundo no difieren tanto el uno del otro en cuanto a clima mental:

Habiendo viajado por paisajes y pueblos,  
habiendo anhelado una más amplia comprensión

humana . . . que la existente, encontré un sentir lléno de afinidades con el mío, en ese poeta [Levet], que sabe que los límites nacionales no se ven en el mundo mental y que no hay diferencia fundamental entre El Cairo, Moscú, París, Nagasaki y Río de Janeiro. (628)

Tal idea se prolonga en el segundo texto, la ya mencionada "Carta europea" a Larbaud, donde R.G. se pronuncia sobre las influencias literarias:

No creo mucho en las influencias. Y este temperamento se basa en que creo mucho más en un medio ambiente intelectual, llámese necesidad de época o como mejor se quiera, y que puede hacer hablar en un mismo tono y hasta decir la misma cosa a un poeta de Londres, de Sidney, de Calcuta, de Buenos Aires o de Nagasaki. ¡Si viera hasta qué punto creo en sus ambientes mentales! (776)

Hemos establecido en este apartado que para R.G. el verdadero viajar compromete no sólo el cuerpo sino también la mente del viajero; que el viaje es una experiencia que trasforma al viajero en los siguientes sentidos: 1) le rejuvenece, haciéndolo más perceptivo y receptivo, 2) le confiere objetividad y la cualidad de observador, 3) le permite tomar consciencia tanto de lo que le hace diferir de los demás hombres como de lo que

tiene en común con ellos, le permite, para utilizar los términos empleados por Leed, percatarse tanto de su "irreducible uniqueness" como de su "generality".

Reflexiones concurrentes:

En una carta escrita a principios de 1920 R.G. hace elogio del cosmopolitismo de Larbaud y evalúa positivamente su odio al "provincialismo de alma":

Y además le gustan tanto los viajes, los trenes expresos, los transatlánticos y los más diversos países -que todos son el suyo, según los entiende y quiere en los más genuino. Está sobremanera desprovisto de esa mala voluntad que en los países extranjeros sólo ve como defectos cuantas diferencias tienen con el propio. Es francés, hondamente francés, pero detesta el provincialismo de alma, que hace que tantos se cierran en su terruño como topo en su cueva o como tumor en su membrana. (Battistessa 98)

A. O. Barnabooth, protagonista del libro homónimo de Larbaud--reseñado como ya mencionamos por R.G. en "Un libro"--es por su mera ascendencia y su experiencia educativa un cosmopolita. Tal condición le merece la siguiente apreciación del reseñador:

Barnabooth, hijo de yanquis, es nacido en Arequipa, criado en Rusia, educado en los

pensamientos de cinco lenguas diferentes y lector de todas las literaturas. Dar a un individuo tan contradictorias capitales de raza, patria, cultura y educación moral es privarlo de situación definida y abrirlo a la comprensión que no entorpecerá ningún grillo. Los límites geográficos no serán lazos en su camino. (610)

R.G. cierra dicho artículo con una reflexión sobre la falta de comprensión frente a países extranjeros que existe entre los escritores europeos por él conocidos. Piensa que tal falta de comprensión se reducirá en el futuro gracias a la tecnología que facilitará un acercamiento entre los pueblos, y considera a Larbaud un pionero por haber dado los primeros pasos en el camino hacia una más amplia comprensión humana:

Los escritores europeos que conozco han sido, cuando hablaron de un país que no era el propio, "el que no comprende". Transatlánticos y wagon-lits harán un día que esto no suceda más. Entonces recordaremos que Larbaud fue antes que ninguno "el que comprende", "el que quiere" porque supo ser primero. (612)

En estos textos R.G. no utiliza en ningún momento la palabra cosmopolitismo, o cosmopolita, pero si entendemos cosmopolitismo en su sentido convencional de "sentirse en casa en todas partes del mundo o en muchas esferas de

interés" ("Cosmopolitanism"), no cabe duda de que precisamente a esto se refiere el escritor. El tema del cosmopolitismo, vinculado naturalmente al del viaje, requeriría un estudio aparte. Una breve discusión de este tema nos parece sin embargo inevitable dada la existencia de ciertos textos güraldianos que de manera implícita versan sobre el cosmopolitismo y dada la opinión de algunos críticos de que el propio R.G. fue un cosmopolita (Da Cal 254; Ghiano, Introducción 27).

Para explorar esto último resulta lícito comparar a R.G. con un reconocido cosmopolita, Larbaud, cuya presencia en los tres fragmentos de texto arriba citados es por demás innegable. El cosmopolitismo de Larbaud no fue como en el caso de Paul Morand, universal, sino europeo.<sup>8</sup> La lista cronológica de sus viajes muestra que durante un período de casi cuarenta años viajó infatigablemente a todos los países de Europa, preparándose siempre con notable cuidado, ya lo vimos, en los dominios de la lingüística, la estética y la arqueología (Lévesque 7). Hubo frecuentes y largas estadias en los países de su predilección: Inglaterra, España e Italia, en los cuales se instalaba como en su propia casa, cuyas lenguas hablaba, cuyas literaturas conocía a fondo (Weissman 30, 31-35, 44). Sus viajes sirvieron como fuente de inspiración de un importante sector de su obra literaria y su espíritu cosmopolita

se reflejó en muchas de las dramatis personae de la misma (Weissman 49-65).

La actividad viajera de R.G. cubrió un período de aproximadamente diecisiete años. En su giro por el mundo en 1910 visitó muchos países, pero que sepamos no se detuvo largamente en ninguno de ellos y no volvió a visitarlos. En los posteriores viajes trasatlánticos la meta fue siempre Francia--con, a veces, viajes subsidiarios a España--donde pasaba largas temporadas y de cuya lengua así como de su literatura tenía buen conocimiento.<sup>9</sup> La experiencia del viaje, sobre todo en su aspecto cinemático, está casi constantemente reflejada en su obra. El correlato descriptivo de la actividad cinemática, es decir la descripción de lugares visitados, es también registrable en algunos de sus textos. Permítasenos a manera de excursio detenernos un momento en el viaje de R.G. a Asia: sorprende un poco que ese viaje--sin duda el más exótico de todos los que hizo--no haya despertado en el joven R.G., ansioso ya de escritura literaria, el deseo de comunicar de alguna manera las imágenes e impresiones recibidas en países culturalmente tan distintos del suyo. A falta de mejor documentación, debemos dar crédito a Sara Parkinson de Saz cuando afirma: "Además se había propuesto escribir un libro de viajes basado en las cartas que había escrito a sus amigos y padres y con este fin les había pedido que se

las devolviesen" (13). La afirmación de Parkinson carece desgraciadamente de indicación precisa acerca de las fuentes por ella consultadas.

De lo arriba expresado podemos deducir que si bien R.G. fue un viajero infatigable y su experiencia de viajero está reflejada en buena parte de su obra, la modalidad de sus viajes no nos permitiría considerarlo un cosmopolita. El visualizaría el espíritu excepcionalmente abierto y comprensivo de Larbaud como un ideal; ideal al que personalmente parece haber aspirado.

## NOTAS

<sup>1</sup> Blasi habla en "Ricardo Güiraldes y Proa" del hondo significado que tenía para R.G. la imagen náutica contenida en el último verso (31). De ello da testimonio un texto que escribió R.G. muchos años después con motivo de la fundación de la revista Proa: ". . . y esa virtud es la que activando la tensión primordial, en un sueño de superación y de gracia, nos ha bautizado los ojos con el símbolo perfecto de voluntad y de ritmo que titula la obra" (605).

<sup>2</sup> Utilizaremos este formato de transcripción no sólo para la poesía sino también para la abundante prosa poética de R.G.

<sup>3</sup> Para un análisis minucioso de estos poemas, véase Claude Cymerman, "Soledad e incomunicación".

<sup>4</sup> Acerca de este poema sinfónico de Honegger dice Norman Lloyd: "This piece of music suggests the sound of a large American locomotive as it starts, speeds on its way, and comes to a stop. The music for Pacific 231 seems brutally dissonant and depends on rhythmic drive for much of its interest. It is one of the few lasting works that came from a period when artists were concerned with the new 'machine age' " (248).

<sup>5</sup> Véase Claude Roy 40-42 y Bibliothèque Nationale 42.

<sup>6</sup> Entendemos criterio como "manera personal de juzgar las cosas, dependiente de la actitud en que se coloca el que juzga, de su manera de pensar, de su particular psicología" (Moliner 1: 804).

<sup>7</sup> Entendemos experiencia como "algo adquirido en el transcurso real y efectivo de la vida" (Díez Blanco 205).

<sup>8</sup> Para el cosmopolitismo universal de Morand, véase Stéphane Sarkany 38-59.

<sup>9</sup> Hubo por supuesto también el crucero a Jamaica y un borroso viaje al Brasil, del cual sólo sabemos por una indicación, ya mencionada, al pie de tres poemas.

## CAPITULO 4

DON SEGUNDO SOMBRA:

## SINGULARIDAD Y TRASCENDENCIA DE UN SENDERO CIRCULAR

Hemos optado por una consideración del corpus novelístico que atiende a razones técnicas de observación en detrimento de la mera sucesión cronológica. Don Segundo Sombra (1926) y Raucho (1917) serán revisadas individualmente para serlo luego dentro del recinto de la "novela peregrinatio" a la cual ambas pertenecen. Las restantes, Rosaura (1922) y Xaimaca (1923), se verán en un segundo escalón por no pertenecer al tipo peregrinatio y por representar sendos y diferentes esquemas tipológicos. Nos resulta lógico comenzar por Don Segundo Sombra [DSS], libro que le ganó fama y perennidad a R.G. e indudablemente su obra mayor.

La novela está centrada en los tres sucesos inherentes al viaje: partida, pasaje y llegada con al principio un exordio y al final un breve epílogo. Los primeros dos capítulos en que Fabio Cáceres [F.C.]--voz narradora de la novela cuya identidad se revela al final de la misma--nos habla de su deseo de irse del pueblo y de su encuentro con Don Segundo [D.S.], funcionan a manera de exordio. Los capítulos 3 al 26, núcleo de la novela, corresponden a la aventura vital de F.C. Hay en el capítulo 3 una primera partida tentativa que luego,

en el capítulo 6, se hará definitiva. Los capítulos 6 al 25 en que se describen los viajes que realiza F.C. con los gauchos dentro del territorio de la provincia de Buenos Aires, parte de los cuales están comunicados en comprimido esbozo en el capítulo 10, corresponden al período de pasaje. Que la extensión en el espacio tipográfico de este período sea considerable resulta lógico si pensamos en el hecho de que el pasaje es el rasgo distintivo del viaje, de cualquier viaje. El término final del viaje, la llegada, se efectúa en el capítulo 26 en que F.C. vuelve a su viejo pago. El último capítulo de la novela en que F.C. elucida su nueva situación de estanciero, funciona a manera de epílogo.

Se da comienzo al viaje exterior, geográfico cuando F.C. se escapa, en el capítulo 3, de casa de las tías para ir a la estancia de Galván, distante tres leguas del pueblo,<sup>1</sup> a pedir trabajo. Sabe que D.S. irá allí con el mismo propósito. La ruptura con el ambiente conocido, y odiado, constituye una primera partida tentativa. Habría que considerar éste y los siguientes dos capítulos que corresponden a la estadía en la estancia de Galván--estadía que de alguna manera le introduce a su futuro oficio--como una especie de preludio al "gran" viaje que empieza en el capítulo 6 y con el cual se hace definitiva la partida.

El primer arreo sale diecisiete días después de que

F.C. fuera a pedir trabajo en lo de Galván; se parte de la estancia de éste para ir a otra del mismo propietario en el sur. Se describen los preparativos del viaje, efectuados antes del amanecer, y su efecto en los reseros:

Todos me parecían más grandes, más robustos, y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte. / Sus ropas no eran las del día anterior; más rústica, más práctica, cada prenda de sus indumentarias decía los movimientos venideros. (373-74; cap. 6)

Llegan a y cruzan el río Areco en el momento del amanecer: "Con la salida del sol, vino el fresco que nos trajo una alegría ávida de traducirse en movimiento" (376; cap. 7). Unas pocas horas después hacen una primera parada en un "boliche":<sup>2</sup> "A eso de las ocho echamos pie a tierra para reponernos con algún alimento. / Empezaba ya a hacer calor y teníamos una lasitud de hambre, pues estábamos en movimiento desde hacía cinco horas con sólo unos mates en el buche" (378; cap. 7). Siguen viaje bajo un cielo "tenazmente azul"; tanto hombres como animales se entregan al ritmo riguroso impuesto por la marcha:

Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar. . . . /

Influído por el colectivo balanceo de aquella marcha, me dejé andar al ritmo general y quedé en una semi-inconsciencia que era sopor, a pesar de mis ojos abiertos. Así me parecía posible andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en mis espaldas y mis hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia. (380-81; cap. 8)

El cansancio experimentado por hombres y animales, causado por un calor cada vez más intenso, hace penosa la marcha y lento el paso del tiempo; especialmente lento en el caso de F.C.:

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petiso tenía sudado el cogote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pezuñas siempre livianas. / A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las sienas de manera embrutecedora. A mi lado la sombra del petiso disminuía desesperadamente despacio. / A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. No había aire y el polvo nos envolvía como queriéndonos

esconder en una nube amarillenta. Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor, y las gotas que caían de sus frentes salábanles los ojos. Tenía yo ganas de dormirme en un renunciamiento total. (381; cap. 8)

Más allá de mediodía hacen una segunda parada en la estancia de un tal Don Feliciano Ochoa. Luego de comer y descansar, parten "a eso de las cuatro de la tarde". F.C. va "hasta adelante de las tropillas" donde se entretiene mirando "el camino y las poblaciones lejanas, para grabar el todo" en su memoria, acaudalando así sus "primeros valores de futuro baquiano" (382; cap. 8). Al atardecer se detienen de nuevo para cenar en campo abierto. Bajo un cielo estrellado se reanuda la marcha cuyo rigor se hace a estas alturas insoportable:

No sabía ya si nuestra tropa era un animal que quería ser muchos, o muchos animales que querían ser uno. El andar desarticulado del enorme conjunto me mareaba, y si miraba a tierra, porque mi petiso cambiaba de dirección o torcía la cabeza, sufría la ilusión de que el suelo todo se movía como una informe masa carnosa. (384; cap. 8)

El primer día de marcha termina con la llegada de los reseros, ya entrada la noche, a una feria que se

encuentra "a las orillas de un pueblo" (384; cap. 8). Debe según Blasi tratarse de Mercedes ("La ruta" 296).

A las muy primeras horas del día siguiente parten, dando así comienzo al segundo día de marcha. Esta se ve obstaculizada por la lluvia que hace impracticables los caminos:

El callejón, que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada, atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante. Los vasos de mi petiso resbalaban dando mayor molicie a su tranco. Por trechos la tierra dura parecía tan barnizada, que reflejaba el cielo como un arroyo. (388; cap. 9)

Con la cesación de la lluvia y la salida del sol hombres y animales se reponen; pronto vuelven a caer en su "ritmo contenido y voluntarioso: / Caminar, caminar, caminar" (389; cap. 9). Prosiguen viaje hacia el sur, pero fuera del espacio tipográfico.

En el capítulo 10 que abre sobre una de las tres pausas retrospectivas de la novela, F.C. rememora los últimos cinco años pasados al lado de D.S. resumiendo en comprimido esbozo los lugares que han recorrido, todos dentro del territorio de la provincia de Buenos Aires:

Llevados por nuestro oficio, habíamos corrido gran parte de la provincia. Ranchos, Matanzas, Pergamino, Rojas, Baradero, Lobos, el Azul, Las Flores, Chascomús, Dolores, el Tuyú, Tapalqué y muchos otros partidos nos vieron pasar cubiertos de tierra o barro, a la cola de un arreo. Conocíamos las estancias de Roca, Anchorena, Paz, Ocampo, Urquiza, los campos de "La Barrancosa", "Las Víboras", "El Flamenco", "El Tordillo", en que ocasionalmente trabajamos, ocupando los intervalos de nuestro oficio.

(391)<sup>3</sup>

El hilo de la narración vuelve a anudarse en una estancia "grande y bien poblada", donde han "changado en unos trabajos de aparte" (392; cap. 10).<sup>4</sup> Ni la estancia ni el río al lado del cual F.C. evoca los últimos cinco años son nombrados; no sabemos por tanto en qué lugar se encuentran. La aseveración de Blasi: "No merece duda que la acción se sitúa de nuevo en Areco . . ." nos parece discutible ("La ruta" 297). Prueba de ello sería el comentario que hace F.C. al volver a su viejo pago en el capítulo 26:

A mediodía, comimos con Don Segundo en "La Blanqueada", donde menudearon las bromas y los recuerdos y los proyectos. Don Pedro era por cierto el pulpero más gaucho del mundo y me hizo

mil preguntas sobre mi larga ausencia, queriendo saber si me había hecho jinete, qué tal era para el lazo, cuántas mudanzas de malambo había aprendido y si sabía descarnar bien las botas de potro. (491)

Entre los capítulos 10 y 26 media poco tiempo, alrededor de dos meses. Si los reseros hubieran estado en Areco en el capítulo 10--y seguramente no hubieran pasado por allí sin ir a "La Blanqueada"--no se trataría de una "larga ausencia" y las preguntas de Don Pedro no serían justificadas. No cabe duda de que es la primera vez que Don Pedro ve a F.C. desde que éste se fue del pueblo a los catorce años. Podemos mencionar como una curiosidad que en la primera escritura de la novela tanto el río como la estancia y su dueño fueron nombrados y que se trataba del río Salado, de la estancia "Polvaredas" cuyo dueño era Víctor del Carril, padre de la esposa de R.G. Tales identificaciones fueron luego suprimidas (Lois, "Estudio filológico" LV-LVI).

El viaje involucra no sólo la marcha sino también el reposo. Los capítulos 11 y 12 constituyen dos incidencias que se refieren a este último aspecto del viaje: en ellos los reseros hacen etapa<sup>5</sup> y su reposo se llena con dos actividades lúdicas: la danza y la narración generada por la pausa junto al fuego en una de las más antiguas tradiciones de la vida nómada. Es de interés notar que el

cuento contado por D.S., el del paisano Dolores quien para conseguir a su amada, Consuelo, tiene que vencer al hijo del diablo, está, como la misma novela, estructurado en torno al viaje. También junto al fuego se anuncia la nueva salida: "Era nuestra noche de despedida. Mateando en rueda, después de la cena, habíamos agotado preguntas y respuestas a propósito de nuestro camino del día siguiente" (400; cap. 12).

Al principio del capítulo 13 llegan luego de dos días de marcha al pueblo de Navarro. Es día domingo y se llena éste con otra actividad lúdica: la riña de gallos. Pasan la noche en un puesto de estancia del cual salen al día siguiente a las once de la mañana para ir a la feria "ruidosamente anunciada por los rematadores lugareños" (413; cap. 14). Un hombre de la feria les contrata para un arreo de novillos "destinados a un campo grande de las costas del mar" (415; cap. 14). A la caída de la noche empiezan el viaje hacia el sur que les ha de llevar un mes.

Tres días antes de entregar el ganado se produce en una estancia de la que sólo se dicen generalidades, el incidente del alambrado: "Corríamos sin esperanza por delante de los brutos sedientos. El alambrado sufrió la misma suerte que el anterior y el cerco de caña no pudo sino crujir y quebrarse ante la avalancha ciega" (418; cap. 14).

Sin más contratiempos llegan a destino. El terreno acusa un cambio de fisonomía: "Ya podíamos mirar para todos lados, sin divisar más que una tierra baya y flaca, como azonzada por la fiebre" (418; cap. 15). La estancia en que entregan el ganado no se identifica.<sup>6</sup> Descansan y pasan la noche en un puesto de la misma a cargo de un tal Sixto Gaitán. El puesto se halla en proximidad del mar (la hacienda viene "a lamer la sal del blanqueo"; 419; cap. 15) y de los cangrejales ( "Una nube de gaviotas, chimangos y caranchos giraba como trompo de aire sobre alguna osamenta, allá, para el lado de los cangrejales", 424; cap. 15), hecho que atrae al aventurero en F.C.: "Aunque el arreo sea bueno y no le haya sobado al resero el cuerpo más que lo debido, siempre se apea uno con gusto de los apretados cojinillos para ensayar pasos desacostumbrados" (419; cap. 15).

Su curiosidad le lleva a hacer a la tarde una excursión por el terreno desconocido. Al poco andar, luego de cruzar unas "lagunitas secas", se enfrenta con un cangrejal cuyo espectáculo con su infinita batalla le llena de pavor; espectáculo además del cual se vuelve involuntario partícipe como consecuencia de lo que ocurre con su yegua Garúa. Otra incidencia acontece durante la estadía en el rancho: F.C. asiste con gran asombro a la lucha nocturna de Sixto Gaitán con los diablos que se quieren llevar a un hijo suyo que está embrujado.

Espectáculo éste que también llena de terror al joven resero.

Al promediar la mañana se despiden del "fatídico ranchito" para marchar hacia "el potrero vecino", donde al día siguiente deben recoger hacienda alzada (424-25; cap. 15). Dicho potrero resulta no ser tan vecino pues andan unas ocho leguas, es decir entre cuarenta y uno y cuarenta y dos kilómetros, por la "misma pampa triste" antes de llegar al atardecer a la población desde donde se efectuará la recogida (425; cap. 16). En contraste con la tierra "baya y flaca", estamos aquí en presencia de un terreno de "verdor fresco" (425; cap. 16).<sup>7</sup> Pasan la noche en un rancho junto con los demás paisanos que participarán en el trabajo "bruto y grande"; la hora del reposo no contiene mucho encanto: "No hubo, antes de echarnos a dormir, ni muchas bromas, ni una alegría muy visible, ni guitarra. A la gente de esos pagos no parecía importarle nada de nada" (426; cap. 16).

Parten del rancho "antes de aclarar" (427; cap. 16); en una página posterior se establece la hora: ". . . desde las dos de la madrugada, no habíamos 'matao el bichito' más que con unos cimarrones" (431; cap. 16). A F.C. y a sus dos compañeros se les ha asignado como zona de trabajo los médanos a los cuales llegan cuando está despuntando el sol. A poco empezar el trabajo de la recogida, se enfrentan con el mar cuya presencia deja

deslumbrado a F.C.: "Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa que no podía convencerme de que fuera agua" (428; cap. 16). Saliendo al campo luego de un "pesado galopar y gritar por los médanos" (429; cap. 16), divisan a lo lejos un centro de movimiento que constituye el principio del rodeo:

Conservábamos la vista fija en el lugar del rodeo y deseábamos ya estar allí, pues poco que hacer y diversión encontrábamos en galopar atrás del vacaje cimarrón que no se dejaba arrimar. Sin embargo anduvimos, anduvimos. . . . Ya el entrevero de los balidos se hacía ensordecedor, y empezamos a notar que aquello nos absorbía como única razón de ser posible, en el gran redondel trazado por el horizonte, dentro del cual todo lo demás parecía haberse anulado.  
(430; cap. 16)

Después de una pausa al promediar la mañana, durante la cual comen y matean en silencio, se produce el incidente en que F.C. "agarra a la cruzada" un toro que se ha escapado del rodeo; su comentario: "¡Buen principio que me comprometía para el trabajo bruto iniciado!" preanuncia los acontecimientos contenidos en el capítulo siguiente donde se desarrolla el tema del rodeo (432; cap. 16).

El rodeo está visto como un combate violento y brutal:

Los toros, enceguecidos, cargaban por derecho, a pura aspa. Los terneros gambeteaban con la cola alzada. Los demás, medio perdidos, arremetían a la buena de Dios. El paisanaje se desgañitaba gritando. Los ponchos se levantaban en lo alto flameando. Sonaban los rebenques contra las caronas. Las atropelladas y los golpes llegaron a su máximo. No faltó quien se hiciera rueda por el suelo, en una confusión de novillo, caballo y hombre. (433; cap. 17)

En el encontrón un toro cornea uno de los caballos de F.C. quien fastidiado exclama: ";Quedar de a pie cuando el alboroto y la diversión estaban en lo mejor!" (434; cap. 17). El rodeo termina abruptamente. Al atardecer F.C. hace, acompañado de un paisano, una segunda excursión a los cangrejales. Se trata de unos cangrejales mucho más grandes que los vistos cerca del rancho de Sixto Gaitán.<sup>8</sup> La excursión termina con un accidente: en la proximidad de los cangrejales, cuando ya están de vuelta, F.C. es atropellado por un toro. En la lucha que subsigue logra con la ayuda de su compañero matar al toro, pero resulta él mismo herido:

Me caí sobre él. Mi cabeza, como la de un chico, fué a recostarse en su paleta. Y antes de perder totalmente el conocimiento, sentí que los dos quedábamos inmóviles, en un gran silencio de

campo y cielo. (439; cap. 17)

Es trasladado a un rancho donde su compañero de la recogida y del rodeo, Patrocinio, y la hermana de éste, Paula, le cuidan. Los capítulos 18 y 19 corresponden a los períodos de inconsciencia y convalecencia, en total unos diez días. Durante el período de inconsciencia ocurre el sueño que preanuncia los sucesos descritos en el capítulo 26: la herencia, la vuelta a su viejo pago. Durante el período de convalecencia se ve obligado a vender dos de sus caballos, se enamora de Paula, hiere a un hombre a causa de ella. La mujer está vista como una tentación al mismo tiempo que un obstáculo para la libertad del hombre: "No hay querencia mejor que el lomo de sus caballos para un resero, ni cama más acomodadita que sus jergas y sus pellones. 'No necesito mah'hembras que mis pulgas' me dije" (446; cap. 18). En otro momento anota: "¿Qué puede hacer un hombre en tal situación, y para qué sirve un gaucho que se deja ablandar por esas querencias? Tras de todo veía mi libertad, mi fuerza" (448; cap. 19). Resulta en este contexto indispensable recordar lo dicho por Leed acerca de la concepción tradicional del hombre como viator y de la mujer como sedentaria:

. . . during a long and significant period of human history, a period of the growth of patriarchal civilizations, travel was thought

to demonstrate a particularly male character, antithetical to a femininity rooted in place, in soil and gardens, in the very maternal qualities of the earth. (116)

La pelea con Numa le decide a irse definitivamente del rancho: "Le bolié la pierna al picazo. ¡Qué lindo andar bien montado y estar libre!" (451; cap. 19). Va a buscarle a D.S. para seguir viaje hacia el norte. Es de noche cuando sale del rancho, llega después de unas siete u ocho horas de camino, a la hora del amanecer, al puesto donde está trabajando su padrino. Al día siguiente parten; hacen noche dos veces, una a campo raso, otra en el galpón de una chacra. El humor de F.C. acusa un cambio inmediato: "Cuanto más distancia dejábamos a nuestra espalda entre nosotros y aquella costa bendita, más volvía en mí la confianza y la alegría . . ." (452-53; cap. 20).

Luego de seis días de marcha llegan a un boliche. Pasan allí toda la tarde ocupados en una actividad lúdica: unas carreras de caballos. Siguen viaje y hacen noche en campo abierto. Se reitera aquí lo ya establecido por el capítulo 12: la narración generada por la pausa postprandial junto al fuego. El narrador, D.S., dirige oblicuamente la historia del herrero Miseria y el Diablo a F.C. quien acaba de perder casi todas sus posesiones en las carreras de caballos. Dicho cuento, basado en un

antiguo tema folklórico con ciertas modificaciones "gauchescas", está como él contenido en el capítulo 12 estructurado en torno al viaje.

Parten a la madrugada y después de cuatro días de marcha llegan a una estancia, de la cual sólo se dice que es "nueva". Aquí F.C. se estrena como domador:

Antes de que mi padrino tomara cartas en el asunto, me ofrecí para la changa. ¡Qué diablos! Era fuerte y me tenía fe. Ya mis primeras pruebas estaban hechas y, aunque sería ese mi estreno de domador, me sacudiría el polvo sobre los bastos, como si fuese acostumbrado. (469; cap. 22)

Por el trabajo de amansamiento recibirá dos bayos, es decir dos caballos de color blanco amarillento ("Bayo"); es además ofrecido el empleo de domador en la estancia, oferta que rechaza porque "el vivir separado" de su padrino le "parecía imposible" (473; cap. 22). Una vez concluido el trabajo, parten de la estancia. Es día domingo y van al "boliche del arroyo" en busca de amistad y reposo. Un infortunio--el duelo entre Antenor Barragán, un hombre del lugar, amigo de F.C., y un forastero--rompe de manera dramática el clima de aquel reposo. Luego de matar al forastero Antenor huye a caballo. F.C. y D.S. vuelven al camino, absorto aquél en cavilaciones sobre la escena brutal que acaba de presenciar. Su pensar se.

aplica a la condición general del resero, viajero eterno habituado a moverse en un espacio que parece pedir el viaje; un viaje cuya necesidad es previa a toda otra consideración:

Por su bien, el resero tiene la vida demasiado cerca para poder perderse en cavilaciones de índole acobardadora. . . . Una medida grande de fe le es necesaria, en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. Ley del fuerte es quedarse con la suya o irse definitivamente. (480; cap. 24)

Una semana andan buscando trabajo. Al final de ella consiguen un arreo de seiscientos novillos "mandado a corrales"--única información geográfica que da el texto-- el cual según los baqueanos de aquella zona les llevará unos doce días de marcha. El arreo resulta excepcionalmente duro y exhaustivo: les persigue el mal tiempo--la noche de la salida pierden cinco vacunos en el incidente del zanjón--; la hacienda se alborota a diario; tienen que rondar casi todas las noches. Luego de nueve días de marcha llegan al pueblo de Navarro. Allí reaparece un viejo amigo de F.C. Pedro Barrales, conocido en el primer arreo, con la noticia de la herencia. Tal noticia produce en F.C. una fuerte reacción:

. . . en lugar de alegrarme por las riquezas que

me caían de manos del destino, me entristecía por las pobrezaas que iba a dejar. ¿Por qué? Porque detrás de ellas estaban todos mis recuerdos de resero vagabundo y, más arriba, esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo. (488; cap. 25)<sup>10</sup>

El arreo sigue sin F.C. y D.S.; este último acompañará a su discípulo. Hacen noche en el mismo rancho en que lo habían hecho el día de la riña de gallos (cap. 13). A la madrugada empiezan los preparativos para el viaje a la estancia de Galván; F.C. tiene al ensillar la sensación de dejar "el alma por detrás, perdida campo afuera" (489; cap. 25). Habiendo preguntado a D.S. si ha dejado de ser gaucho, recibe la siguiente respuesta: "Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla" (490; cap. 25). Esa noche la pasan en Luján, lugar no muy distante de Areco:

Tanto las yeguas como los caballos viejos olfateaban el camino de la querencia. Yo también sentía contenidamente esa aproximación a mis pagos. . . . El olor particular de los pastos y de algún arroyo se me metían en el pecho como en su casa. (490; cap. 26)

La noche siguiente los ve en Areco, en cuya pulpería

"La Blanqueada" dormirán. El día que sigue hacen el último tramo del viaje llegando a la tarde a la estancia de Galván. Con la llegada se materializa el sueño que había tenido F.C. durante su estado de inconsciencia (cap. 18); de boca de su tutor oye exactamente las mismas palabras oídas en un "mundo liviano": "Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho" (492; cap. 26). La presencia de Raicho suaviza su llegada; por él obtiene permiso para comer en la cocina de los peones, también por él le es posible tender cama afuera--como acostumbra hacerlo el resero--en vez de dormir en el cuarto que le ha sido asignado. Así es facilitada la transición de un estilo de vida a otro muy distinto.

Recapitulando, el viaje realizado por F.C. que cubre los capítulos 3 al 26, núcleo de la novela, es un viaje circular que tiene como punto de partida Areco y como punto de llegada Areco. En el primer arreo se parte de la estancia de Galván para ir a otra del mismo propietario en el sur. La narración del arreo ocupa cuatro capítulos (del 6 al 9) y cubre sólo los dos primeros días de marcha; el resto de ésta se efectuará fuera del espacio tipográfico. En el capítulo 10 se señala un lapso de cinco años, durante el cual han viajado extensamente por la provincia de Buenos Aires y se resumen, en comprimido esbozo, los lugares recorridos. Los capítulos 11 y 12

se centran en actividades lúdicas, propias del reposo del viajero. En el capítulo 13 que los ve en Navarro, ocurre otra actividad lúdica.

En este pueblo consiguen un segundo arreo, destinado a un campo grande en las costas del mar. La narración de la marcha, que dura un mes y que salvo el incidente del alambrado no registra mayores contratiempos, está condensada en el capítulo 14. Luego de llegar a destino--presumiblemente las tierras de la familia Anchorena en los partidos de Dolores, Castelli y Tordillo--los reseros reposan. El reposo se llena para F.C. de dos espectáculos: el del cangrejal y el de la demencia pasajera de Sixto Gaitán (cap. 15). Consiguen en este lugar otro trabajo: son mandados a la costa para participar en una recogida y luego en un rodeo. Después de un día de marcha llegan a destino, presumiblemente la Cañada de Ajó que da límite a los partidos de Tordillo y Lavalle. Durante la recogida se produce el primer incidente con un toro (cap. 16). En el capítulo siguiente donde se desarrolla el tema del rodeo, F.C. hace una segunda excursión a los cangrejales, situados éstos quizás en la estancia de Gibson, próxima a San Clemente del Tuyú; dicha excursión marcaría el punto más austral del desplazamiento de F.C. hacia la costa. En este capítulo ocurren asimismo dos nuevos incidentes con toros, el último de alta gravedad. Los capítulos 18 y 19

corresponden al "repos du guerrier". Durante este período F.C. tiene el sueño de la herencia, se ve obligado a vender dos de sus caballos, se enamora de una mujer e hiere a un hombre a causa de ella. Parte del rancho y llega después de unas ocho horas de camino al lugar donde se encuentra D.S.

Juntos siguen viaje hacia el norte; dos veces hacen noche, una a campo raso, la otra en el galpón de una chacra. Luego de seis días de marcha llegan a un boliche; su reposo en dicho lugar se llena de una actividad lúdica (cap. 20). Otra ocurre en el capítulo siguiente cuando hacen etapa en campo abierto. Cuatro días más tarde llegan a una "estancia nueva", donde F.C. se estrena como domador y donde es ofrecido un empleo como tal, oferta que rechaza (cap. 22). Concluido el trabajo parten de la estancia y van a un boliche para reposar antes de seguir viaje. Se produce aquí el duelo entre Antenor Barragán y un forastero que quiebra dramáticamente el clima del reposo y hunde a F.C. en largas cavilaciones (cap. 23). Andan una semana buscando trabajo. Al final de ella consiguen un arreo mandado a corrales, para el cual deben contar con doce días de marcha. El arreo resulta agotador: les persigue el mal tiempo, la hacienda se alborota, tienen que rondar continuamente (cap. 24). Nueve días después llegan al pueblo de Navarro.

Se interrumpe aquí el arreo con la noticia de la

herencia. F.C. y D.S. empiezan los preparativos para el viaje a lo de Galván a la madrugada (cap. 25). Llegan a y pasan la noche en Luján; la siguiente los ve en Areco en cuya pulpería "La Blanqueada" duermen. El día que sigue hacen el último tramo del viaje llegando a la tarde a lo de Galván, donde se materializa el sueño premonitorio que había tenido F.C. durante su inconsciencia (cap. 26). Así culmina este largo, rico y accidentado viaje.

Conviene que nos detengamos aquí un momento a fin de anotar que el espacio geográfico en que se mueven los reseros está dotado de una fundamental ambigüedad, de un clima misterioso.

Si exceptuamos el capítulo 10 que contiene información clara acerca de los lugares visitados por los reseros durante los cinco años allí sintetizados, en el resto de la novela las indicaciones de ruta son escasas y aun borrosas; se van en efecto haciendo cada vez más borrosas a medida que avanza el relato. Pensamos en particular en los capítulos 14 y 15 (segundo arreo), 16 y 17 (recogida y rodeo), 24 (tercer arreo). Lo que sí se ofrece sistemáticamente a lo largo de toda la novela son indicaciones de tiempo, las cuales de alguna manera equilibran la escasez de indicaciones de ruta. Aquéllas fueron las que permitieron a Blasi establecer una posible "ruta de Don Segundo": "Este intento de dibujar sobre el

mapa una ruta aprovecha el cuidado con que la novela sirve al tiempo equilibrando las escasas señales del recorrido, adrede diluídas y casi borrosas durante el segundo arreo" ("La ruta" 300).

No sólo las indicaciones de ruta son borrosas y "adrede diluídas". Lo mismo ocurre con las referencias hechas en el texto al ferrocarril y al alambrado, presencias ambas muy nutridas y visibles en la pampa de principios de siglo. (Conviene puntualizar que el telégrafo y la maquinaria agrícola son absolutamente ignorados; sólo una referencia oblicua recuerda la existencia de los frigoríficos, cap. 14.) Se alude indirectamente al ferrocarril una sola vez (cap. 3). El alambrado recibe a lo largo de la novela doce menciones, la mayor parte de ellas concretas pero referidas a situaciones no dinámicas; en los casos restantes el alambrado sirve para la elaboración de una imagen (caps. 4, 7, 9, 14, 17, 18, 20, 21, 25). Ni el ferrocarril ni el alambrado es presentado como obstáculo ni tampoco como compañía permanente en el andar de los reseros. R.G. consigue de esta manera crear la ilusión de que las largas marchas por ellos practicadas se hicieran a campo abierto y que sus requerimientos--progreso de la marcha, acampamentos nocturnos--estuvieran librados a la voluntad de los reseros sin que ningún obstáculo físico o signo de posesión se opusiera a ella.

Pensamos que este efecto ilusorio debe verse como resultado de una definida voluntad de estilo; una voluntad que ha pasado en general desapercibida por los críticos, muchos entre los cuales han reparado en el carácter ahistórico de la pampa en DSS pero sin explicar el porqué de esa ahistoricidad. Roberto F. Giusti se preguntó en el momento de la aparición del libro: "¿De qué ayer nos habla? ¿Cuántos lustros han pasado sobre esta pampa sin ferrocarriles, de estancias salvajes, de 'puestos' enormemente distantes, pampa pastoril de gauchos de chiripá?"; advierte que si no fuese por los capítulos 13 y 14--que aluden a la presencia de frigoríficos y casas cerealistas--"nos creeríamos más cerca de la pampa de Eduardo Gutiérrez que la de Benito Lynch" (126-27). Antonio Aíta percibió pocos años después en DSS una nostalgia del campo abierto "que limitó el alambrado" (61). Kovacci por su parte sostiene: "Aceptando como aproximada para una ubicación temporal la vida pampeana a fines del siglo XIX, encontramos un sistema de vida todavía pastoril"; ve en la omisión de la pampa agrícola, como también del ferrocarril, una "intención arcaizante" (82). Beardsell define con mayor acierto el tiempo histórico al que corresponde la novela: "The final impression is by no means an exact portrayal . . . either of the gaucho life of the past or of the rural life of the 1920s; it is a mixture of features from both

periods" (Introduction 18). Hugo Rodríguez-Alcalá ve en las omisiones del ferrocarril, los cultivos y la maquinaria agrícola un procedimiento "poéticamente eficaz" destinado a dar a la pampa de la novela un carácter "intemporal" en consonancia con el epos narrado y a evitar la producción de un "espectáculo chocantemente anacrónico" (30, 32). Estas son lecturas atendibles pero carecen de una posterior elaboración en búsqueda de las causales que guiaron los proceder del escritor.

Entre aquellas opiniones la de Rodríguez-Alcalá resulta la más sugestiva. Ve correctamente que R.G. evitó una anacronía que hubiese desfigurado su obra, pero no percibe que para evitar tal anacronía necesitó de otra simétricamente opuesta a la anterior. La pampa de DSS es una pampa históricamente en conflicto: hay conflicto entre la alpargata y la bota de potro, entre el alambre de púas y el chiripá y así sucesivamente. Con la dilución de los signos de contemporaneidad en el ámbito rural, el escritor produce un espacio en que predomina una atmósfera de misterio, conveniente a los movimientos y los valores casi caballerescos de aquellas figuras "legendarias". Contrario a lo que hizo Cervantes con Don Quijote, R.G. mueve a su "héroe", coetáneo suyo pero portador de valores antiguos, en una pampa perteneciente básicamente al pasado.

Pensamos que hay que ver en dicha anacronía algo más

que un mero recurso narratológico. Como es bien sabido había en R.G. un sólido rechazo de la ciudad y un profundo amor por la naturaleza que se documentaron en sus textos a partir de El cencerro. Resulta pues natural que se haya sentido atraído por la pampa abierta, intacta del pasado y el tipo humano que ella generó: el gaucho, último residuo de un mundo primordial en que vagabundear era bello, dormir al aire libre un placer, el no deber nada a nadie un orgullo. Natural también su simpatía por el espíritu libre, independiente y anárquico de quien como el gaucho vivió fuera de la estructura social, lejos de la "civilización". El mismo R.G. fue toda su vida un rebelde, una "oveja negra" que nunca logró integrarse a ningún sistema, sea educacional, profesional o familiar.<sup>11</sup>

El "retorno a la naturaleza" fue reacción característica de principios de siglo contra el proceso industrializador. La naturaleza representó un estilo de vida más sencillo, quieto e integral, opuesto al ruido, contaminación y frenesí de la sociedad industrializada. Tal reacción duró buena parte de este siglo, y pensamos lícito situar a DSS dentro de ese espíritu de "retorno", marco referencial que de cierta manera remite al eterno tema de la Arcadia.<sup>12</sup>

En DSS el viaje exterior, geográfico está inscrito en otro más amplio, un viaje interior de índole espiritual que da asunto y materia a la totalidad del libro. Si aplicamos la definición que da Juan Eduardo Cirlot del viaje: "From the spiritual point of view, the journey is never merely a passage through space, but rather an expression of the urgent desire for discovery and change that underlies the actual movement and experience of travelling" (164), se hará obvio que el viaje de F.C. en términos simbólicos empieza ya en el capítulo 1. Le aburre la vida pueblerina, odia a sus tías y su casa que considera una prisión, ha sido abandonado por su protector, Fabio Cáceres, se ha hartado de hacer oficio de pícaro en el pueblo; tales son los factores que han generado en él el deseo de irse. El encuentro con D.S. quien le impresiona profundamente por su gran fuerza física, su calma y serenidad, funciona como una especie de call to adventure.<sup>13</sup> Comienza a partir de ese momento a entrever una "vida nueva hecha de movimiento y espacio" (352; cap. 2). Su huída del pueblo no se debe sólo a un aburrimiento con la vida pueblerina y a un simple deseo de aventura; hay en él un anhelo de libertad e independencia, una necesidad de "encontrar un prohijamiento verdadero supliendo la indiferencia hacia las tías con un empleo más humano de sus reservas

afectivas" (Kovacci 87), y más importante aún un deseo de llegar a ser quien realmente es. No está contento consigo mismo; vive una vida de pícaro sin serlo, vive por lo tanto una vida inauténtica. Lo que F.C. quiere es, para utilizar una expresión moderna, realizarse. La aparición de D.S. le marca el camino a seguir. Se une a él por propia elección "sabedor", en palabras de Ghiano, "de que sólo en el campo y junto a Don Segundo podrán encarnarse sus aspiraciones" (Introducción 42). Es a estas alturas imprescindible recordar lo dicho por Leed acerca de la partida como liberación, particularmente aplicable al caso de F.C.:

But others . . . have celebrated this alienation and experienced it as a liberation, a positive gain. With departure, a dysfunctional relationship between self and context may be left behind. . . . In short, the separations of departure are a moral experiment determining which aspects of the self may be left behind in the context of their germination, and which are ineradicable features of it. (46)

F.C. se inicia en el "más macho de los oficios" pasando por una serie de experiencias que ponen a prueba su coraje y hombradía (374; cap. 6). Siente aflojar en más de una ocasión su voluntad al darse cuenta de su "impericia de bisoño" frente a las duras exigencias

físicas del oficio (383; cap. 8). La primera doma, prueba a la cual él mismo impulsiva e irresponsablemente se somete, resulta un fracaso completo que le pone en ridículo frente a los reseros. Experimenta el dolor físico inherente al trabajo del resero en la agotadora marcha bajo el sol, al final de la cual siente ganas de dormirse "en un renunciamiento total" (381; cap. 8). Con la carneada se evidencia otra destreza que aún no posee F.C. Su compañero de trabajo se ríe sin descanso de su "atareada inutilidad", hecho que hiere profundamente su orgullo y amor propio: "Más apocado por mi ignorancia de carneador que por mi golpe de la mañana, me fui de nuevo hacia adelante mascando rabia" (383; cap. 8). D.S. se ha hecho a esta altura su protector (a partir de aquel famoso "¡Hacete duro, muchacho!", 384; cap. 8); guiado por él F.C. realiza su segunda doma. Esta vez tiene éxito y se siente "hinchado de orgullo como un pavo" (386; cap. 9). La marcha bajo la lluvia constituye otra prueba de resistencia para F.C. quien vuelve a experimentar la miseria física del resero:

Acobardado miré a mis compañeros, pensando encontrar en ellos un eco de mis tribulaciones. ¿Sufrían? En sus rostros indiferentes el agua resbalaba como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo. (388; cap. 9)

La enorme fortaleza física y espiritual de los reseros pronto le hace perder la osadía y seguridad de sí mismo, antes tan preponderantes; reconoce desconsolado que le falta mucho por aprender para llegar a ser como ellos. No obstante permanece fiel a lo que había pronunciado en un capítulo anterior: "Metido en el baile bailarías. . . . y si el cuerpo no me daba, mi voluntad le serviría de impulso. ¿No quería huir de la vida mansa para hacerme más capaz?" (369; cap. 5). Aun los reseros reconocen su tenacidad; según decir de uno de ellos "es de los que mueren matando" (382; cap. 8). Su rapidez para la réplica oportuna y su criolla viveza que tan popular le habían hecho en el pueblo, no le sirven para nada entre los reseros por naturaleza parcos en el hablar. Ya en la estancia de Galván un viejo le había reconvenido: "Muchas leyes parece que tenés, pero es güeno no querer volar antes de criar bien las alas. Sos muy cachorro pa miar como los perros grandes" (361; cap. 3).

Una vez empezado el trabajo como resero, F.C. se mimetiza con respecto al grupo asumiendo lentamente los valores que lo rigen: entre ellos el silencio o la parquedad verbal. Tal mimetización se realiza a la vez como consecuencia de la voluntad del neófito de acceder a una aceptación y de la presión que el uso mayoritario practica sobre las costumbres--en este caso locuacidad

no gobernada--que eran propias de F.C. y del estilo de vida que éste llevaba antes de incorporarse a la caravana.

Sintetizando, en este primer fragmento de viaje F.C. es expuesto a experiencias probatorias. Pese a la dureza de algunas de ellas (las marchas) y a ciertos fracasos iniciales típicos del bisoño (la carneada, la doma) que le dejan en ridículo, muestra tenacidad en su propósito de "hacerse más capaz". Aprende a trabajar junto con otros en un grupo, a frenar su impulsividad, a sobreponerse a su orgullo y amor propio. Va perdiendo poco a poco su locuacidad como también la opinión desmesurada de sí mismo. Al final del capítulo 9 vemos a un F.C. bastante distinto del que conocimos al principio: de pícaro le queda muy poco.

El capítulo 10 nos presenta a un F.C. que ha avanzado visiblemente por el camino que le conducirá a convertirse en un verdadero gaucho. Cinco años ha pasado al lado de D.S.; años de "penosa vida de reseros", de esos que "hacen de un chico un gaucho" (390). Su aprendizaje resulta haber sido integral; además de las numerosas destrezas físicas del oficio, ha aprendido toda una manera de ser, de enfrentarse con la vida:

También por él supe de la vida, la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante

las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos.

(390)

No sólo en el aspecto moral sino también en el intelectual, si vale la palabra, F.C. ha sido influido por D.S.: "Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida. . . . / Mi fantasía empezó así a trabajar, animada por una fuerza nueva, y mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones nacidas de la pampa" (391). En este último caso no se trata obviamente de una "enseñanza", dicho en términos estrictos; como apunta Kovacci: "El proceso de formación del muchacho no siempre es intencional y consciente. La continuada compañía de Don Segundo obra en él por la sola fuerza de su valer" (76). Análogamente la actitud de D.S. frente a la vida influye en F.C. quien aprende también por vía mimética, modelando su comportamiento a imitación del de su role model y haciendo suyas las normas que rigen la vida de éste:

Pero por sobre todo y contra todo Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio. / Como acción amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación, el

soliloquio. (391)

Mientras en el primer fragmento F.C. se vio sometido a pruebas físicas, en el segundo fragmento de viaje--de los narrados en el texto--afrontará pruebas de tipo moral. Que el orden sea así resulta lógico si pensamos en lo dicho por Jean Franco: "El aprendizaje de Fabio es un ejercicio espiritual y como en todos los ejercicios espirituales la preparación física es el primer paso esencial" (244). Atraviesa allí una serie de situaciones--variadas en general de tal manera que muestran las dos caras de la taba (Ghiano, Introducción 121)--que le enfrentan a la mujer (el baile, cap. 11; el episodio con Paula, caps. 18 y 19); al juego (la riña de gallos, cap. 13; las carreras de caballos, cap. 20); a la muerte (la infinita batalla del cangrejal, cap. 17; el duelo entre Antenor y el forastero, cap. 23); a las penurias del oficio (el episodio del alambrado, cap. 14; la recogida y el rodeo, caps. 16 y 17; un arreo excepcionalmente duro y agotador, cap. 24); a la superstición (la lucha nocturna de Don Sixto con los diablos, cap. 15); al pasado (la revelación de su identidad y noticia de la herencia, cap. 25; el retorno a su viejo pago y la aceptación de la herencia, cap. 26).

Tales situaciones que abarcan una gama bastante amplia de experiencias humanas, constituyen para F.C. pruebas morales que le enseñan cautela y prudencia y van

desarrollando en él una actitud madura frente a la vida. Dicho sea de paso, el papel de D.S. no es aquí menos importante que en el primer fragmento. En casi todos los casos está al lado de su discípulo para aconsejarle. Tales consejos--objetivados a veces en narraciones--vienen en situaciones que para F.C. son desfavorables, e incluso a veces cuando ellas son favorables. D.S. no escatima su función de mentor ni en un caso ni en el otro. F.C. se muestra en algunas ocasiones todavía propenso a la rabia (cuando mata al toro: ". . . la rabia se había asentado en mí, tomando cuerpo de una resolución decidida a ir hasta el fin. Me había propuesto quebrarlo al toro y lo quebraría", 438, cap. 17; cuando recibe la noticia de la herencia: "Tenía ganas de disparar o de embestir contra cualquier cosa, para inferir sangre de carne por la sangre de alma que sentía chorrear dentro mío", 486, cap. 25); a la impulsividad (esto se evidencia con la riña de gallos y las carreras de caballos en que apuesta temerariamente. En el primer caso le sale bien; en el segundo además de perder todo su dinero pierde la mayor parte de sus caballos, lo cual para un gaucho es fatal: "Nadie querría conchabarme en tal estado de inutilidad. Un gaucho de a pie es buena cosa para ser tirada al zanjón de las basuras", 469, cap. 22); al orgullo (evidente en el episodio de Numa: "Aquel pavote se animaba a reír mirándome. . . . Una tarde lo

hizo mejor que las demás y yo lo tomé peor que de costumbre a fuerza de hartazgo", 449, cap. 19).

Pese a tales reacciones que denotan cierta inmadurez, es evidente que el carácter de F.C. ha sido ya apreciablemente formado. Reveladoras resultan en este sentido las numerosas reflexiones nacidas en general de sus experiencias, sobre todo cuando de ellas surge un resultado negativo. El episodio de Paula en que consigue vencer su debilidad por aquella mujer bonita, coqueta y "enredadora" quien indirectamente provoca la desgraciada pelea con el simplón Numa, evidencia que F.C. ha incorporado las lecciones de D.S. Adopta frente a esta aventura amorosa una actitud estoica sobreponiendo la razón a los sentimientos, visible en la reflexión que elabora inmediatamente después de su partida del rancho:

Miseria es eso de andar con el corazón  
zozobrando en el pecho y la memoria extraviada  
en un pozo de tristeza, pensando en la  
injusticia del destino, como si éste debiera  
ocuparse de los caprichos de cada uno. El buen  
paisano olvida flojeras, hincha el lomo a los  
sinsabores y endereza a la suerte que le  
aguarda, con toda la confianza puesta en su  
coraje. (452; cap. 19)

Tal actitud también es visible en su reacción frente a las penurias de un arreo excepcionalmente duro y

agotador, el contenido en el capítulo 24. La tremenda fatiga que acarrea esta experiencia provoca en F.C. una maciza respuesta espiritual que se traduce en las siguientes palabras:

Sabía que si en gran parte se resiste por tener hecho el cuerpo a la fatiga, más se resiste por tener hecha la voluntad a no ceder. Primero el cuerpo sufre, después se azonza y va, como sin tomar parte, adonde uno lo lleva. Después, las ideas se enturbian; no se sabe si se llegará pronto o no se llegará nunca. . . . A lo último, no queda capacidad vital sino para atender a lo que uno se propone sin desmayo: seguir siempre. Y se vive nada más que por eso y para eso, porque todo ha desaparecido en el hombre fuera de su propósito inquebrantable. (483; cap. 24)<sup>14</sup>

Nos parece en este contexto imprescindible recordar el pertinente comentario que hace Beardsell acerca del sufrimiento físico que se doma a fuerza de voluntad:

Fabio discovers that corporal suffering can be overcome by the imposition of the will, permitting a man to separate mind from body and attain a state of spiritualization. . . . It is, perhaps, the fullest sense in which Fabio comes to grips with the human condition and succeeds in knowing himself. (Introduction 21)

En la "estancia nueva", luego de su estreno como domador, le es ofrecido un empleo como tal; rechaza la oferta por la siguiente razón:

. . . ¿ve aquel hombre? -dije, señalando a Don Segundo . . . Güeno, ese hombre también tiene la mano larga . . . pero igual que su patrón, sabe abrirla muy grande y lo que en ella se puede hallar no son patacones, señor, pero cosas de la vida. (474; cap. 22)

Muestra en esta breve reflexión madurez de juicio al preferir a D.S., desdeñando el dinero. Tal indiferencia ante las ventajas materiales, típica de la actitud que venimos marcando en F.C., es más pronunciada aún en otra reflexión suya, la que sobreviene a la noticia de la herencia:

Parece mentira: en lugar de alegrarme por las riquezas que me caían de manos del destino, me entristecía por las pobrezaas que iba a dejar . . . Porque detrás de ellas estaban todos mis recuerdos de resero vagabundo y, más arriba, esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo. (488; cap. 25)

Observa Kovacci: "Hay, pues, una jerarquía de bienes, y el resero pobre y vagabundo es inmensamente rico, porque los caminos, la llanura, el mundo, lo llaman para que

tome posesión de ellos" (79).

Dicha indiferencia frente a los bienes materiales reverbera asimismo en los pensamientos de F.C. cuando se encamina a la estancia de Galván:

En mi condición anterior, nunca me ocupé de mi nacimiento; guacho y gaucho me parecían lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de poder llevar un nombre que indicara un rango y una familia me hubiera parecido siempre una reducción de libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra. (491; cap. 26)

Además de tal tendencia a la introspección, F.C. muestra en este fragmento una inclinación a la soledad y al silencio ("Para mí todos los pueblos eran iguales, toda la gente más o menos de la misma laya, y los recuerdos que tenía de aquellos ambientes, presurosos e inútiles, me causaban antipatía", 408, cap. 13; ". . . nos pegamos unos a otros, con esa súbita familiaridad de los ariscos cuando se encuentran medio apampados por el ruido y la gente. . . . Y echamos afuera toda la risa, con esa nerviosidad del gaucho que, cuando anda entre gente, parece como si sintiera que le sobra la vida",

454, cap. 20; "Creo que la afición de mi padrino a la soledad debía influir en mí; la cosa es que, rememorando episodios de mi andar, esas perdidas libertades en la pampa me parecían lo mejor", 461, cap. 21; "Largas horas nos pasamos, esa noche, conversando con mi nuevo amigo [Raucho]. No recordaba haber hablado nunca tanto . . .", 493, cap. 26). Como D.S., F.C. a su vez ha sido influido por el ámbito pampeano, presencia decisiva en la vida del resero y propicio, parecería, a desarrollar en él las tendencias aducidas: a la introspección, a la soledad, al silencio. Varios son los críticos que se han detenido en en esa influencia; escuchemos a dos de ellos:

El impulso del hombre en la persecución del horizonte que huye de continuo, paradójicamente lo centra en un reencuentro del propio ser. La extensión implica dispersión y soledad. La soledad, silencio, y el silencio, ensimismamiento. (Kovacci 111)

La inmensidad pampeana vuelve al hombre hacia su conciencia, lo hace silencioso y reflexivo, pero a su vez lo mueve sin descanso, lo embarca en sí mismo y en las distancias, como si fuera un barco y su timonel. (Ghiano, Introducción 106)

El escritor francés Michel Chaillou va un poco más lejos

que estos dos críticos en la explicación del porqué de este fenómeno. Si bien lo dicho por él se aplica al mar, es igualmente aplicable a la pampa: "En pleine mer, on voit l'étendue de son esprit. La surface de l'océan est abstraite et vous renvoie sans cesse l'image de vos pensées, le martèlement de votre pensée contre les parois de votre crâne . . ." (58).

Frente a aquel espacio abierto, vasto y frente a ese horizonte fugitivo, el cual evoca naturalmente lo infinito, lo eterno, lo inalcanzable, el hombre toma consciencia de su pequeñez, su transitoriedad; consciencia que le lleva a integrarse, a asimilarse a su ambiente. Al dar comienzo a su aventura, F.C. había anotado: "Respiré hondamente el aliento de los campos dormidos. . . . Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande" (372; cap. 6). Ya en aquel temprano momento el ámbito pampeano había hecho sentir su influencia; influencia que con el tiempo se irá profundizando cada vez más ("La noche nos perdió en su oscuridad. / Me dije que no éramos nadie. . . . / Y miré para arriba. Otro cangrejal, pero de luces . . . ¡Qué cantidad de estrellas! ¡Qué grandura! Hasta la pampa resultaba chiquita", 421-22, cap. 15; "Del rodeo no quedaba casi recuerdo ni en la llanura, ni en mi memoria. Parecía haber sido una pura imaginación, que negaba el vacío de los pajonales. Vacío que tenía algo de

eternidad", 436, cap. 17; "De grande y tranquilo que era el campo, algo nos regalaba de su grandeza y su indiferencia", 461, cap. 21; "Pero ¡qué descanso más lindo el de esa noche, y qué gusto moverse en el aire grande que nos caía de todos lados en el cuerpo, como cariño!", 469, cap. 22).

Resumiendo, en el segundo fragmento de viaje F.C. es sometido mayormente a pruebas de tipo moral que le enseñan cautela y prudencia y van madurando su carácter. Su manera de reaccionar es en ciertas situaciones todavía algo inmadura, pero muestra sin embargo haber crecido bastante tanto moral como espiritualmente. Aprovecha las lecciones de D.S. adoptando como él una actitud estoica frente a los golpes y las trampas inevitables en cualquier vida humana. Ha logrado domar el dolor físico separando mente y cuerpo, alcanzando así un "estado de espiritualización" (Beardsell 21). Ha desarrollado una tendencia introspectiva y una inclinación a la soledad, al silencio, productos éstos de su larga estadía en la pampa. Ha tomado consciencia de la fragilidad y transitoriedad de la existencia humana frente a la inmovilidad e infinitud del mundo natural; consciencia que paulatinamente le lleva a integrarse al mismo.

En el capítulo 27 que funciona a manera de epílogo --el viaje exterior ya terminó, pero el interior continúa--F.C. elucida al lado de una laguna su nueva

situación de estanciero y "hombre culto". El entrenamiento intelectual que ha añadido a la formación física y moral recibida de D.S. no ha conllevado un cambio de personalidad ("Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica", 496); sirve como recurso técnico que permite a R.G. explicar cómo el "guacho" pudo escribir sus memorias.

El F.C. que aquí se nos presenta es, pese a sus escasos veintidós años, un hombre maduro, responsable, con dominio de sí mismo. Esto se evidencia en su reflexión sobre la riqueza del gaucho quien por no poseer nada lo posee todo y la pobreza del estanciero quien pese a todas sus posesiones no es dueño de nada: "¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarían como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía" (494-95). Se evidencia asimismo en su desprecio por las aventuras amorosas de Raicho:

. . . Raicho me parecía a veces una criatura libre de dolores, sin verdadero bautismo de vida. . . . ¿Qué creía que iba a encontrar? La vida, a mi entender, estaba tan llena, que el querer meterle nuevas combinaciones se me antojaba lamentablemente infantil. (496)

Y finalmente en su reacción frente al momento que en su

vida "representaría, más que ningún otro, un desprendimiento" (494); la ida de D.S., su padrino y maestro:

"Sombra", me repetí . . . ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa. / Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta a mi caballo y, lentamente, me fui para las casas. / Me fuí, como quien se desangra. (497)

Ha pasado la más difícil de todas las pruebas y su iniciación a y para la vida queda así completa.

En ocasión del seminario "Arquitectura del viaje" llevado a cabo en la Universidad Menéndez Pelayo, Santander, desde el 28 de agosto al 1 de setiembre de 1989, el eminente germanista y filólogo triestino, Claudio Magris, estableció las líneas de fuerza de su personal teoría del viaje. Si bien dicho seminario no produjo actas y la exposición de Magris fue rigurosamente oral, hemos tenido la suerte de contar gracias a su generosidad con una copia de las notas por él usadas. Aunque el material de referencia utilizado por Magris corresponde principalmente a las literaturas germánicas, estamos convencidos de que las ideas que se sostuvieron

en el momento de la exposición son de alcance universal y por ende de cabal aplicabilidad a las novelas y al autor que estamos considerando.

Magris consideró dos tipos de viaje: los circulares que llevan de vuelta a casa, a la propia identidad y los rectilíneos que representan una huída definitiva de "casa" y en que el viajero aniquila su identidad, se convierte en otro. Veamos cuáles fueron las ideas expuestas por Magris respecto del viaje circular:

Nelle opere in qualche modo classiche il soggetto, pur smarrito nella vertigine delle cose, finisce per trovare se stesso nel confronto con questa vertigine; attraversando il mondo egli scopre la propria verità, quella verità che all'inizio in lui è soltanto potenziale, solo ancora latente, e che egli traduce in realtà attraverso il confronto col mondo. . . . Soltanto uscendo dalla propria casa l'io, il soggetto può tornarvi in modo libero e maturo; soltanto uscendo da se stesso può arrivare in modo autentico a se stesso . . . . Questo viaggio è un viaggio circolare; si parte da casa, si attraversa il mondo e si ritorna a casa, anche se a una casa molto diversa da quella lasciata, una casa che acquista significato soltanto grazie alla partenza, alla

scissione originaria. . . . Il viaggio diventa un modo, anzi forse il modo per eccellenza per realizzare l'antico "conosci te stesso". (3-4)

Veamos ahora las ideas que correspondieron a su tratamiento del viaje rectilíneo:

Al viaggio circolare, tradizionale, classico, edipico . . . subentra il viaggio rettilineo . . . un viaggio che procede sempre avanti, verso un cattivo infinito, come una retta che avanzi pencolando nel nulla; il soggetto, l'io, il viaggiatore si getta sempre in avanti, non porta se stesso, tutto se stesso, nel suo procedere, ma ogni volta annienta la sua identità precedente, si getta via. E' un viaggio in cui l'individuo cerca di protendersi oltre la stessa fisionomia tradizionale dell'individualità. . . . (5-6)

Volvamos a las ideas de Magris sobre el viaje circular, fácilmente aplicables a DSS. El viaje circular realizado por F.C. equivale a una larga peregrinación en que éste a través de todas las experiencias en ella acumuladas--experiencias que le marcan y de manera definitiva forman su carácter--llega a conocerse, encuentra su verdadera identidad. Su confrontación con el mundo--el hecho de ser un mundo limitado, el de la pampa, no invalida para nada el valor de la experiencia

vital, la de viaje--le permite traducir en realidad aquella "verdad propia" de que habla Magris, al principio sólo latente, potencial.

Luego de una existencia vacía que no satisface las aspiraciones internas de F.C., éste decide realizarse y lo hace uniéndose a D.S. que encarna dichas aspiraciones. El camino por él seguido en su "quest for the grail of manhood", como lo llama un escritor contemporáneo (cit. por Stengel 58), no está por supuesto exento de obstáculos: la formación conseguida al lado de D.S. es tanto física como moral y constituye un largo proceso en que se van organizando los rasgos que le son propios, tales como tenacidad, voluntad y coraje, en una armoniosa personalidad. Pese a su extensión consideramos imprescindible transcribir las reflexiones de Leed sobre los cambios de carácter causados por la experiencia del viaje, seguramente adaptables al caso de F.C.:

. . . the changes of character effected by travel are not so much the introduction of something new into the personality of the traveler as a revelation of something ineradicably present--perhaps courage, perdurance, the ability to endure pain, the persistence of skills and abilities even in a context of fatigue and danger. The transformations of passage are a species of

"identification" through action, which adds to the being in motion only a consciousness of the irreducible form and individuality of that being. (8)

F.C. parte de su pueblo como un muchacho apicarado, bisoño e inmaduro y vuelve al mismo hecho un hombre, un gaucho; "dueño" en palabras de Ghiano "de un destino irrenunciable: el de un ser responsable de su conducta" (Introducción 42). Vuelve enriquecido y formado por sus experiencias en el "mundo", confirmado en la identidad que le es propia; vuelve por lo tanto en modo auténtico a sí mismo. Según Magris es necesario salir de "casa" para poder volver a ella de manera libre y madura. Es de suponer que hay que entender "casa" de modo genérico, es decir no literalmente como la casa de una persona, sino su lugar de origen, el lugar donde nació. Si bien es verdad que F.C. vuelve a su lugar por la herencia, es al mismo tiempo verdad que acepta tal herencia, que elige quedarse. Podría en teoría haber rechazado la herencia y proseguido viaje con los gauchos; podría también haberla aceptado y luego vendido, volviendo acto seguido a su vida de gaucho. Que vuelva maduro a "casa", ya definitivamente operada en él la transformación de "guacho" en gaucho, está fuera de cuestión; que su regreso sea producto de una libre opción, si bien condicionada ésta por un factor circunstancial, es

también innegable. Sus propias palabras al volver a su viejo pago son en este respecto altamente significativas: "Pago es patria chica y, por más que nos independicemos, nos quedan metidas dentro cuñas de goce o de dolor, ya hechas carne con el tiempo" (490; cap. 26).

El viaje circular que en Novalis todavía es idílico --Novalis canta en su Heinrich von Ofterdingen "l'identità fra io e mondo"--se hace a partir de la época romántica cada vez menos idílico dice Magris (5). Menciona a Goethe cuyo Wilhelm Meister al final de su viaje vuelve a casa reintegrándose a la sociedad, pero no sin hacer un doloroso sacrificio "delle esigenze totali della 'poesia del cuore', nella 'prosa del mondo' " (4). Y eso porque "qualcosa, nel rapporto fra il singolo e la totalità che lo circonda, si è incrinato; si è incrinata quella identità fra io e mondo cantata da Novalis" (4-5). DSS parecería más bien pertenecer a la última categoría. F.C. había vivido en la pampa una vida de plena libertad, de continuo movimiento, al margen de la sociedad. Aceptar la herencia implica para él un inevitable reintegrarse a aquella sociedad, acto que contiene un doloroso sacrificio: la renuncia al singular modo de vida que hasta entonces había llevado. Hay en el final de la novela una tensión causada por esa opción, ineludible, que le hará recusar definitivamente la aventura (vida libre y andariega del gaucho) en beneficio de la

aceptación de un orden establecido (vida quieta y sedentaria del estanciero). Tal tensión es muy visible a nivel de texto; veamos algunos ejemplos. F.C. tiene al oír hablar a Galván de la herencia la siguiente reacción:

Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro . . . otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte. (492; cap. 26)

Un poco más adelante anota: "Me sentía bien a pesar de mi crisis moral. Tenía una extraña sensación de existencia nueva" (492; cap. 26). En el capítulo 27 donde F.C. mentalmente construye su diario de patrón, leemos:

. . . la educación que me daba don Leandro, los libros y algunos viajes a Buenos Aires con Raucho, fueron transformándome exteriormente en lo que se llama un hombre culto. . . . / Aunque no me negara a los nuevos modos de vida y encontrara un acerbo gusto en mi aprendizaje mental, algo inadaptado y huraño me quedaba del pasado. / Y esa tarde iba a sufrir el peor golpe. (496)

La última frase se refiere por supuesto al alejamiento definitivo de D.S.; factor que hace

doblemente doloroso el sacrificio de F.C., pero necesario para que éste llegue a una plena autonomía. Pese a las limitaciones que parece imponerle el hecho de haberse transformado en estanciero, F.C. vivirá al volver a su pueblo una vida auténtica en oposición a la inauténtica que allí solía llevar como "guacho". Se ha sedimentado en él su verdadera personalidad, se ha hecho hombre, gaucho; notas decisivas que su nuevo status de estanciero no puede alterar.

## NOTAS

<sup>1</sup> "El primer arreo . . . parte de una estancia de Leandro Galván en Areco . . . Galván bien pudo ser Rufino Galván, hacendado de Areco a quien nombra la Dedicatoria y cuya casa Güiraldes frecuentó. En la novela, la estancia de Leandro Galván se halla a tres leguas del pueblo y colinda con la de Cáceres por el lado norte de ésta . . . la estancia de Rufino Galván también se halla a tres leguas del pueblo y colinda con el norte de 'La Porteña' " (Blasi, "La ruta" 295).

<sup>2</sup> Boliche es "una casa de negocio al menudeo desurtida y pobre, de mala muerte" (Garzón 64).

<sup>3</sup> Tal itinerario ha sido estudiado con abundante documentación por Blasi en "La ruta" 296-97.

<sup>4</sup> Changa: actividad propia de un changador, es decir un "peón suelto sin trabajo fijo" (Garzón 146).

<sup>5</sup> Entendemos esta palabra en su sentido militar de "cada lugar en que hace noche el ejército cuando marcha" (Moliner 1: 1240).

<sup>6</sup> "Los días de arreo y su probable equivalencia en camino recorrido, la presencia del mar y los datos de Gaitán, permiten establecer una ruta que partiendo de Navarro llegaría a unos campos realmente 'grandes' y en la costa: los de Anchorena en los partidos de Dolores, Castelli y Tordillo; a un 'cuadro' de casi 35 leguas junto al mar, la estancia 'Las Víboras' . . . con sus cangrejales sobre el canal 9, de desagüe en el Atlántico" (Blasi, "La ruta" 298).

<sup>7</sup> "Si ubicamos la casa de Gaitán cerca de las lagunas El Durazno y El Junco en la estancia de Anchorena . . . y trazamos un camino hacia el este que cubra unos 45 km, llegaremos a las inmediaciones de la Cañada de Ajó que da límite a los partidos de Tordillo y Lavalle. En ese lugar hubiese estado la 'población' a que se refiere el texto . . . La hipótesis se consolida por el tipo de camino atravesado . . . la aparición súbita de la población inmersa en un verdor fresco . . . y los sauces que junto a ella parecen aludir a la Cañada" (Blasi, "La ruta" 299).

<sup>8</sup> "Serían éstos los cangrejales de las Tijeras en el límite de la estancia de Gibson [en la proximidad del río Ajó]? De ser así, constituirían el punto más austral del desplazamiento de Fabio hasta la costa" (Blasi, "La ruta"

300).

<sup>9</sup> Para un análisis de este cuento, véase Blasi, "Mito y escritura".

<sup>10</sup> Las expresiones vagabundo, indefinida voluntad de andar, sed de camino, ansia de posesión . . . de mundo coinciden en su evocación del viaje y del movimiento.

<sup>11</sup> Véase Jytte Michelsen, "Don Segundo".

<sup>12</sup> Para el tema de la Arcadia, véase Lily Litvak.

<sup>13</sup> Para esta noción, véase Joseph Campbell 49-58.

<sup>14</sup> Va, lleva, llegará, seguir resultan de interés para nuestros propósitos, ya que son verbos de movimiento que remiten directamente al viaje.

CAPITULO 5  
FIDELIDAD DE RAUCHO AL ESQUEMA  
TRADICIONAL Y CLASICO DE CIRCULARIDAD

También en Raucho que R.G. empezó en el hotel Alhambra en Granada durante su giro por el mundo en 1910-12 y que fue publicada en 1917, el viaje es tema privilegiado y elemento estructurador muy importante. De sus nueve capítulos siete giran en torno al viaje: "Prólogo", "Colegio", "Hastío", "París", "Nina", "Abandono", "Solución". El primer viaje contenido en "Prólogo" y las primeras líneas de "Colegio" es un viaje circular que a su vez contiene una larga estadía en el punto que sirve de destino a la ida y de partida al regreso. La atención que esa "ida" y esa "vuelta" merecen a la voz narradora es notablemente escasa. Para la ida se reduce a diecinueve palabras: "Llegaron un día de otoño. . . . / Cuando bajaron de la volanta, el silencio impuso a los chicos una admiración muda" (156). Para la vuelta se resuelve en una tácita alusión: "A los diez años, Raucho y Alberto entraban en el colegio" (169).<sup>1</sup> Se trata del Colegio Nacional que conocemos por Juvenilia (1882) de Miguel Cané situado por la frase: "La bajada [del tranvía de caballos] en San Ignacio, el encuentro con amigos, las primeras preguntas . . . ahuyentaban su intranquilidad" (178-79).

En el capítulo "Colegio" hay descripción del primero de una serie de viajes que corresponden puntualmente al ritual de las grandes vacances que habían sido establecidas como norma elegante en la segunda mitad del siglo XIX en las sociedades europeas e hispanoamericanas.<sup>2</sup> Por supuesto, en el caso particular, el eterno destino era la estancia. En el espacio literario se da cabida a la mención del primero y del último de estos viajes dejando a la imaginación del lector la presencia de los otros.

El primero, reencuentro con la pampa después de una tediosa experiencia escolar, merece a la voz narradora una elaboración entusiasta:

Una emoción fuerte hacía callar la turbulencia de Raucho; apoderábase de la ventanilla, abandonando el cuerpo a los sacudones acolchados del vagón, y tenía, al primer asomo del campo, la ilusión de salir de preso. / Su alma se hacía infinita, libre de limitaciones ciudadanas. . . . / El primer grito de arreo . . . le imponía cariño intenso. (174)

El último de estos viajes pendulares también es verbalizado, en términos de anticipación, pero en su caso con el aditamento de una buena nueva: se acabarán los años de escuela, se residirá definitivamente en el campo:

Al primer aletazo de tempranas golondrinas,

dejaba de pensar en parrandas. . . . El gran deseo de vida libre, allá en la estancia, le aclaraba el alma con un renacer viril y puro. / Ese año sería el último del colegio. Raucho había decidido con su padre residir en la estancia. (178)

"Hastío", quinto capítulo en un sistema de nueve, funciona numéricamente y también en cuanto a la estructura de la novela como eje de simetría. Allí pierden definición, o al menos se hacen intercambiables, las nociones de punto de partida y de llegada: pese a un deliberado asentamiento en la pampa Raucho, aburrido en primer término con la monotonía de la vida campesina, se muestra indeciso y aquejado por un virtual nomadismo, el cual se traduce en una nueva serie de viajes pendulares entre la pampa y Buenos Aires: "Fueron más frecuentes sus venidas a Buenos Aires. Pretextos siempre encontró" (190). Estos viajes terminan con su instalación en la ciudad. Allí pasa el tiempo yendo a teatros, tea-rooms, café-conciertos y otros lugares "frecuentados por mujeres independientes" (190). Se hace miembro del prestigioso Jockey Club, al que tenía acceso sólo la crème de la sociedad bonaerense. Su nueva existencia de "chico calavera", marcada por frecuentes orgías, tampoco le satisface. Dice bien Kovacci al respecto: "Su ansia está siempre en algo ajeno, en algo nuevo, presumiblemente

mejor" (65).

Decide hacer un viaje a París, cuyo mito recibido a través de lecturas y conversaciones enciende e incendia su imaginación. Vuelve antes una última vez a la pampa y redescubre la arcadia de la infancia; redescubrimiento que amaga casi con reducir a cenizas su proyecto de viaje y resulta en angustiosas preguntas acerca de lo que le espera en el extranjero: "Se iría por fuerza. Las cosas estaban decididas así, y un secreto mal humor le sujetó la tristeza. . . . / París... París... ¿Qué le esperaba en París?" (203).

Al principio del capítulo "París" se produce la tan ansiada partida hacia aquella gran capital. La salida del puerto de Buenos Aires merece a la voz narradora una descripción que pese a su brevedad funciona visualmente como un croquis y contiene un material comparativo definitivamente pampeano: "El barco se abrió lentamente, cincharon los remolcadores, como dos buenos fletes, llevando al formidable animal a dos lazos, dirigiéndole hábilmente " (203). Tal descripción termina con una frase que se refiere a la peculiar psicología del viajero quien, como lo anotaría R.G. años después en una carta a Delia del Carril,<sup>3</sup> al partir de un lugar, deja de ser de ese lugar para ser del mundo: "Todo se arrancaba de Raucho sin dolor, como una vieja piel de reptil" (203). La mención de un "dormitorio pequeño" y el comentario

"vistióse de viajero y fue hacia el comedor, personificado en modo nuevo" son indicativos de que Raucho viaja en primera clase (204). En el lugar de destino, se alojará en el Grand Hôtel--hotel de lujo y el gran hotel de París en aquella época--, lo cual confirma que estamos en presencia de un viajero adinerado que está haciendo un viaje de lujo.

Del viaje por mar, de unos quince días de duración, apenas hay descripción; la llegada a Río de Janeiro, una de las escalas obligatorias de aquel trayecto, se comenta brevemente. Una mención más breve aún merece la llegada a Lisboa, otra escala obligatoria, en este caso para comunicarnos que allí desembarca Raucho "con objeto de abreviar por tren los cuatro días que aún le separaban de París" (204). Del viaje en tren de Lisboa a París, que termina en la ahora desaparecida estación del Quai d'Orsay, tampoco se habla. Al propio R.G. lo que le interesaba del viaje era el pasaje, es decir el movimiento a través del espacio; le interesaba, para decirlo de otra manera, el viaje por el viaje mismo, independientemente de su meta. Su sensibilidad para la diversidad de paisajes encontrados en sus viajes se evidencia en la serie de poemas contenida en El cencerro intitulada "Viaje"; ellos contienen el tema del viaje y reflejan experiencias de viaje coincidentes con el momento de su escritura.

El protagonista de su novela representa otro tipo de viajero, para quien llegar al lugar de destino importa más que aquel "andar a través de climas" amado por R.G. y que éste acuña para Xaimaca (282). El verbo "separar" usado en el fragmento de texto recién citado es, desde el punto de vista semántico, muy significativo: tal es la ansiedad de Raucho de llegar a París--tierra prometida de sus ilusiones--que no sólo no disfruta del viaje por mar, sino que llevado por su impaciencia incluso lo abrevia para poder tan pronto como posible "tocar su sueño" (204).

¿Y cómo es el París soñado por Raucho? Es una "ciudad hembra en espera"; la vida parisina es visualizada en su "genuino perfume femenino de aventuras, vicios y anhelos" (190). Tales imágenes han sido recibidas por él sobre todo a través de lecturas de novelistas como Guy de Maupassant y Jean Lorrain y de poetas como Paul Verlaine (190). Como es bien sabido, París era una de las dos capitales del placer de la Belle Epoque, la otra siendo por supuesto Viena.<sup>4</sup> Que se trate de la Belle Epoque lo sabemos por una referencia hecha en la novela a Le martyre de Saint Sébastien, drama poético de Gabriele d'Annunzio traducido al francés y actuado en dicha lengua por Ida Rubinstein, que se estrenó en París en 1911 causando cierto escándalo por su contenido eróticamente osado (Gosling 178-81). El escritor chileno B. Vicuña

Subercaseaux que vivió el París de aquella época, pone como epígrafe al capítulo "París y los extranjeros" de su libro La ciudad de las ciudades: "Aquí hay dos ciudades. Una es la capital de Francia, ciudad de trabajo, de producción, de honestidad. Otra es la ciudad cosmopolita, mundo de bullicio, de alegría, de juerga" (179).

La segunda es la ciudad que conocerá Raucho. Formará parte del Tout-Paris que frecuenta los cafés, entre los más prestigiosos se hallan el Maxim's y el Café de Paris, los restaurantes a la moda, los café-conciertos, las boîtes, los teatros, que se pasea por los grandes bulevares y por el Bois de Boulogne, que va a las carreras en automóvil. En este mundo híbrido y libertino, constituido en gran parte por extranjeros y por las demi-mondaines y cocottes, mujeres de gran lujo y en general de cierta cultura (Subercaseaux 532-53), Raucho, consumado bailarín de tango, se hace conocido por esta habilidad. El tango que había nacido en Buenos Aires en 1910, llegó alrededor de 1911 a Europa y gozó de una popularidad tremenda tanto en París como en Londres.<sup>5</sup>

La vida intelectual no ocupa en dicho ambiente un lugar preponderante. Es obvio que sus integrantes se mantienen al día en cuanto a lo que sucede en el mundo de la pintura, de la música, del ballet, pero eso más bien para poder brillar en superficiales conversaciones de

sobremesa. La contenida en el capítulo "Nina"--única en la novela--es un buen ejemplo al caso.

Después de su entrada en aquel ambiente, Raucho tiene una relación con una cocotte, "depravada hábil" quien le llena de amor y voluptuosidad pero al mismo tiempo le hace "instrumento de vicios ultrajantes" (225), contribuyendo a su ruina económica. Una vez agotado su dinero, Raucho ve en el juego la única puerta de escape. La pareja viaja a Monte Carlo. El viaje, hecho por tren, se describe con cierto detalle: el paisaje--el mar en particular--y sobre todo la refracción del mismo en el espíritu de Raucho quien hasta ese momento se había hallado en una virtual situación de clausura respecto de la naturaleza dadas las condiciones antinaturales de la vida llevada en París. Muy probablemente la presencia del mar, cuyo paisaje llano es parecido al de la pampa, "lo arroja", como sugiere Bordelois, "a la nostalgia de una pampa limpia de ciudades y recuerdos" (69).

La suerte no le acompaña. Dos meses después, habiendo perdido lo que poseía, está de vuelta en París. Con el abandono de Nina que se produce al poco tiempo de la vuelta de Monte Carlo, se completa la ruina física y moral de Raucho: "La noche le hundía en los crescendo de una incoherencia contemplativa. . . . y quedaba en sus hilvanes de fantasías desequilibradas . . . absorbiendo drogas durante veladas que solían concluir en rechinar de

dientes . . ." (231). Termina en un sanatorio sufriendo de un delirio.

Recuperado de su delirio y ayudado por un amigo, Raucho emprende el viaje de vuelta a su país. Va por tren de París a Boulogne--se trata de Boulogne-sur-Mer que era, según Guide Vert Michelin, en aquella época el segundo puerto de viajeros de Francia (France 182)--donde embarca en el vapor que le llevará a Buenos Aires. Como años antes había soñado en el viaje de ida con París, sueña en el de vuelta con su país, más específicamente con la pampa: "Ya han zarpado de Lisboa, de Europa. Raucho piensa en la pampa, de la cual se hace una idea magnífica. Desearíala rodeando al mundo"; al llegar a su propio continente--nos referimos a la escala de Río de Janeiro--Raucho "sentíase más en sí mismo; parecíale recobrar la solidez de sus pasos, y su personalidad se precisaba, cristalizada en el ambiente suyo" (233). Luego es la llegada a Buenos Aires, la continuación en tren a la pampa, donde termina Raucho su viaje, de acuerdo con la voz narradora, "crucificado de calma sobre su tierra de siempre" (235).

Ahora que hemos examinado los viajes geográficos contenidos en la novela--todos circulares y pese a la brevedad de ella numerosos--y su importancia como

elemento estructurador, elucidaremos los posibles motivos de tales viajes y las eventuales metamorfosis sufridas por Raucho como consecuencia de ellos.

El primer viaje que hace Raucho, descrito en el capítulo "Prólogo", tiene como punto de partida Buenos Aires y como punto de llegada la pampa, es decir la estancia paterna. Si bien es verdad que Buenos Aires no se menciona en el texto, entendemos por ulteriores referencias hechas en el capítulo "Colegio" que esta familia, como casi todas las acaudaladas de la época, tiene dos moradas, una en la ciudad y otra en el campo.<sup>6</sup> La muerte de su madre le expone por primera vez, a una edad tierna, a la idea del viaje, pero en este caso un viaje mítico encapsulado en un eufemismo, usual en la época, para explicar a los niños el misterio de la muerte: "Poco a poco, creyendo a la madre en viaje, fueron olvidando con preguntas a intervalos cada vez más espaciados" (156). Su propio viaje es motivado por esa muerte y por la decisión de su padre de residir junto con los hijos permanentemente en la estancia.

Durante la estadía en el campo que corresponde al capítulo "Infancia", Raucho descrito allí como "poderosamente constituido, turbulento" (162), se acostumbra a una vida fuerte, sana y robusta, en perpetuo movimiento. En aquel ambiente se va haciendo cada vez más clara y precisa su personalidad.

A los diez años vuelve a Buenos Aires con motivo de entrar al colegio. Vuelve en otras palabras obligado por el sistema. El ámbito escolar, solemne, aburrido y monótono, cuyas aulas son "oscuras y silentes como prisiones", no le asienta (173). Tampoco le asienta la vida urbana pese a las distracciones que ella puede ofrecer, como por ejemplo los café-conciertos y prostíbulos frecuentados por Raucho en sus horas de ocio: "Al primer aletazo de tempranas golondrinas, dejaba de pensar en parrandas. Su vida nocturna, artificial, le parecía lejana" (178). Los viajes pendulares entre Buenos Aires y la pampa--que le hacen a la costumbre del viaje--son viajes de evasión a la tierra prometida, a la arcadia de su infancia. Ellos traen un "alivio maravillador" (sic), cerrando "el paréntesis de una vida artificiosa" (174). En esta etapa de su vida Raucho rechaza no sólo las "obediencias forzadas" del sistema educativo (179), sino también la ciudad, es decir sus orígenes. Significativa es al respecto su resolución de residir y trabajar en la estancia luego de terminar el colegio. Opta por el campo sobre la ciudad, o sea opta por la segunda de sus dos moradas.

El Raucho que se nos presenta en "Trabajo", capítulo que corresponde a su período de aprendizaje, destinado a que él mismo un día asuma la conducción del establecimiento rural, es "un hombre en posesión de todos

sus vigos corporales"; con su "moral de dominador, sediento de emplearse en las lindezas del macho" busca, como los gauchos que le rodean, "someter las dificultades más ásperas, sin temer peligros" (180). Tiene las "jornadas fuertes del hombre hecho para vencer" y no falta tampoco en su vida el amor: es adorado "como a un ídolo" por una muchacha campesina (183). No obstante, mostrando aquí por primera vez aquella ansia de lo ajeno señalada por Kovacci, Raucho empieza a soñar con "visiones de goces ausentes" (184). "Con la lectura", sostiene dicho crítico, "parece recaer Raucho en la vacilación que lo conducirá al extravío de su yo" (64). Ya en su niñez la lectura había producido en él estados de extravío, sin mayores consecuencias pues siempre volvía de tales estados. Si bien es verdad que la lectura abre ahora "un gran agujero en su vida" y "sus días habituales" empiezan a "pesarle como un invariable horizonte" (190), ella explica sólo en parte la "vacilación" mencionada por Kovacci. Notemos de paso la expresión "pesarle como un invariable horizonte" que contiene una alusión a una inconsciente necesidad de viaje, ya que el viaje intrínsecamente significa cambio de horizonte, ya que el viajero lleva consigo el horizonte.

Pensamos que la indecisión experimentada por Raucho en este momento, en que tendrá probablemente alrededor de

veinte años, se debe a una crisis moral como fue detectado muchos años antes por Larbaud ("Lettres étrangères" 135). Una crisis que contiene su dosis de aburrimiento--que es lo que en primer lugar le empujó a leer--, rebeldía y desenfreno juvenil (la gourme larbaldiana). Mientras que el aburrimiento y desenfreno juvenil son circunstanciales y coincidentes con el aislamiento de la vida en la estancia, la rebeldía tiene una profunda raíz en el tiempo como se puede averiguar en los capítulos "Infancia", "Colegio" y "Trabajo". Raucho mostró desde el principio tener un espíritu anárquico e inconformista que en el primer capítulo de los arriba mencionados se tradujo en una rebelión contra la autoridad paterna (detrás de la espalda del padre hace mil travesuras y fechorías; también a escondidas toma mate en la cocina de los peones, lo que le estaba vedado); en el segundo contra el sistema educativo ("Raucho reía de todas las farsas, deseoso de colaborar en la indisciplina, espiando ocasiones para titear la solemnidad aburrida de aquella monotonía", 179); en el tercero contra las rutinas de la administración rural ("Los llamados trabajos fueron lo de menos . . . En cambio, las recorridas y recuentos, sin exigencias de actividad ni inteligencia, entorpecían progresivamente", 181).

Pensamos que el hecho de que no haya logrado

adecuarse a ninguna norma establecida gravita considerablemente sobre su estado de indecisión y produce la mencionada crisis. De ello podemos concluir que los capítulos segundo, tercero y cuarto funcionan respecto de los demás como una especie de prótasis, ya que contienen ciertas claves que explican, por lo menos en parte, el porqué de la crisis moral y de los viajes en que desembocará ella. El primer viaje--deliberada dislocación del lugar hasta aquel momento percibido como la tierra prometida--le lleva de regreso a unos orígenes que años antes había rechazado. Pacta con la ciudad pese a la antipatía que sigue sintiendo por ella--expresada en más de una ocasión en "Hastío" (190, 191, 199)--inicialmente por el "ingenuo placer de las farras nocturnas" (190) y por la oportunidad que le brindan de hablar con sus ocasionales amantes francesas sobre París, ciudad que se ha transformado en su gran obsesión.

Aunque el caso de Raucho no representa un ejemplo estricto de vida bohemia, emparenta sin embargo notablemente con ella. El estilo de vida por él llevado en Buenos Aires se deja vincular a nuestro parecer a las ideas que sobre la bohemia provee Joanna Richardson en su libro The Bohemians: "La vie de bohème" in Paris 1830-1914. Leyendo con atención el libro, se distingue allí la noción general de que la bohemia es una indiferencia al código social (14); una rebelión contra

la disciplina social (171); "a permanent escape from maturity" (14) así como la indicación de que si bien el bohemio típico pretende ser artista, en la comunidad de bohemios abundan aquellos que son simplemente parásitos o desajustados y que no tienen en sus miras el obtener patente de artista (168). El estilo de vida bohemio caracterizado por "idleness" y "fecklessness" representa según Richardson "a travesty of life" (88, 168).

Volvamos a la idea de la bohemia como "escape from maturity", particularmente aplicable al caso de Raucho: "It had sheltered those who lived in fear of reality; it had given an ideal opportunity to adults who could not accept the challenge of maturity, who could not honour its demands and responsibilities" (168). "Trabajo" corresponde a la época de madurez de Raucho. Justo en el momento en que se supone que él se encargue del manejo de la estancia después de haber trabajado allí durante un año, abandona todo y huye a la ciudad. Tal huida demuestra claramente que él no está todavía dispuesto a asumir las responsabilidades y obligaciones que implica esa madurez. Se refugia en una vida nocturna, holgazana, despreocupada. Se escapa de la realidad para vivir en el mundo de sus fantasías y ensueños que todos giran en torno a lo que según él debe constituir el paraíso: París. Tal vida holgazana que pronto conduce a la abulia, contrasta dramáticamente con la fuerte y vigorosa que

había vivido en el campo. Su pose predilecta en el Jockey Club ilustra bien el contraste: ". . . juzgaba todo lo externo sentado en el habitual sillón de cuero marroquí, sin molestia física, inerme de pensamiento, como un morfinómano que persigue curvas y quebradas de visión" (191).

Raucho no es artista y sobre todo no es pobre como solía serlo el bohemio típico. Larbaud opina en efecto que el bohemio moderno "a plus d'argent que les bohèmes de Murger"; que es "un homme très correctement et même élégamment vêtu, de tout point semblable à n'importe quel homme du monde" ("Poètes espagnols" 143). Volviendo a las ideas de Richardson, pensamos que habría que situar a Raucho dentro de la otra categoría por ella mencionada, la de los desajustados y los parásitos. Como ya mostramos fue siempre un rebelde, una especie de oveja negra que nunca logró integrarse a ningún sistema. Que sea también parásito es indudable. Vive en la ciudad una vida de lujo, usufructuando el patrimonio familiar sin contribuir a mantenerlo o a acrecerlo.

Escuchemos una de las reflexiones finales de Richardson, también de aplicación al caso de Raucho:

La vie de Bohème was a pernicious mode of existence for the maladjusted and the ungifted, it was a way of life which could destroy the wholesome instincts of a man, the honourable

elements in his character. It could help him to  
lose . . . his vital sense of responsibility.

(172)

Asistimos en la etapa bonaerense al comienzo de este proceso de destrucción que culminará luego en París-- Buenos Aires funciona respecto de París a modo de antesala. El hecho de estar rodeado en Buenos Aires por miembros de su propia clase social ejerce sobre él cierto control; un control que en París se disolverá al transformarse Raucho en un ser anónimo, libre a seguir sus impulsos, a soltar las riendas. Resulta indispensable en este contexto recordar lo dicho por Leed acerca de la anonimidad que confiere la partida: "In departure, the traveler is separated from those recognitions that confer social specificity - indeed, the self itself - for there is no self without an other" (34).

Frente a aquella vida de placeres ciudadanos, en particular sus aventuras sexuales, Raucho mantiene una actitud fría, indiferente, distante; dichas aventuras parecen resbalar sobre él, tenerlo como espectador más que participante. Su sensibilidad, siempre insatisfecha, está buscando ya sensaciones, goces nuevos: "No saboreaba lo que tenía entre manos, pensando que en otras partes sería mejor. . . . / Raucho quería vivir a todo trance, atiborrarse de sensaciones hasta la saciedad, antes de pasar sus mejores años en la atonía" (191). "Otras

partes", ya lo sabemos, quiere decir París, y el viaje que se propone hacer es un viaje "au bout de ses désirs".<sup>7</sup>

Antes de emprender el soñado viaje, prometido relucientemente por el padre tiempo atrás, Raucho vuelve a la pampa invitado por un amigo a pasar unos días cazando en la estancia de éste. La excursión significa un redescubrimiento del lugar antes percibido como la tierra prometida: ". . . sentía un indefinible placer de inmensidad cuando . . . se concentraba en los oídos, para escuchar la planetaria sinfonía de aquel silencio" (200). Significa asimismo el encuentro con Asunción-- "rara maravilla criolla, graciosa, coqueta, siempre desconfiada . . . escondiendo, bajo una apariencia juguetona, su alma impetuosa de diosa salvaje" (198)-- quien no deja indiferente a Raucho y cuya suerte le inquieta. "Una filial ternura por su pampa" (199)-- expresión sin duda llena de fulgor semántico--le mueve a quedarse solo para la despedida, momento en el cual ese viaje que antes no hubiera cambiado por su entrada al paraíso de repente parece angustiarse:

Raucho cedía a la quietud preclara. Su alma se . entristecía vasta sobre el llano, que le lloraba su lágrima de despedida. / ¿Volvería? ¿Qué cambio le esperaba allí, en la tierra extraña? / En esos momentos parecía inútil y tonto vivir

fuera de aquella serenidad. (201)

Tales reflexiones quedan sin embargo relegadas al nivel de lo inconsciente.

Deslumbrado ya por sus ensueños y fantasías Raucho llega a París, "ciudad de vértigo, en que apenas se logran momentos de concentración, entre las acciones que se suceden sin intervalo"; llega tal "vorágine acaparadora", ansioso de "poseer, de apoderarse para siempre de todo aquello, tan ansiado durante años" (205). El sueño inicial en que ve desfilar a modelos, mannequins y midinettes y en que, como observa Piquemal Azémarou, "toda parisiense . . . es prostituta, venal y dócil instrumento al servicio de la lujuria entre las manos hábiles del hombre" (Carne y hueso 77), ilustra bien el estado febril y sobreexcitado en que se encuentra. Junto con un amigo argentino toma un apartamento donde dar fiestas y citas, arreglándose así una "vida de placer, hembras y alegría continua" (208). Es introducido por ese amigo al submundo del París nocturno, en el cual es peligroso permanecer mucho tiempo: ". . . ambiente de satiriasis báquica, enervada al través de los años por el uso de los pobres cuerpos gastados, modernizados, por el pulpo dominante del sistema nervioso, que va matando la simplicidad primaria del músculo" (210).

Gracias a la primera de sus amantes francesas, "mujer catalogada entre las cortesanas más conocidas" y gracias

al tango, como ya mencionamos, se le abren todas las puertas y se transforma pronto en una figura familiar. Lo soñado y ansiado por Raucho durante años está finalmente entre sus manos; sus ensueños permanecen en esta temprana etapa intactos. Una vez entrado en ambiente, utiliza descaradamente y en su habitual estilo donjuanesco a Germaine como "trampolín para saltar a una conquista más brillante" (214). Sobre la nueva conquista, actriz conocida, bella, de conversación instruida y modales cultos, pero voluntariosa, caprichosa y de temperamento una depravada, Raucho no tendrá su acostumbrado poder de Don Juan, "desinteresado por su presa" (217). La relación llena al principio de voluptuosidad y pasión, se transforma gradualmente en lo que Jules Laforgue llamaba "rage d'esclaves" (cit. por Bordelois 68), marcada por frecuentes escenas de celos, de violencia y sumisión, para terminar en una unión de odio.

Vaciada ya su bolsa, agotada ya la paciencia del padre quien no envía más dinero, ve en el juego la única y quimérica puerta de escape. Al final de esta etapa intermedia, que corresponde al capítulo "Nina", vemos a un Raucho bastante cambiado: angustiado por su situación, abrumado por la mala suerte que le persigue ("Las mañanas lívidas. ¡Todo inútil! ¡A qué ese movimiento de vida que renace cada día?"), deseoso de saldar sus deudas e irse ("¡Oh, sí, irse! Salir de esa

vida que le imponía esclavitudes hasta en sus placeres", 222).

Imposibilitado de cumplir con sus acreedores, Raucho exige en una carta insolente al padre su parte de la herencia materna. La recibe, al precio de una ruptura definitiva: "Raucho quedaba abrumado, como por una noticia de muerte. Evitaban tutearle y dedujo que la severidad paterna nunca perdonaría. / Los últimos meses pasados tomaban aspectos brumosos, mientras su existencia anterior volvía en detalle" (225). Toma por fin consciencia de cuán injusto y egoísta ha sido su comportamiento respecto del padre. Se lanza, para borrar su sentimiento de culpa, a todas las distracciones que le ofrece su dinero, dejándose resbalar por lo que será el comienzo de un virtual descenso ad inferos: "Tuvo enconos que duraban días, y volvía inmundo de sus degradaciones, cada vez más pálido, debilitado de físico, trayendo en su persona impresa una decrepitud prematura" (225). Engaña a Nina de quien espera una sumisión completa; a ella le da placer verse rebajada y maltratada. Se intensifica el odio ya existente entre ellos.

Ya agotada la herencia materna viajan, como mencionamos al hablar de los viajes geográficos, a Monte Carlo para probar nuevamente la suerte. La naturaleza contemplada desde la ventanilla del tren parece funcionar

como un catalizador que le permite recuperar su optimismo ingénito: "¿Debía? Sí, pero era un hombre todavía apto a recobrar su poder corporal y pulsar una vida fuerte en sus venas" (226). Nina que en París no había sido sino "una degenerada, una falsa metáfora de belleza" resulta

. . . hermosa al sol y juvenil. Nada de la inconsiderada aplicación de afeites había envilecido su frescura, y al borde de la naturaleza . . . cuando Raucho oprimía el rostro amado con dolor . . . mirábala profundamente con el deseo de amarla de otro modo, simplemente, como el universo. (226)

La mera idea de su existencia parisina le llena ahora de incredulidad: "¿Existió aquella pequeña calle? . . . ¿Fué real aquel apartamento mezquino y sombrío? . . . ¿Aquellas mañanas pesadas y la indiferencia de levantarse para vivir?" (226-27). Sus reflexiones resultan efímeras. El episodio de Monte Carlo que le deja despojado de todo lo que poseía, significa tan sólo un paso más por aquel camino de descenso. Vuelve a París "atado como siempre a Nina y a su vida pasada, como perro a sus cadenas" (228).

En una conversación con Rodolfo, viejo amigo cuya estancia había visitado poco antes de emprender viaje y con quien se encuentra inesperadamente un día en París, Raucho revela la tremenda nostalgia que siente por su tierra. Luego de confesar "miserias privadas", pasa a

hablar

. . . del campo, de sus emociones tan sanas, complaciéndose en evocar recuerdos infantiles. Se atrevió a hacer preguntas acerca de su padre, de sus hermanos, que lo despreciarían. Se esforzaba en dominar su emoción. (228)

Esta conversación se cierra con una frase fulgurante por su valor simbólico al mismo tiempo que cargada de dolorosa intimidad: "Cuando vuelvas a la tierra . . . al primer gaucho que veas dale un abrazo de mi parte" (229). En la consciencia de Raucho queda como consecuencia del encuentro con Rodolfo definitivamente despierta una voluntad de regreso. La voz narradora sintetiza dicha voluntad con las siguientes palabras: "Y se fué, como años antes soñaba en (sic) París, soñando con su tierra . . ." (229). El fortuito encuentro con Rodolfo adquiere entonces un virtual valor y significación de punto de partida. Partida para la otra rama del viaje, la que va a cerrar el círculo, la que rescatará a Raucho para su pampa. Pero Raucho no está aún maduro para partir; un profundo pesimismo clausura la información ofrecida por la voz narradora: se fue soñando pero "sin ver a estos tardíos males de ausencia solución posible" (229).

Con el abandono de Nina queda reducida a cenizas aquella visión resplandeciente que había tenido de París:

Odió a París, pulsando su vida enferma; ese

París que antes había imaginado como una ciudad hembra en espera, pero sin sus tumores. / Odió a Montmartre, que la noche enciende como sexo luminoso de ardores lúbricos insaciables, de quien había ignorado la lepra. (230)

Y se produce la culminación de aquel proceso de destrucción resultante de la vida bohemia, del cual habíamos presenciado el comienzo en la etapa bonaerense. Desilusionado, desmoralizado, indiferente a todo lo que le circunda, incluso a las mujeres antes tan deseadas, vive "sin horizontes; sin salidas, como un lodazal adherente en el cual concluiría por sumersiones lentas . . ." (231). El desmesurado consumo de alcohol y drogas acelera el proceso: se derrumba su sistema nervioso en un "delirio furioso" que es lícito suponer sea el clásico y nefasto delirium tremens, caracterizado por sudores, temblores y alucinaciones ("Delirium tremens").

"El tema del regreso es", sostiene Kovacci, "la contraparte del de la bohemia" (69). Estamos de acuerdo, como también lo estamos en cuanto a su equiparación del regreso de Raucha al del hijo pródigo, pero Kovacci se equivoca obviamente al mantener que dicho regreso "corresponde al clásico esquema del regreso del hijo pródigo, con el hermano que le abre los brazos, dejando atrás un pasado de aventura y sufrimiento en tierra extraña . . ." (69). En el "esquema clásico", como es

bien sabido, es el padre quien con regocijo y bondad inagotable recibe al hijo extraviado, perdonándole todos sus pecados. El hijo mayor en cambio se muestra hostil, mezquino y envidioso (Lucas 15.11-32).<sup>8</sup> Como el hijo pródigo de la parábola, Raucho vuelve sumiso, cabizbajo, avergonzado; frente al cariño del hermano se abate "como ante un reproche" (234). Luego es el reencuentro con la pampa "que había adorado con todo su vigor de hombre, y que ahora suscitaba una impresión seria, inmensa" (234) y la llegada a destino donde además de saludar al primer gaucho que encuentra, pregunta por Asunción, aquella "diosa salvaje" de "alma impetuosa", cuya imagen se sobreimprime en la mente de Raucho a la tierra pampeana. Y así termina este viaje románticamente miope, falaz y autodestructor.<sup>9</sup>

Volvamos ahora a las ideas de Magris sobre el viaje circular, de clara aplicabilidad a Raucho. Los numerosos viajes que a partir de la primera infancia practica Raucho, al principio condicionados por otras voluntades, luego por sus propias urgencias sexuales, sumados no resultan otra cosa que una complicada experiencia preparadora de un viajero que realizará un único, gran y devastador viaje. Un viaje que al cerrarse circularmente por un regreso al punto de partida,

la pampa, adquiere el valor de una ardua prueba de la cual finalmente Raucho no ha salido vencido.

La necesidad que experimenta alrededor de los veinte años de evadirse de su ambiente--nos referimos a la pampa, la de sus dos moradas con la cual más se había identificado y donde había logrado una formación armoniosa de su personalidad<sup>10</sup>--se debe como vimos a un repentino estado de indecisión, a una crisis moral. El motor principal de tal necesidad parece ser el deseo de apurar la existencia, vivir a todo trance; deseo que en el fondo no ha de ser otra cosa que el eterno quest for happiness del ser humano. Su quest le lleva primero a Buenos Aires--experiencia vicaria--luego a París, cumpliéndose así "aquel tour de l'Europe iniciático, rito de passage esperado y requerido a los miembros de la juventud dorada de aquellos países periféricos" (Blasi, "El tango" 249), donde realiza los ensueños y fantasías durante tanto tiempo aguijados a distancia por la lectura.

Aquella vida que en su país se había imaginado "hecha de potencias vitales" y para la cual se había creído constituido (190), resulta una vez vivida la negación de la vitalidad y absolutamente contraria a su íntima naturaleza ("... había perdido su antigua silueta resuelta y orgullosa; estaba pálido, sus pupilas olvidaron la audacia, y no miraban de frente al hablar.

La antigua desenvoltura de sus gestos había desaparecido", 229). El París por él soñado constó ser una fuerza negativa y corruptora, un infierno más que un paraíso; la visión resplandeciente que de él había tenido no fue sino un espejismo romántico. Pese a constituir un real atentado contra su autenticidad, pese a ser terriblemente cruel y autodestructora, la experiencia parisina, virtual catábasis, fue necesaria para que Raicho madurara, para que se encontrara a sí mismo. La catábasis se transforma paradójicamente en el punto de partida de una anábasis redentora que le devolverá a esa tierra central de donde había partido; tierra en su mente asociada con una infancia feliz y libre y que inconscientemente había tenido todo el tiempo en el corazón.

El reencuentro con la pampa--único ambiente que puede servir como antídoto al veneno de la metrópolis, único ambiente en que será posible volver a vivir una vida pura y genuina--significa pues un reencuentro consigo mismo y con la verdad, "la primera, fundamental, eterna" (Soler Cañas 67).

Viaje notablemente distinto en sentido moral y ético del de F.C., pero no en cuanto a su valor educativo. Pese a hacerse bajo el signo del autoengaño y destrucción equivale, como el de F.C., a una difícil y dura prueba de iniciación, gracias a la cual Raicho reconquista su

verdadera identidad que durante la extensa y compleja crisis moral sufrida estuvo a punto de diluirse o al menos de obnubilarse, y se reinscribe en aquello que por nacimiento estaba destinado a ser. Que el camino transitado haya sido fragoso e hípido es, como bien observa Ghiano, secundario:

. . . no importa si el intervalo entre la partida y el retorno ha estado cubierto con hechos reprobables o con esfuerzos de mejoramiento; lo que interesa es que en ese momento el personaje sepa y para siempre quién es y cuál será su destino. (Introducción 32-33)

En su confrontación con el mundo Raucho descubre o mejor dicho redescubre la propia verdad, la propia identidad; identidad en su caso entrañablemente vinculada a "casa", es decir la pampa, tierra prometida de la infancia. Sólo saliendo de sí mismo pudo volver en modo auténtico a sí mismo; sólo saliendo de "casa" pudo volver a ella en modo libre y maduro.

Con ello se cumplen los dos términos de la teoría de Magris: el que tiene que ver con el viaje como modo por excelencia de realizar el antiguo "conosci te stesso" y el concerniente a la "scissione originaria" que permite al viajero volver a encontrar su casa con mayor autenticidad. La historia de Raucho encaja así

ajustadamente en el modelo clásico y tradicional del viaje circular establecido por el crítico triestino.

## NOTAS

<sup>1</sup> En adelante llamaremos por su nombre a Raicho Galván dado que sus iniciales coinciden con las de Güiraldes.

<sup>2</sup> En cuanto a la cultura del verano entre los europeos, véase Emile Zola 287-89; cap. 13. Los usos europeos fueron rápidamente adoptados por las burguesías latinoamericanas.

<sup>3</sup> Dicha carta, fechada en Buenos Aires setiembre de 1925, se lee en Obras completas 783.

<sup>4</sup> Para el tema de la Belle Epoque, véase Enzo Orlandi y Lorenzo Camussi.

<sup>5</sup> Véase SEM 33-47.

<sup>6</sup> Es lícito suponer que Raicho, como el propio R.G., había nacido en la ciudad y que ésta es su primera exposición a la pampa.

<sup>7</sup> Visto en Germaine Brée y Philip Solomon 67. La expresión parece intraducible al español.

<sup>8</sup> Volveremos más adelante al tratar el tema de peregrinatio a la parábola del hijo pródigo.

<sup>9</sup> Hemos tenido que volver sobre los datos de los viajes concretos realizados por Raicho, pero cambiando el ángulo de nuestra observación a fin de explorar las posibles implicaciones psicológicas y espirituales de dichos viajes.

<sup>10</sup> Pese a su desajuste con el sistema, logra una armonía interna que conlleva una estrecha relación con el medio geográfico.

## CAPITULO 6

PEREGRINATIO Y LA RELECTURA DE RAUCHOY DON SEGUNDO SOMBRA EN CLAVE DE PEREGRINATIO

En Constantes de la literatura argentina, publicado en 1953, Ghiano sostiene que la composición de DSS corresponde a una "fórmula que puede llamarse peregrinatio"; tal fórmula, ilustre desde la antigüedad, consiste en que "el protagonista sale al encuentro de aventuras que van a definir su esencia humana y completar su educación en el mundo y para el mundo" y es reconocible en la historia de Ulises como en la de Eneas, numerosas ficciones orientales, los libros de aventuras caballerescas en que adquiere la siguiente forma: "el caballero sale de un lugar al que debe volver, luego de comprobarse multiplicada y definitivamente en los heroísmos que lo valoran como caballero, al mismo tiempo que en fidelidad compartida a un juramiento amoroso" (92). En el mundo moderno la fórmula reaparece, ironizada, en el Quijote. En DSS se repite sin el elemento irónico un esquema similar, sintetizado por Ghiano de la siguiente manera: "Salida del niño . . . de un lugar adonde retorna como gaucho, afianzada su conducta por las enseñanzas magistrales de su padrino, Don Segundo" (92).

Los tres grandes conflictos humanos, conflicto del

hombre y Dios, conflicto del hombre y la mujer, conflicto del hombre consigo mismo, "apoyan la trascendencia de los encuentros del viaje probatorio de la novela peregrinatio" (92-93). De estos conflictos R.G. escamotea, según Ghiano, los dos primeros en beneficio del último. Notemos que en lo arriba citado la fórmula que de acuerdo con el crítico argentino "puede llamarse peregrinatio" luego es nombrada sin más "novela peregrinatio". Más adelante leemos que las evoluciones de esta forma de novela, "variada en ritmo binario que dispone al protagonista frente a hechos favorables y a hechos desfavorables, confirmando el sentido de las dos caras de la tábala", son las que en primer término dan estructura al texto de R.G. (105).

En Introducción a Ricardo Güiraldes, publicado en 1961, Ghiano vuelve a situar a DSS dentro de dicha tradición literaria. No habla ya de "novela peregrinatio" sino simplemente de una "forma ilustre en las literaturas orientales y occidentales"; a las ideas expresadas en el libro de 1953 agrega otra: que el carácter ético de DSS, novela en que el personaje se va formando física y moralmente, lo aleja de las aventuras infantiles contadas por Mark Twain en las cuales "se vive el riesgo por el riesgo en sí, con exaltación de las felicidades y sin pensarse en las enseñanzas que de ellas nacen" (41). Añadamos que Ghiano al discutir luego los aspectos

formales de DSS sí vuelve a aplicar la noción de "novela 'peregrinatio'" (121).

En "Lectura moral, lección ética", artículo escrito por el mismo crítico y publicado en La Nación en 1976, leemos:

Las direcciones ejemplarizantes de la narración de 1926 renuevan el desarrollo del libro iniciático o de educación de un carácter: los relatos de la peregrinación del Buda, los libros de caballerías, Don Quijote, Wilhelm Meister, novelas de Mark Twain y de Rudyard Kipling, para citar apreciadas lecturas güiraldianas. . . . (3a: 1)

De "novela peregrinatio" y "forma ilustre en las literaturas orientales y occidentales" hemos pasado a "libro iniciático o de educación de un carácter"; la lista de obras representativas también ha sido modificada: se omiten la Odisea y la Eneida, se agregan en cambio Wilhelm Meister y novelas de Mark Twain y Rudyard Kipling. Estamos aquí en presencia de un artículo periodístico de circunstancias construido para conmemorar el cincuentenario de DSS. Es por ende fácil colegir que no contiene la misma cantidad de reflexión que corresponde a la elaboración de un libro. Ghiano se contradice evidentemente al considerar ahora las novelas de Mark Twain "libros iniciáticos o de educación de un

carácter"; en su libro de 1961 había enfatizado que el sostén ético característico de DSS estaba totalmente ausente de las "aventuras infantiles" de dicho escritor.

Ghiano fue quien por primera vez adjuntó la idea de "novela peregrinatio" a DSS, si bien sin ulterior elaboración. A partir de esta idea seminal por él producida se dirigió nuestra indagación hacia el concepto de peregrinatio, en torno al cual Ghiano acuñó su "novela peregrinatio": origen y significado de la antigua peregrinatio cristiana; su elevación a topos y su importancia general en la literatura cristiana; sobrevivencia del concepto de peregrinatio, con posibles modificaciones, en el mundo moderno y su vigencia como tema literario; su aplicación, en última instancia, no sólo a la novela más conocida de R.G. sino también--y en mayor grado aún como veremos más adelante--a la primera que escribió: Raucho.

Según Cirlot el concepto del ser humano como peregrino y de la vida como peregrinación es común a muchas culturas, pues concuerda con el gran mito del origen celeste del ser humano, de su "caída" y de su esperanza de ser devuelto al reino celeste; efecto de todo ello "is to make him something of a stranger during his stay on earth and to imprint the mark of the transitory upon his every step. Man leaves and returns to his place of origen - exitus and reditus" -; es

precisamente esta visión de la vida como peregrinación, dice Cirlot, que da a la peregrinación cristiana su valor especial (255).

El concepto de peregrinatio ha sido estudiado entre otros por Evelyn Underhill quien en el libro Mysticism, publicado en 1955, lo aplica al viaje místico del alma. Allí leemos que la idea de peregrinación aparece en la literatura mística bajo dos formas. Una es la búsqueda de un objeto desconocido, como por ejemplo "the quest of the grail", cuando considerado en su aspecto místico como alegoría de las aventuras del alma; la otra es un largo y duro viaje hacia una meta o estado conocido y definido, reconocible en la Divina Commedia de Dante y Pilgrim's Progress de Bunyan, cada cual a su manera una fiel descripción de "the mystic way". Esta meta era frecuentemente llamada Jerusalén--meta suprema de peregrinación para la mente medieval--por los místicos cristianos. Con Jerusalén se referían no sólo al reino celeste sino también a la vida espiritual, de acuerdo con la idea de Agustín. Mediante la imagen de la peregrinación los místicos procuraron compendiar y sugerir gran parte de "the life story" del alma ascendente en su "journey to God":

The necessary freedom and detachment of the traveller, his departure from his normal life and interests, the difficulties, enemies, and

hardships encountered on the road. . . . all these are seen . . . to constitute a transparent allegory of the incidents of man's progress from the unreal to the real. (129-30)

G.V. Smithers en dos artículos publicados en Medium Aevum en 1957 y 1959 examinó el uso de la figura de peregrinatio en la tradición eclesiástica con respecto de dos poemas medievales anónimos, ambos lamentos poéticos escritos en inglés arcaico, intitulados The Seafarer y The Wanderer. Peregrinatio era usada como metáfora en dicha tradición, aplicada originalmente a la experiencia de Adán luego de su expulsión del paraíso. El concepto del cristiano como peregrinus sobre la tierra--vital tanto en las escrituras patrísticas como en las vernáculos--tiene su origen, anota Smithers, en la Biblia. En la Vulgata su condición es contrastada con la del hombre que es civis o miembro de una civitas: un peregrinus es considerado en términos de los derechos otorgados por la ciudadanía un extraño; éste debe ser uno de los significados centrales de peregrinus, hecho confirmado, según Smithers, por el siguiente fragmento:

. . . et confitentis quia peregrini et hospites sunt super terram. Qui enim hæc dicunt, significant se patriam inquirere. Et si quidem ipsius meminissent de qua exierunt, habebant utique tempus revertendi: nunc autem meliozem

appetunt, id est, cælestem. Ideo non confunditur  
Deus vocari Deus eorum, paravit enim illis  
civitatem. (Hebreos 11: 13-16; cit. por  
Smithers 147; subrayados suyos)

Pero la percepción del contraste debió en tiempos anglosajones, añade Smithers, mucho a la elaboración que de él hizo Agustín en De civitate Dei como también a la practicada sobre la idea de las dos civitates, de hombres que viven secundum Deum y secundum hominem, "predestined respectively to reign eternally with God and to suffer eternal punishment with the devil" (147). Adán habiendo sido expulsado del paraíso y transformándose así en peregrinus era, según Agustín, "origo duarum civitatum". Todos los hombres en tanto que descendientes de Adán, pueden considerarse "exiliados" del paraíso y su vida en este mundo ser vista como una peregrinatio con respecto de su "ancestral home in Heaven". Y esto procura demostrar Smithers, basándose en la autoridad de Gregorio el Grande, Cesario de Arles y Alcuino, cuyos pertinentes textos transcribe, es lo que simbolizan "the seafarer" y "the wanderer" de los poemas epónimos por él examinados (145-48).

Otros que han estudiado el uso de la figura de peregrinatio en la tradición eclesiástica son G.R. Owst y Morton W. Bloomfield. Owst examina en el libro Literature and Pulpit in Medieval England, publicado en

1961, el expandido y detallado uso de esta figura en la homilética de la Inglaterra medieval así como el que de ella hizo Bunyan en su Pilgrim's Progress. Los abundantes paralelismos y afinidades--de pensamiento como de expresión--encontrados en los textos en cuestión hacen concluir a Owst que dicho corpus homilético debe haberle servido como fuente a Bunyan para la elaboración de su obra más famosa, hecho que vuelve superfluo en opinión de Owst buscar fuera de Inglaterra posibles modelos o arquetipos. Si Bunyan consciente o inconscientemente construyó sus temas sobre los anteriores modelos homiléticos no se sabe; era de todos modos, pese a su protestantismo, "a typical child of the Pre-Reformation piety, steeped in its atmosphere of homely imagery and practical mysticism" y nadie, concluye Owst, "mirrors more clearly than he the mind and method of our English sermon-allegorists of the later Middle Ages, and the influence of their message upon subsequent generations of Englishmen" (102-09).

En un libro publicado en 1962, Piers Plowman as a Fourteenth-Century Apocalypse, Morton W. Bloomfield apunta que el texto por él estudiado--escrito en el siglo XIV y cuyo supuesto autor es William Langland--está organizado principalmente en torno al quest. El quest ha sido, señala Bloomfield, un principio unificador en la literatura de todos los tiempos, pero alcanzó en la

Edad Media su apogeo; es, leemos, la contraparte literaria de "the general Christian image of life as a pilgrimage". Langland fue, siguiendo a Bloomfield, influido por la filosofía monástica--modo dominante en el pensamiento occidental hasta el siglo XII y entre cuyos exponentes más importantes se encuentran Agustín y Gregorio el Grande--y el quest, que consiste en un "quest for perfection", en torno al cual está organizado su libro, es examinado por Bloomfield dentro del marco de dicha filosofía. La vida cristiana es, anota Bloomfield, fundamentalmente una aspiración hacia la perfección y de todas las manifestaciones de esa vida, el monasticismo ha sido históricamente la más entrañablemente vinculada a tal aspiración. El ideal de perfección fue desde el principio fuertemente enfatizado en el cristianismo y conllevaba el concepto de "grades of attainment", expresado a través de variadas imágenes y variados términos: "Sometimes we find the triad of beginner, progressor, and perfect . . . sometimes in mystical terms, purgative, illuminative, and unitive; sometimes in devotional terms, meditation, prayer, and contemplation . . ." (49). La perfección era visualizada como un viaje, un movimiento, un ascenso; la vida, considerada una peregrinación, era si llevada debidamente una progresión hacia la perfección. En la historia del Exodo tenemos de acuerdo con Bloomfield

el supremo ejemplo del movimiento hacia la perfección. Asimismo en una de las figuras del temprano período cristiano, Gregorio de Nyssa, "the stress in the subject of perfection is on movement and progression - on continual purification" (53). De acuerdo con la filosofía monástica el paraíso era un jardín con límites bien definidos, mientras que el infierno era visualizado como un desierto ilimitado. El propósito de la vida era "to be dead to the claims of the world, the realm of Satan, and to return to one's source, one's paradise"; la iglesia y sobre todo el monasterio configuraban el camino que llevaba al paraíso (48). Los monjes eran los principales exponentes de la perfección cristiana, su morada--el claustro--la habitación más perfecta de la tierra, cercana tanto al paraíso terrestre como al celeste. La tarea de los monjes era conducir a todos los cristianos y a la humanidad en general "to true spiritual regeneration, apocatastasis and restauratio, both a return and a progress" (56). Eran preeminentemente los peregrinos de Dios o como lo expresa Bloomfield al terminar su revisión del quest cristiano/monástico de la perfección, dicha filosofía "gave the monks the highest status on earth among the viatores" (9, 48-67).

En 1971 se publicó Natural Supernaturalism: Tradition and Revolution in Romantic Literature de Meyer H. Abrams. En esta obra, de más amplio alcance que las anteriormente

mencionadas, Abrams mostró que ciertas ideas fundamentales en la literatura romántica eran en realidad versiones secularizadas de conceptos y formas teológicas tradicionales, siendo uno de los más importantes el de la antigua peregrinatio cristiana, y que tal secularización sigue en boga en la literatura contemporánea.<sup>1</sup>

Muchos escritores románticos, entre ellos Wordsworth y Coleridge, veían al hombre moderno como un ser fragmentado, alienado, escindido--triplemente pues "he is divided within himself, he is divided from other men, and he is divided from his environment"--, cuya única esperanza consistía en encontrar el camino hacia una reintegración que restaurara "his unity with himself, his community with his fellow men, and his companionability with an alien and hostile outer world" (145). Tal visión del destino del hombre moderno, apunta Abrams, formaba parte del esquema general de la historia al cual muchos filósofos y hombres de letras adherían. Pero esos escritores románticos habían meramente adaptado y elaborado una de las tesis más antiguas "about radical good and evil, and one of the most persistent of the ordering designs by which men have tried to come to terms with their nature and destiny . . ." (145-46).

Esta manera de pensar tenía sus raíces en la cultura pagana y en la bíblica. Originó de acuerdo con Abrams con Plotino quien en sus Eneadas había formulado la doctrina

abstracta del viaje circular del alma según la cual

. . . moral evil, or vice, which is manifested by souls that are immured in the matter of the body, is held to be the result of a "fall" or "descent", in which the individual human soul, in its severed and partial condition, turns its desires from the One [la unidad absoluta, el Bien] to the material manifold, becomes self-centered and self-concerned, and undertakes to be self-sufficient. (148)

A esa eterna "'procession' from the One", dice Abrams, Plotino opone un "counter-process of 'epistrophe'", o sea un retorno a la fuente, a la unidad original. Dicha doctrina fue ilustrada mediante una lectura alegórica de la Iliada, en que el consejo de Agamemnon "Let us flee then to the beloved Fatherland" fue aplicado a la humanidad y el retorno de Ulises a su país interpretado como el retorno "of the many to the One" (164).

En el siglo V Proclo sistematizó y desarrolló en Elementos de teología el pensamiento de Plotino. En esta obra que iba a tener una profunda influencia tanto en teólogos cristianos como hebreos, Proclo formuló un concepto radical del hombre y del cosmos que Abrams sintetiza así:

the course of all things is a circuit whose end is its beginning, of which the movement is from

unity out to the increasingly many and back to unity, and in which this movement into and out of division is identified with the falling away from good to evil and the return to good. (150)

Este esquema del mundo, proveniente de una metafísica pagana y atemporal, alteró en muchos aspectos y en diversos grados los credos extraídos de la Revelación escrituraria. Su diseño circular fue por algunos pensadores aplicado de manera radical. La Heilsgeschichte cristiana--finita, lineal, simétrica en su equilibrio entre el paraíso creado al principio y el reino a ser reencontrado al final--fue ajustada al esquema del círculo neoplatónico, pero ese círculo cuando asimilado a la historia cristiana fue a su vez temporalizado y dado un comienzo y un final históricos específicos. Ya en el siglo III Orígenes en su De principiis había abiertamente neoplatonizado el esquema cristiano de la historia; neoplatonización que fue llevada más lejos aún en el siglo IX por Erigena en De divisione Naturae. Dicho esquema del mundo, señala Abrams, ha resultado singularmente tenaz, sobreviviendo hasta nuestros tiempos como el constituyente principal de la philosophia perennis esotérica. Dos formas de esta sabiduría tradicional, particularmente expandidas e influyentes, fueron la Cábala hebrea y la versión cristiana de "Hermetic lore", entre cuyos exponentes más importantes

se encuentran Giordano Bruno y Jacob Böhme (150-63).

La misma Biblia proveía una alternativa análoga al viaje circular del alma pensado por Plotino: el pasaje en Hebreos, mencionado por Smithers, donde la vida es visualizada como un viaje en búsqueda de un lugar distante. A partir de este pasaje Agustín y otros muchos escritores elaboraron la radical figura cristiana de la peregrinatio--usada en forma condensada como tópico homilético y en forma expandida como plot literario-- según la cual el hombre post-adánico es un exiliado en un país extraño y su vida una penosa peregrinatio en pos de una ciudad mejor en otro país, donde realmente pertenece. Dicha figura en su forma habitual y como concebida en Hebreos difiere del viaje circular de Ulises puesto que su trayecto es lineal: la vida cristiana ejemplar recorre un camino que conduce del mundo terrestre al más allá, caracterizado por constantes altibajos pero que apunta hacia una meta la cual "although it is its birthright, is another and higher place from whence it departed" (165). Esta visión de la vida como peregrinación atrajo a su órbita, señala Abrams, muchas historias de errantes exiliados contenidas en el Viejo Testamento. La meta del viaje era en general representada como la nueva Jerusalén, al mismo tiempo ciudad y mujer, y "the longing for the goal was frequently expressed, following Revelation 22:17, as an

insistent invitation to a wedding" (164-65).

La Biblia contenía, anota Abrams, otra figura adecuada y detallada de la vida como un viaje no lineal sino circular, la cual había sido pronunciada por el mismo Jesús explícitamente como parábola del pecado y la redención del ser humano: ésta era la historia del Hijo Pródigo (Lucas 15: 11-32) que estimamos innecesario reproducir aquí pues es de sobra conocida. El apólogo del Hijo Pródigo fue un tema predilecto entre los teólogos neoplatónicos; Erigena "who envisioned all history as a movement from the One into division and back to the One, expanded at length upon this story as figuring fallen man, who 'strays from his Creator' but 'after a time will return to his Father'" (166).

Muchos comentadores utilizaron la parábola como suplemento a la imagen del peregrinatus contenida en Hebreos, entre ellos Agustín quien en sus Confesiones (libros 12 y 13) mediante la fusión de la peregrinación en Hebreos y el viaje circular del Hijo Pródigo junto a otros elementos concurrentes de la literatura cristiana representó su propia vida como "a journey from scatteredness and evil to unity and goodness" (167). A este respecto, señala Abrams, las Confesiones abrieron el camino hacia ese abundante corpus de ficción cristiana, en que la intención es alegórica y que contiene un viaje en pos de un país o una ciudad, morada

de una mujer de irresistible encanto erótico. Dicho viaje culmina frecuentemente en una boda; su protagonista no suele ser una persona determinada sino alguien genéricamente llamado "Christian, or Pilgrim, or Everyman, or Mankind" (165-67).

El ejemplo más saliente de este "pilgrimage-and-quest plot" introduce en su línea inicial la metáfora raigal del cammin di nostra vita y une la autobiografía espiritual a la alegoría genérica, pues Dante es al mismo tiempo "his individual self and the type of successful Christian wayfarer" en su descenso al infierno y su ascenso a través del purgatorio hacia una visión del paraíso, "proleptic of the experience of all the redeemed all'ultima giustizia" (167-68). El poema fusiona asimismo el simbolismo nupcial contenido en el Viejo y el Nuevo Testamento con la doctrina de eros del neoplatonismo prerrenacentista, trasformando a Beatrice "into the female focus of all desire, whose beauty lures the pilgrim by degrees back up to the fons et origo of all love, light, and joy" (168).

Las historias de caballeros y sus hazañas de la Edad Media eran con su "standard plot of literal travel, quest, and trial by combat and by moral temptation", fácilmente convertibles a la "Allegory, or darke conceit" cristiana, de la cual Faerie Queene de Spenser fue un tardío y complejo ejemplo. La alegoría aristocrática

del quest del caballero fue complementada, añade Abrams, por el relato del peregrino de clase baja quien "shoulders his pack and trudges sturdily over stile and through mire in search of the Celestial City", como sucede in Pilgrim's Progress, alegoría inmortal en opinión de Abrams del "pedestrian quest" (168).

La filosofía y la literatura románticas asimilaron, señala Abrams, elementos de la metafísica neoplatónica, de la teología neoplatonizada, del mito de la "sexual division, opposition, and reconnection" proveniente del pensamiento oculto y la persistente metáfora cristiana de la vida como peregrinación. Tales elementos fueron usados como conveniencias simbólicas: esta visión más antigua del mundo ayudó a filósofos y escritores a definir el malestar de su propio tiempo, y a veces su mitología les servía para dramatizar el sentimiento de ser ajenos en el mundo intelectual, social y político de su opresiva época. Este sentimiento de ser ajeno en un mundo creado por "man's own unhappy intellect" también se tradujo en un resurgimiento considerable del "plot-form" tradicional del viaje de un exiliado en búsqueda del lugar donde realmente pertenece, pero con modificaciones, subraya Abrams, que hacen diferir radicalmente los diversos quests románticos tanto de la odisea plotiniana como de la peregrinación cristiana (169-72).

Los filósofos postkantianos--en primer lugar Fichte,

Schelling y Hegel--incorporaron a sus sistemas el "plot-pattern" y los sucesos claves de la historia bíblica, porque estimaban que el esquema de la historia inherente al cristianismo como también sus fábulas y doctrinas particulares representaban una etapa avanzada, aunque imperfecta, de la evolución de la verdad. El plan teológico traspuesto a dichos sistemas resulta, anota Abrams, una versión compleja pero reconocible del gran círculo del cristianismo neoplatónico: la historia de la humanidad es visualizada como un trayecto circular, temporal, pero la visión cristiana del paraíso perdido y del paraíso futuro asume la forma de "unity, unity lost, and unity-to-be-regained". En el pensamiento romántico, como en el neoplatónico, escisión, "separateness", aislamiento son equivalencias del Mal. La propia reflexión filosófica, "the very act of taking thought", era considerada, en palabras de Schelling, "una enfermedad espiritual de la humanidad" puesto que una vez empezada, continuaba dividiendo inexorablemente todo lo que la naturaleza había permanentemente unido. Y el malestar principal del hombre se debía según esos filósofos a la separación que se produce cuando el hombre se pone en oposición al mundo externo, "in the split, as it was variously expressed, between ego and non-ego, subject and object, spirit and the other, nature and mind" (181-82). Pero esa escisión inicial--tanto

cognitiva como moral--entre la mente y la naturaleza y la mente y sus propios impulsos espontáneos es paradójicamente, señala Abrams, "the very act which releases the energy that sets in motion the speculative philosophy whose basic aim . . . is to cancel all cognitive and moral separation and opposition in a restored and enduring unity" (177-83).

El típico esquema romántico difiere del monismo circular del neoplatonismo en dos aspectos principales, y tales diferencias son extremadamente importantes, dice Abrams, ya que implican otra visión de la vida y unos valores totalmente opuestos a los más característicos del neoplatonismo filosófico. Primero, los tempranos sistemas de la filosofía postkantiana trasladaron la unidad que es el comienzo y la meta de todo proceso así como "the locus and criterion of ultimate value" del más allá plotiniano a este mundo del hombre, la naturaleza y la humana experiencia. En tanto que meta, tal unidad era considerada por los filósofos románticos o como accesible a la humanidad o, como sucede en Fichte, "infinitely recessive, and so only progressively approximable by mankind". En ambos casos, la historia de la raza o del individuo que en el pensamiento neoplatónico había sido considerada episodio pasajero de ausencia de felicidad, desviación lamentable hacia una existencia en este mundo, se transformó en el único

recinto en que "in the end, we either find our happiness or not at all: the aim of our life in this world can be nothing else than to enhance the quality of that life itself" (183).

Segundo, en la versión romántica más representativa de la "procession" y "epistrophe", al volver el proceso a su comienzo, la unidad recuperada no es, como en la escuela de Plotino, la original unidad sencilla e indiferenciada sino otra más alta puesto que incorpora todas las diferenciaciones intermedias. "The self-moving circle" gira así en torno a una tercera dimensión, vertical, para terminar donde había empezado, pero en un plano de valores más alto. Comenta Abrams: "It thus fuses the idea of the circular return with the idea of linear progress, to describe a distinctive figure of Romantic thought and imagination - the ascending circle, or spiral" (183-84).

Como mencionado, la filosofía postkantiana incorporó una versión conceptualizada del esquema cristiano de la historia. En el proceso la meta redentora fue trasladada de la reconciliación y la reunión del hombre con un Dios trascendente a la superación de la oposición entre "ego and non-ego" o la reconciliación de "subject with object" o la reunión del espíritu "with its own other", y tal superación fue representada, apunta Abrams, "as occurring in the fully developed consciousness of men living their

lives in this world: the justification for the ordeal of human experience is located in experience itself" (187). Consecuentemente la historia de la humanidad, como la del individuo pensante, fue concebida no como "a probation for an other-worldly heaven" sino como un proceso de autoformación o de autoeducación. La mente del hombre, genérica o individual, se representa como disciplinada por los sufrimientos encontrados en las sucesivas etapas de división, conflicto y reconciliación que atraviesa hacia esa etapa culminante en que, habiendo sido superadas todas las oposiciones, adquirirá plena consciencia de su identidad, del significado de su pasado, de su destino. El trayecto de la vida humana ya no es una Heilsgeschichte sino una Bildungsgeschichte o, se corrige Abrams, una Heilsgeschichte traducida al modo secular de una Bildungsgeschichte (187-88).

Dicho proceso, además de ser descrito en términos metafísicos, fue con frecuencia por los filósofos postkantianos--en primer término Schelling y Hegel-- formulado alegóricamente o a través de imágenes, y para tal propósito el vehículo más adecuado resultó la tradicional visión de la historia de la humanidad como un viaje circular que lleva de vuelta a casa. Visualizado así, el protagonista es la mente colectiva o la consciencia de los hombres y la historia aquella de su penosa peregrinación a través de dificultades,

sufrimientos y desastres en pos de una meta que "unwittingly, is the place it had left behind when it first set out and which, when reached, turns out to be even better than it had been at the beginning" (191). La redención, señala Abrams, aun después de haber sido traslocada a la historia y traducida como autoeducación de la mente general de la humanidad, continúa siendo expresada mediante el tropo cristiano de la vida como peregrinación y quest: "the Bildungsgeschichte of the Romantic philosophy of consciousness tends to be imagined in the story form of a Bildungsreise whose end is its own beginning" (191).

Las obras filosóficas y literarias manifestaron durante el romanticismo alemán notables paralelos entre sí, tanto conceptual como estructuralmente, y eso se debía, dice Abrams, al vínculo entrañable que existió entre la filosofía y la literatura a partir de Kant. Los poetas y novelistas incorporaron a sus obras mayores conceptos y procedimientos filosóficos entonces en vigencia. La literatura romántica tendía a ser "a literature of movement",<sup>2</sup> en que el protagonista era un viajero compulsivo. Los plots románticos del quest circular o helicoidal podían ser realistas, alegóricos, simbólicos o revestir la forma particular de Märchen. En todo caso, anota Abrams, involucraban una teodicea implícita ya que el viaje era un camino espiritual a

través de "evil and suffering" justificados como medio necesario para la adquisición de "a greater good"; tal proceso era concebido, más o menos explícitamente, como "a fall from unity into division and into a conflict of contraries which in turn compel the movement back toward a higher integration" (193).

El principal antecedente de esta forma narrativa era la alegoría cristiana del viaje de la vida. Pero, apunta Abrams, el caminante cristiano en su difícil peregrinación hacia "heaven-haven" ha sido transformado en un héroe cuyo viaje es una "education in experience" a través de diversas etapas de conocimiento que culminan en el nivel de madurez intelectual; nivel en que el protagonista finalmente aprende quién es, por qué nació y cuál ha sido el propósito implícito de todo lo que sufrió en el camino. Detrás de muchas versiones románticas del quest interno circular se puede reconocer, de acuerdo con Abrams, el prototipo principal de la variante circular de la antigua peregrinatio cristiana, es decir la parábola del Hijo Pródigo, interpretada como "the type of journey of all mankind out of and back toward its original home", y en la literatura romántica como en la cristiana la parábola frecuentemente culmina en "the apocalyptic marriage that signalized the restoration of Eden in the Book of Revelation" (192-94).

Abrams aplica su razonamiento a los textos de tres

escritores alemanes que obviamente conocían a y en alto grado fueron influidos por los filósofos alemanes por Abrams estudiados: Hölderlin, Goethe y Novalis (237-52). Ocurre lo mismo respecto de ciertos escritores ingleses contemporáneos--Blake, Coleridge, Wordsworth, Shelley, Carlyle--algunos de los cuales conocían la filosofía alemana (Coleridge y Carlyle), mientras que los otros no estaban, o apenas, familiarizados con ella (253-312). La coincidencia de temas y estructuras en estos escritores tan diversos se debía menos a una influencia mutua, señala Abrams, que a la experiencia común de vivir el clima social, intelectual y emocional propios de la época postrevolucionaria, a lo cual se añade "a grounding in a common body of materials - above all in the Bible, especially as expounded by radical Protestant visionaries, many of whom had assimilated a modicum of Neoplatonic lore" (256).

Finalmente, Abrams traslada su óptica a nuestro tiempo: la fragmentación, separación, alienación del ser humano que corresponde a una antigua tradición--pagana y cristiana, mítica y metafísica, religiosa y secular--ha cobrado en su opinión una presencia más dramática aún en nuestra época transformándose a partir de la primera guerra mundial en uno de los temas predominantes de la literatura. Las imágenes y las estructuras antiguas persisten, dice Abrams, así como los conceptos, si bien

aplicados estos últimos de maneras muy diversas. Como testimonio de ello, Abrams examina cuatro versiones modernas del viaje circular, producidas por Eliot, Lawrence, Marx, Nietzsche, en las cuales la aplicación de la antigua visión de la vida y de la historia va desde un retorno a la ortodoxia cristiana--Eliot--hasta formas seculares de consecuencias sociales y políticas explosivas--Marx--(313-24).

Hay una diferencia radical entre los grandes escritores europeos revisados por Abrams y nuestro novelista rioplatense. Mientras que aquéllos están conscientemente inscritos en las tradiciones filosóficas y religiosas que Abrams les atribuye, R.G. creemos debe ser visto como alguien que oblicuamente recibió aquellas tradiciones y cuyo juego literario se mueve dentro de parámetros bastante similares a los detectados por Abrams. Justo es decir que si ello ocurre, si ello ha ocurrido, es consecuencia no tanto de un conocimiento directo de dichas tradiciones y sus fuentes y menos aún de una exposición a la moderna filosofía alemana que como lector R.G. rechazaba y como poeta ridiculizaba.<sup>3</sup> De la misma manera que todos los caminos, según el conocido adagio, conducen a Roma, ese lector voraz e infatigable

que conocía muy bien su Iliada y su Biblia llegó por tortuosos caminos, a través de las páginas de sus autores favoritos, a aquella construcción mítica, a aquella casa del pensamiento de donde hace partir Abrams las fulgurantes creaciones de los escritores anglo germánicos que le preocupan. En la medida de su necesidad expresiva tanto DSS como Raicho exhiben, cada cual a su manera, la impronta de aquellas antiguas tradiciones.<sup>4</sup>

Comencemos por Raicho que corresponde justamente al prototipo principal de la variante circular de la antigua peregrinatio cristiana, es decir la parábola del Hijo Pródigo. R.G. estaba seguramente familiarizado con la parábola contenida en Lucas, como lo estaría probablemente también con una de las más conocidas de las obras secundarias que sobre este tema se han escrito: Le retour de l'enfant prodigue, breve texto publicado en 1909 por André Gide, de cuya NRF R.G. era lector asiduo.<sup>5</sup> Mientras que la versión de Gide había exhibido una interpretación muy libre de la parábola evangélica, la producida por R.G. se halla mucho más cerca del texto de Lucas. Sin embargo, la escena del retorno y del perdón contiene en Raicho una llamativa modificación: como el Pródigo de la parábola Raicho vuelve a su país, luego de malogradas aventuras en tierra extraña, cabizbajo, sumiso y avergonzado. No es recibido por su padre sino por Alberto, uno de sus hermanos, quien, contrariamente

al hermano mayor de la parábola que se mostró hostil, envidioso y mezquino, lo recibe con mucho cariño, cariño frente al cual Raucho se abate como "ante un reproche". La intuición que tiene Raucho de que la severidad paterna nunca perdonará y el temor a la confrontación que ineludiblemente alguna vez ha de producirse crean un elemento de tensión en ese retorno que en términos generales se caracteriza por un tono de felicidad.

Estamos en el caso de Raucho frente a una peregrinatio secularizada. Como ocurre en los filósofos y escritores románticos estudiados por Abrams, también en R.G. la peregrinatio es marcadamente antropocéntrica y se polariza en torno al tema de la formación del individuo humano. El proceso formativo es en Raucho implícitamente concebido como "a fall from primal unity into self-division, self-contradiction, and self-conflict" y en éste como en los textos de los románticos, tal caída es a su vez considerada un paso necesario en el camino hacia una unidad más alta que justifica los sufrimientos experimentados por el camino.<sup>6</sup>

Acerquémonos ahora a Raucho desde el ángulo óptico correspondiente a una peregrinatio secularizada. "The primal unity" de Abrams se referiría en Raucho a los capítulos "Prólogo" e "Infancia" que representan en la vida de Raucho una época feliz y libre vivida en estrecha relación con el medio ambiente, es decir la pampa con la

cual se siente plenamente identificado; representan para utilizar una expresión de Abrams "the Edenic self-unity of childhood" (239). Tal unidad permanece intacta en "Colegio" y "Trabajo" pese a las restricciones de libertad que significan la vida de internado y las incipientes tareas de administración rural. Rompe en "Hastío" con "the primal unity" al irse a vivir en Buenos Aires. La experiencia bonaerense como luego la parisina, en todos los aspectos diametralmente opuestas a la campestre y que contrarían la íntima naturaleza de Raucho, conducen a esa "fall into self-division, self-contradiction, and self-conflict" estipulada por Abrams. "The evil and suffering" encontrados en esa penosa peregrinación--su viaje, extremadamente cruel y autodestructor, desemboca al final de la experiencia parisina en un virtual "descenso a los infiernos"--son el elemento catalítico que permite a Raucho, una vez pasadas las etapas de división y conflicto, llegar a la madurez y a la plena consciencia de su identidad.

Viaje formativo y educativo que si bien no representa un ejemplo clásico de Bildungsreise, tal cual aparece en la tradición germánica, puede considerarse una Bildungsreise "a la criolla", es decir adecuada a un tiempo y a unas circunstancias muy diferentes.

"The unity regained" señalada por Abrams corresponde al capítulo "Solución" en que Raucho vuelve a su país,

a su pampa. El retorno significa una reconciliación con la naturaleza, de la cual él como niño había formado parte integral, y al mismo tiempo una reconciliación consigo mismo. Lo dicho por Abrams acerca de la circularidad de los quest-plots románticos--el de Raucho en el fondo también es romántico--se deja aplicar a la novela de R.G.: el lugar que al principio del viaje fue dejado atrás, al final del mismo resultará ser la meta del viajero, y esa meta reencontrada será percibida como infinitamente mejor de lo que había parecido en el momento de la partida.

La unidad recuperada no es, subrayémoslo, la unidad original, sino una unidad más alta que incluye todas las diferenciaciones intermedias. Dicho de manera más llana, Raucho aunque decepcionado y desilusionado con París incorpora, como anota Beardsell, "his experiences there into his total development" (Introduction 22). Así, ese viaje que antes habíamos considerado un viaje circular consta ahora ser helicoidal, su final un principio en un plano más alto. Combina en otras palabras la idea del movimiento circular con la del progreso lineal para formar aquel "ascending circle", figura de acuerdo con Abrams típicamente romántica.

Añadamos que en el rechazo de Raucho de la gran ciudad, que es al mismo tiempo un rechazo de la civilización, hay que ver sin duda la influencia de

Rousseau, escritor a quien R.G. había leído asiduamente según lo dice él mismo en su carta autobiográfica a Torre (30). Dicho rechazo es una constante en toda la obra güiraldiana y evoca la tradicional dicotomía "civilización y barbarie" igual a "ciudad y campo". Los escritores y filósofos estudiados por Abrams habían por supuesto también leído a y sido influidos por Rousseau. Su preocupación por la paradoja de la civilización, como concebida por Rousseau, cobraba, dado el particular momento histórico-político, definido relieve y dramaticidad (199).

La parábola del Hijo Pródigo que se trasparenta de acuerdo con Abrams en numerosas versiones románticas del quest circular frecuentemente culmina, como ya mencionamos, en una "boda apocalíptica". Tal boda apocalíptica está en Raicho meramente insinuada. Al volver a la pampa Raicho pregunta en seguida por Asunción, esa "rara maravilla criolla", de quien se había enamorado poco antes de emprender el viaje a París y cuya imagen está en su mente entrañablemente ligada a la tierra pampeana. Recibe esta críptica respuesta: "Ahí está, buena . . . soltera . . . esperándote tal vez" que contiene quizás una posible apertura (235).

Tratemos ahora de situar a DSS dentro de este prestigioso y ambicioso marco de ideas. Estamos de nuevo frente a una peregrinatio secularizada y antropocéntrica que gira en torno al tema de la formación del individuo. El proceso formativo es, como en Raucho, implícitamente concebido como "a fall from primal unity into self-division, self-contradiction, and self-conflict" e igual que en Raucho, tal caída es considerada un paso necesario en el camino hacia una unidad más alta que incluye todas las diferenciaciones intermedias y justifica los sufrimientos experimentados por el camino.

Sin embargo, la estructura triádica inherente al "internal circuitous quest" ["unity, unity lost, and unity-to-be-regained"] se presenta en DSS de manera harto más compleja y sutil que en Raucho. "The primal unity" señalada por Abrams se vincularía en DSS a un período en la vida de F.C. que apenas se describe en el espacio tipográfico: la primera parte de su infancia vivida en el puestito campero, es decir en la pampa, al lado de la madre. Hay al principio de la novela dos referencias breves pero altamente significativas a aquel período: "¿Qué edad tenía a lo justo cuando me separaron de la que siempre llamé 'mama', para traerme al encierro del pueblo, so pretexto de que debía ir al colegio? Sólo sé que lloré mucho la primera semana . . ." (347); "De vuelta al pueblo conservé un luminoso recuerdo de aquel paseo y

lloré porque vi el puesto en que me había criado y la figura de 'mama', siempre ocupada en algún trabajo . . ." (348). En el segundo caso F.C. se refiere a un paseo con su protector, Don Fabio Cáceres, por la estancia de éste y por la pampa, espacio libre y abierto, vinculada en su mente a aquella primera y feliz parte de su infancia.

La llegada de F.C. al pueblo significa una ruptura con "the Edenic self-unity of childhood" establecida por Abrams. La tiranía de las tías y la vida restringida que vive con ellas, el aburrimiento y restricción de libertad que implica la experiencia escolar, su vida de pequeño "atorrante" apicarado que al principio le divierte pero a la larga le llena de disgusto, todos estos son elementos que antagonizan sus más íntimas aspiraciones que convergen en un ardiente deseo de independencia, libertad, movimiento y espacio, y más concretamente en un deseo de hacerse más capaz, de hacerse hombre. A la vez dichos elementos producen en él "the self-division, self-contradiction, and self-conflict" mencionada por Abrams. Inspirado por el encuentro con D.S. huye del pueblo, dando así comienzo a su quest que de acuerdo con lo arriba dicho es de considerar principalmente como un quest for manhood.

F.C. se siente "en poder de un contento indescriptible" por el hecho de haberse escapado del pueblo, de estar libre y de encontrarse de nuevo en la

pampa, pero esto obviamente no quiere decir que la etapa de división, contradicción y conflicto haya sido superada. Le espera un largo y duro aprendizaje al lado de D.S. y demás gauchos, en que experimentará muchos sufrimientos y penurias físicos inherentes al oficio de resero. Paralelamente, en el trámite de dicho aprendizaje será expuesto a una serie de experiencias límite, tales como sus encuentros con la mujer, con la magia y con la muerte. A lo que se suman las frustraciones y derrotas que en algunos momentos del trabajo rural caen sobre él. Instancias decisivas todas ellas del acontecer humano que provocan en F.C. sendas descargas de confusión e inseguridad, de sorpresa y perplejidad, de sobrecogimiento y terror, de cólera y rabia.

Dichos sufrimientos y experiencias funcionan, como en el caso de Raicho, de manera catalítica. Como ya vimos al analizar la novela, F.C. se vuelve en el proceso de su aprendizaje más reflexivo, silencioso y reconcentrado; desarrolla su capacidad de juicio en el plano moral; logra dominar el dolor físico escindiendo mente y cuerpo; en la constante confrontación con la naturaleza adquiere plena consciencia de la transitoriedad de la existencia humana y comprende "la inexplicable y misteriosa economía de una creación donde alternan la pululación de la vida y las ferocidades de la muerte" (Ghiano, Introducción 42). Sus andanzas por la pampa constituyen "an education in

experience" en la que pasa por diversas etapas de awareness para llegar al final a la madurez y a la consciencia de su identidad.

La integración de la personalidad proviene de una previa integración del hombre y su ambiente. El aprendizaje significa para F.C. una gradual reinserción en aquel espacio mítico de la infancia: la pampa, especie de escuela de la vida, "exigencia continua de perfección, agitación física y espiritual, búsqueda de equilibrio" (Kovacci 98). La asimilación de F.C. a la pampa es tal que éste se vuelve una extensión de ella, un virtual microcosmos. Contrario a lo que pasa en Raucho en que la reconciliación con la naturaleza y de allí la reconciliación consigo mismo--lo cual en el esquema de Abrams corresponde a "the unity regained"--coincide con el último término del viaje, es decir con la vuelta a la pampa, tenemos que en DSS esa reconciliación con la naturaleza y consigo mismo se produce y crece a lo largo del viaje y ya está madura antes del final de éste. La gradualidad y progresividad del fenómeno reconciliatorio habla sin duda de un artista que desde Raucho hasta DSS ha refinado notablemente sus recursos de concepción y expresión.

El viaje de F.C., verdadera Bildungsreise--bien entendido que "a la criolla"--en que recibe una educación física y moral que es toda una preparación para la vida

y en que logra una armoniosa formación de su personalidad, termina de manera ambigua y anticlimática, lo cual parecería poner en peligro esa unidad que ya había sido recuperada. La aceptación de la herencia y la reintegración a la sociedad significan para F.C., como ya mencionamos, un doloroso sacrificio: el tener que renunciar a la vida libre y andariega entre los gauchos. Le obsede el temor de que pueda perder una identidad tan anhelosa y fatigosamente adquirida o mejor dicho recuperada. Pero ni aun el profundo cambio socioeconómico que contiene la herencia aceptada y la consiguiente promoción de simple resero a estanciero, a propietario, podrá vulnerar los dones recibidos por F.C. en su largo nomadismo pampeano. Aquella identidad está firmemente anclada en su psique y ningún acontecimiento exterior podrá ya corroerla.

Es más, su vida pasará luego de la partida de D.S. a una fase subsiguiente en que se metabolizarán las enseñanzas recibidas. El viaje circular cumplido por F.C. resulta, como el de Raicho, ser helicoidal, su final un principio en un plano más alto. La unidad recuperada, que en el caso de F.C., ya lo subrayamos, se produce antes del último término del viaje, no corresponde, como ya se ha dicho respecto de Raicho, a la unidad sencilla e indiferenciada del principio, sino a una unidad más alta que incluye todas las diferenciaciones intermedias.

Fusión de la idea del movimiento circular y la del progreso lineal, lo cual nos pone de nuevo frente a esa figura típicamente romántica del "ascending circle", de acuerdo con la teoría de Abrams.<sup>7</sup>

F.C. sale de escena al final de la novela "armé pour l'existence, prêt à vivre son roman" (Jost 99). La novela como el viaje que contiene es circular y sin embargo open-ended, hecho que subraya la inconclusividad de la aventura vital de F.C. Hecho que, además, convierte a ésta en preámbulo de una vida a vivirse que R.G. no dejó escrita.<sup>8</sup>

Podemos como consecuencia de lo dicho afirmar que al mismo tiempo que R.G. en el aspecto formal fue innovativo, sobre todo si se piensa en el estado de la novela hispanoamericana hasta los años veinte, el tratamiento que recibe el tema del viaje--recurrente en toda su obra--en sus novelas mayores es totalmente clásico, tradicional y corresponde, como hemos mostrado, a una antigua tradición literaria.

R.G., como los románticos estudiados por Abrams, estaba altamente preocupado por los problemas políticos y sociales de su época, en particular por la primera guerra mundial y sus resultantes según se lee en "Notas

sobre la guerra europea" (693-99). Estaba asimismo preocupado por la idea de civilización y sus implicaciones. Como ya indicamos, hay en sus textos, a partir de El cencerro, un continuo rechazo de la civilización y de la ciudad "histórica y mezquina" cuya vida él veía como artificial y fragmentada (721). Su obra está impregnada de un profundo amor por la naturaleza, por lo simple y lo grande--mar, montaña, llanura--; un amor que a veces se vuelve culto, religión. De allí la constante oposición en ella entre campo y ciudad.

El concepto de unidad, tan decisivo en la teoría de Abrams, había sido siempre según decir del propio R.G. "una idea fija de mis elucubraciones cerebrales" (520)<sup>9</sup> y tal idea fue repetidas veces tratada en El sendero, ese diario espiritual que llevó durante los últimos años de su vida pero que mira a casi toda ella. Que la estrategia literaria de R.G. se mueva dentro de los mismos parámetros que la de los románticos no debe causar sorpresa, si atendemos a lo que acaba de expresarse.

En el caso de nuestro novelista rioplatense la respuesta a aquella fragmentación, escisión, aislamiento del hombre consiste, como en numerosos románticos, en un retorno a la naturaleza, en una reconciliación con la naturaleza que es al mismo tiempo, ya lo mencionamos, una reconciliación del hombre consigo mismo. R.G. siente que el secreto reside en la reinserción del individuo en el

medio natural y su idea de civilización parecería radicar en un armonioso diálogo con la naturaleza, no en una oposición a ella.

Lo único que queda por elucidar es si para R.G. una unidad absoluta, es decir una unión--o como la hubiese denominado él "comunió"--completa con la naturaleza es accesible al hombre o si resulta, como sucede en ciertos románticos, "infinitely recessive, and so only progressively approximable by mankind". La respuesta está a nuestro parecer entretrejida en la estructura íntima de sus novelas mayores, todas circulares y sin embargo "abiertas". Está asimismo entretrejida en la dialéctica entre el hombre y la naturaleza, tal como se entabla en DSS, en que si bien el hombre, el gaucho, forma parte integral de su ambiente, no llega nunca a ese elusivo horizonte--que evoca como bien anota Nilda Díaz el infinito--tras el cual anda infatigablemente; "marcado irreversiblemente por lo finito" (Díaz 311) como lo está cualquier hombre, no puede llegar, no debe llegar, de acuerdo con lo escrito por R.G. en El sendero: "¿Qué mutación y, por consecuencia, qué aspiración podría tener quien, sabiendo, no puede ya ir?" (539).

## NOTAS

<sup>1</sup> El período abarcado por Abrams en su estudio comprende los años que van desde 1790 hasta 1830.

<sup>2</sup> La expresión fue acuñada por Bernard Blackstone quien la refirió a la literatura inglesa y es retomada por Abrams.

<sup>3</sup> Un buen ejemplo de ello es el poema "Los filosofantes" de El cencerro, escrito en forma menipea. Este y otros poemas afines por su forma y contenidos en el mismo libro han sido examinados por Jytte Michelsen en "La forma menipea".

<sup>4</sup> El esquema diseñado por Abrams no es aplicable a las demás novelas de R.G. En el caso de Rosaura porque el viaje en ella contenido no es circular sino, como veremos más adelante, rectilíneo. En el caso de Xaimaca, si bien el viaje allí contenido es circular y aun helicoidal pues equivale a una iniciación espiritual, esta novela no exhibe como se mostrará en su oportunidad casi ninguna de las características inherentes al "internal circuitous quest" ilustrado por Abrams.

<sup>5</sup> "Y a través de su amistad [la de Larbaud], Ricardo Güiraldes se incorporó al espíritu de la N.R.F., clima mental bien perceptible en Proa. Será un amigo estrecho de la Nouvelle y el mejor de sus representantes, el más fiel a su espíritu, en el Río de la Plata" (Blasi, Güiraldes y Larbaud 20).

<sup>6</sup> Sobre este concepto, cotéjese Abrams 181, 193, 222, 255, 323.

<sup>7</sup> Si bien tanto Magris como Abrams parten de un dato común, la circularidad del viaje, esta circularidad satisface todas las necesidades teóricas del primero de ellos con el retorno a casa, mientras que involucra un nuevo y más ambicioso elemento, la calidad de ascendente, helicoidal del círculo primigenio para el otro.

<sup>8</sup> Esto corresponde a una definida actitud de R.G. que se registra simétricamente en sus obras mayores.

<sup>9</sup> Acerca de la importancia de la idea de unidad, como también la de tender en la obra de R.G., dice Ara: "Ellas dan la clave de ingreso, desarrollo y clausura de su vivir" (337).

## CAPITULO 7

ROSAURA Y LAS IMPLICACIONES DEL VIAJE RECTILINEO

En "Le Pacific", ese ensayo publicado en 1925, R.G. discursó sobre la influencia de las innovaciones técnicas en el arte moderno, en particular la del tren que "en su doble virtud de máquina y de impulso lírico siempre apuntando al horizonte, que es como el principio de un mundo mejor, ha metido su velocidad y su grito optimista en poemas y cuadros" (681). El tren fue visualizado como una "máquina viva, provista de un ruido-canto, que sirve su ideal de acortar tiempo en la carrera para que el hombre viva dentro de más espacio terreno en menos tiempo", y líricamente como "un vértigo de distancia, un optimismo de ser que está seguro de alcanzar su meta, una borrachera de paisajes barajados con avidez de quien olvida pronto y un ansia de más allá siempre aumentada . . ." (682). Allí, R.G. haciéndole eco a su amigo francés, Jules Supervielle, habló además de la "claridad voraz del pensamiento en los viajes ferroviarios y el admirable trabajo de apurada síntesis, que nuestro cerebro encadena sobre el ritmo parejo y fuerte de las ruedas, que en cada golpe aprecian la distancia por sucesivas victorias" (682). Este texto, con su celebración de la fuerza, velocidad y dinamismo del tren, representa una visión muy cercana a la de los futuristas, los cuales

según leemos en Futurismo & Futurismi, "non restano insensibili alla poeticità delle partenze. . . . ma per loro il treno è soprattutto una macchina potente capace di sviluppare una forza e una velocità sempre maggiori, un mezzo di trasporto non più nuovo ma destinato a un ricco avvenire" (Fauchereau 600).

En Rosaura, nouvelle publicada en 1922--en realidad había sido publicada ya en 1918 bajo el título Un idilio de estación en la serie El cuento ilustrado dirigida por Horacio Quiroga (Becco, "Notas" 807)--R.G. acuñó una imagen del tren notablemente distinta. Esta nouvelle tiene como escenario Lobos, "pueblo tranquilo, en medio de la pampa", por cuyas calles "vaga un aburrimiento indiferente" y donde "una moral de solterona [se] impone a las expansiones francas" (243; cap. 1). El paseo diario a la estación constituye para sus habitantes la única distracción posible. "La estación", nos informa la voz narradora, "es a Lobos lo que Hyde Park es a Londres, el Retiro a Madrid, las Aguas Dulces de Asia a Constantinopla" (247; cap. 4). Se centra el interés en los dos expresos que pasan, en sentido opuesto, a las seis y a las seis y treinta y cinco de la tarde, el primero hacia la capital, el segundo--el más importante--proveniente de ésta. El intervalo que media entre el paso de los dos trenes es parecido al intervalo entre dos actos de una función teatral, ya que la estación y sus alrededores se

trasforman en un foyer, una feria de vanidades, un mentidero: "Paseábase la gente, criticábase la gente, y una maraña de romanticismos ceñíase exigente sobre el elemento joven" (247; cap. 4).

La llegada del tren mayor, el "surtidor de emociones bonaerenses" (247; cap. 4), representa el momento de gloria para el pequeño pueblo:

Bajó gente, subió gente. La caldera chistaba con alivio de globo que se deshinchaba. Un zumbido de avispero se exhalaba del gentío: políticos en campaña, mozos elegantes . . . personajes luciendo sus personalidades oficiales . . . cocheros esperando viajes, peones en busca de correspondencia . . . mientras como flores de aroma entre el bosque bruto, las exuberantes muchachas de Lobos iban y volvían, con discretos recatos o exageradas risas, nerviosas quién sabe por qué. (245; cap. 2)

La estación además de cumplir una función social constituye, como bien observa Kovacci, "una puerta de escape hacia lo desconocido" (70). Las excursiones diarias que a ella hace la gente de Lobos son en realidad de considerar como un sustituto del viaje, como una especie de viaje vicario, dado que representan una momentánea y sistemática evasión de la monotonía cotidiana.

Aquel "surtidor de emociones bonaerenses" aparece, de

manera directa u oblicua, en diez de los veinte capítulos contenidos en la nouvelle. Dichos capítulos, situados estratégicamente--1, 2, 4, 6, 7, 8, 11, 17, 18, 20--forman la columna vertebral de la misma y confieren al tren status de protagonista. Es más: la ruptura que aportará el tren a la vida de Rosaura, la cual dependerá dramática y progresivamente de sus repetidas llegadas y partidas, y la cual será, en última instancia, destruida por él, lo eleva efectivamente a protagonista mayor. Que el tren no tenga aquí el valor positivo que tendría luego en un texto como "Le Pacific", está claro desde el principio: ya al comienzo de la nouvelle la voz narradora había señalado sucintamente las serias consecuencias que tendría su paso por el pequeño pueblo:

Lobos tuvo su alma sencilla y primordial como el macachín de otoño. Lobos pensaba, amaba, vivía a su modo. Mas vino la paralela infinitud de los rieles veloces, y el tren, pasando férreo de indiferencia, de horizonte a horizonte, de desconocido a desconocido, esfumó sobre el caserío su penacho pasajero. / Lobos padeció de aquel veneno. (244; cap. 1; subrayados nuestros)

Esta imagen negativa es recurrente en la nouvelle; su material verbal se reitera en cada caso con pequeñas pero expresivas variantes que ahondan gradualmente el

proceso de animización a que es sometido el tren en el espacio literario. He aquí algunos ejemplos pertinentes:

Los hierros comienzan a sonar y bufa la máquina sus grandes penachos venenosos sobre Lobos, en jadeante esfuerzo de partida. El tren va a continuar su viaje de desconocido a desconocido, de horizonte a horizonte. (266; cap. 20; subrayados nuestros)

Si comparamos los vocablos subrayados en ambos microtextos veremos que los dos términos de la expresión "de horizonte a horizonte, de desconocido a desconocido" del capítulo primero son reiterados, pero en un orden que los invierte simétricamente, en el vigésimo. En un caso se acentúa la insalvable limitación óptica del espectador inmóvil que ve desplazarse al tren desde un punto en el horizonte hasta otro, por donde ha de perderse; en el otro, se acentúa la ansiedad curiosa del que no viaja y es espectador pasivo desde el andén. Habrá una diferencia tajante sin embargo: uno de aquellos espectadores pasivos del capítulo 1 se inmolará ante ese moloch de acero en el capítulo 20 que cierra el texto. Es visible el desplazamiento de la idea de veneno que se adjunta a penachos en el segundo ejemplo sellando una intención que estaba expresada de manera menos terminante en el capítulo 1.

Un bloque de cuatro microtextos se conectan entre sí

por una misma alusión ocular; son en su orden los que se transcriben:

¡Oh, maligna sugestión de la indiferente máquina viajadora, para cuyo ojo ciclópeo el horizonte no es un ideal! (248; cap. 4)<sup>1</sup>

A dos metros sobre las vías corre aumentando su lumbre la centella del ojo ciclópeo, que no mira desde la férrea frente de la locomotora apuntada al horizonte. (249; cap. 6)

. . . el estrépito fugaz del tren, que se va mirando con la blanca ceguera de su ojo ciclópeo el horizonte cuya atracción no entiende.  
(259; cap. 11)

. . . la indiferente progresión de la máquina potente y ciega, para cuyo ojo ciclópeo el horizonte no es un ideal. (266; cap. 20)

En todos los casos se halla presente ojo ciclópeo, pero con modulaciones contextuales distintas. Según Cirlot, el ojo ciclópeo "seems to allude to extrahuman powers which are in fact - in mythology - incarnated in the Cyclops. At the same time the eye in the forehead is linked up with the idea of destruction . . ." (100). Se confirma con estas líneas lo que ya sabemos acerca

de la fuerza sobrehumana y destructora del tren tal como se la muestra en el funesto desenlace del capítulo 20. Hay una constante que se opone a ojo: el horizonte. Ese horizonte "no es un ideal" (caps. 4 y 20), es ignorado por el ojo que "no mira" (cap. 6) y es desconocido a causa de una "blanca ceguera" (cap. 11). En los cuatro casos concurre la idea de indiferencia del ojo respecto del horizonte, pero el conjunto expresivo que comienza y se cierra con el vocablo ideal (negación de ideal) reduce su intencionalidad en el segundo y el tercero mediante la alusión a meras circunstancias referidas al operar fisiológico de cualquier ojo. Es también de señalar que el vocablo indiferente contenido en el primero y el cuarto de los microtextos se adjunta y hace sistema con esa indiferencia que puede leerse en la ya discutida presentación del tren del capítulo 1.

Tanta negatividad acumulada sobre el tren contrasta palmariamente con el elogio del mismo que haría R.G. en "Le Pacific". Allí sería visualizado de la siguiente manera:

El tren está ante la noche. . . . con el ojo clavado en la lejanía, el cuello rígido de orgullo, deshilando en penachos su suelta idea de humo, con la participación optimista de sus miembros . . . larga hacia adelante su canto que significa alegre energía de vivir. . . . (685)

Notemos que aquí es ojo simplemente, no ojo ciclópeo; este ojo no es ciego o indiferente, todo lo contrario, está "clavado en la lejanía", lo cual parecería denotar curiosidad, ansiedad, sed de horizonte. De hecho, el horizonte había sido definido al comienzo del ensayo como "el principio de un mundo mejor" (681); estamos pues frente a un horizonte muy distinto del contemplado en Rosaura que no era un ideal. Reaparece aquí el vocablo penachos, pero sin el aditamento de venenosos, en este contexto deshilan meramente "su suelta idea de humo".

Imagen positiva y optimista en un caso, imagen pesimista y negativa en el otro; celebración del progreso, de la modernidad en un texto, énfasis en el conflicto entre modernidad y tradición en el otro; en fin, visión futurista frente a otra expresionista.

En el plano de la realidad, esos viajes pendulares de un tren que iba desde la ciudad capital hacia un remoto destino seguramente desatarían viajes imaginarios en algunas personas, las más sensibles e impresionables, entre las que estaban sobre el andén. Así sucede en el caso de Rosaura, pueblerita de alma sencilla y de "sueños sencillos" que "esperaba meter las manos hábiles en la vida" (246; cap. 3). Como para las demás muchachas del pueblo, el diario paseo a la estación es fundamental en su vida: "Rosaura salía a eso de las cinco y media . . . muy contenta de gozar los repetidos incidentes de su

peregrinación hacia el andén-corso . . ." (246-47; cap. 4). Uno de tantos imaginarios viajes inocuos se volverá para ella grave y decisivo por la corporización de la idea del viaje en un concreto viajero, a llamarse Carlos. Este no sólo es viajero, sino gran viajero, experimentado surcador de tierras y mares, educado en un lejano continente y portador de un equipaje cubierto de papeles policromados puestos en exóticos hoteles y estaciones. El forastero, "mozo inverosímilmente elegante y distinguido" (248; cap. 5), a quien trae con cierta frecuencia el "surtidor de emociones bonaerenses" en su vagón-comedor, despierta la imaginación romántica de Rosaura, quien de repente siente "algo extraño nublarle agradablemente la razón" (247-48; cap. 4). Empieza un "inconsútil idilio" de miradas y saludos intercambiados a través de la ventanilla del tren (249; cap. 6).<sup>2</sup>

La fascinación que ejerce el forastero sobre Rosaura no se debe sólo a que sea elegante y distinguido, sino también, y quizás en primer término, a su condición de viajero. El es la imagen viva de un mundo distante y superior; mundo que atrae tremendamente a la pequeña pueblerita. Ya antes de que el "inconsútil idilio" se haya cristalizado en una amistad, Rosaura sueña, significativamente, que "iría con él . . . hacia tierras preciosas y encantadoras. . . y él todo lo explicaría sabiéndolo todo" (254; cap. 9). No menos significativo

es su pedido cuando finalmente se tratan en el baile del Club Social que Carlos le cuente cosas de su vida, en particular de sus viajes: "Yo quisiera saber algo de usted. ¿No le incomoda contarme? He vivido tan solita aquí. . . . / ¿Pero, y todo lo que ha viajado por esas tierras de Dios?" (256, cap. 10). Con estas líneas se hace evidente que la exposición a Carlos ha hecho crecer en Rosaura cierto tedio respecto de su medio ambiente, que ya existía pero no había sido suficientemente percibido por ella. Otro fragmento de esa misma conversación tenida en el baile parecería confirmarlo:

[Antes] Me bastaba con los quehaceres y los paseos a la estación o la plaza . . . Ahora me faltan otra porción de cosas. Me parece tan triste el pueblo y pienso que usted corre tanto mundo. . . . (257; cap. 10)

De hecho, tan triste e insípido le resulta ahora su mundo habitual que se refugia en otro hecho de ensueños y fantasías que giran, naturalmente, en torno al mozo elegante del vagón-comedor. Haciéndolo recusa la realidad: "Rosaura vive cerrando los ojos para mejor poseerse en sus más intensas emociones" (248; cap. 5). Queda "como ausente de lo que le rodea", estado según Moliner característico de la evasión (1: 1243). Philippe Sellier en su libro dedicado al tema de la evasión asevera que "partout se retrouve la caractéristique commune à

toutes les évasions, l'abolition de la durée quotidienne, sa transfiguration en un temps dense et heureux . . ."

(11). Para Rosaura el paso lento y monótono de la "durée quotidienne" cesa de existir: "Ya no son monótonos los días ni largas las horas en el pequeño jardín insospechado, allí en la pampa que canta su eterno cantar de horizonte" (248; cap. 5). Se opera sobre ella una mudanza del tiempo, documentado en el espacio literario por las siguientes anotaciones:

. . . salvo los desconsoladores momentos de la partida dolorosa como un hecho definitivo, la existencia de Rosaura rebalsaba felicidad.  
(259; cap. 12).

Feliz más allá de lo explicable, la pequeña Rosaura . . . vivía evocando recuerdos de entrevistas con el bien amado Carlos. . . .  
(259-60; cap. 12)

La evasión de lo cotidiano consiste en general, según Sellier, en imaginarse que en otra parte existe "la verdadera vida". Puede o no significar una huida de la realidad, pero representa siempre "une fuite hors de la médiocrité de la plupart des jours et des années, la recherche d'une réalité qui vaille de vivre" (12).

La evasión, en el caso de Rosaura, es de naturaleza imaginaria e involucra una huida de la realidad, de su

realidad gris y "lamentablemente simple" según nos comunica la voz narradora (247; cap. 4). La "verdadera vida", la realidad que vale la pena ser vivida, se encuentra para la imaginación de Rosaura en otras partes --lejanas y fabulosas--del mundo, "donde todo es fácil como el ensueño y donde amarse es cumplir el más sagrado de los deberes" (254; cap. 9). Entre las diversas "rêveries d'évasion" consideradas por Sellier se halla la "rêverie sentimentale". Pertenece a la categoría de "rêveries" vinculadas a una metamorfosis interior, así definida por Sellier:

. . . celle-ci a toujours un point de départ "réaliste", mais se délecte d'une rencontre merveilleuse qui arrache l'héroïne à la grisaille de sa vie habituelle. . . . L'amour est vécu comme un incroyable enrichissement sentimental. (23)

Es de obvia aplicación al caso de Rosaura, si atendemos a sus rasgos principales que acabamos de describir. El "amor", que en la realidad no va más allá de una relación "platónica", pero que en la mente de Rosaura adquiere las dimensiones de una gran pasión, produce en ella todo un florecimiento sentimental. Sirven como testimonio de ello estas anotaciones:

. . . ella también se sorprendía de sentir sus ojos así abiertos, como ventanas descuidadas, y

su cuerpo oprimido por extraña aureola de languidez. (245; cap. 2)

Crecía en Rosaura la emoción de un suspiro, más grande que su pecho henchido en la blusa. . . . (248; cap. 4)

En Rosaura . . . florece el milagro de un gran amor. . . . ¡Qué inmenso es ese mundo insospechado! (248; cap. 5)

El alma de Rosaura lentamente se ingiere en su cuerpo. (249; cap. 5)

Esta metamorfosis interior es acompañada de otra exterior. Habiéndose encontrado "abominablemente provinciana" en su ropa de antes, cose en un afán de ser digna de Carlos y parecerle elegante ropa nueva a la moda (260; cap. 12). Tal es el cambio operado en ella que "nadie hubiese, por el traje, diferenciado la antes vistosa pueblerita de amarillo caramelo, de una porteñita a la moda" (262; cap. 15).

Su "rêverie d'évasion" que en un principio le trae felicidad y le hace florecer sentimentalmente, tendrá sin embargo a la larga un efecto pernicioso en ella, ya que resultará en un desequilibrio, diríamos aun una aberración, mental. Dicha "rêverie" le lleva tan lejos

que llega a confundir totalmente el mundo de sus quimeras con la realidad. Su pasión nunca tuvo asidero en esa realidad, primero porque para Carlos el flirt no fue sino un pasatiempo sin consecuencias, segundo porque su condición social hubiese imposibilitado una relación formal entre ellos. La ingenuidad de Rosaura le impide ver que el supuesto amor de Carlos es simplemente el uso de una retórica consuetudinaria que éste emplea ante la inesperada y sabrosa situación con que la propia Rosaura le enfrenta; en cuanto a la condición social de Carlos, ella "lejos de desesperarse . . . exaltó su pasión con aquel nuevo imposible" (253; cap. 8). Al recibir en el momento en que ha llegado al "límite de su gloria", la noticia de que el objeto de su pasión se marchará a Europa queda "mortalmente herida" (261; cap. 14). Cuando Carlos, luego de una larga ausencia, vuelve a pasar por Lobos en tren y le saluda como si nunca hubiese sucedido nada entre ellos, Rosaura cae en el "coma de un dolor intenso" (265; cap. 19). Y cuando, en una ocasión posterior, pasa acompañado de otra mujer, aquel mundo quimérico por ella creado se derrumba totalmente. Lo que una vez había sido una fuente de felicidad se ha ido trasformando en una fuente de angustia, de desesperación y, en última instancia, de locura.

De acuerdo con Cirlot "to study, to inquire, to seek or to live with intensity through new and profound

experiences are all modes of travelling or, to put it another way, spiritual and symbolic equivalents of the journey" (164). De las cuatro posibilidades propuestas por Cirlot la que corresponde a la novela que comentamos es aquella de "vivir con intensidad una experiencia nueva y profunda". Una experiencia nueva y profunda que en el caso de Rosaura se recubre de todos los atributos inherentes a una definida evasión y rechazo de la realidad concreta. Dentro del marco diseñado por Cirlot centremos ahora la peripecia vivida por Rosaura.

Peripecia es, leemos en Moliner, "un suceso imprevisto que rompe la continuidad o la monotonía" (2: 708). El suceso imprevisto es, en nuestra nouvelle, la aparición de Carlos que en un principio rompe la monotonía de la vida habitual de la pueblerita, pero que con el tiempo romperá también, decisiva y dramáticamente, la continuidad de esa vida. Rosaura--chica, como dice el propio R.G. en su carta autobiográfica a Torre, "que representa el alma del pueblo" (32)--se enamora del forastero, imagen viva de un mundo distante y superior, ideal que pasa "sugiriendo grandes ensoñaciones irrealizables" (257; cap. 10). Ensoñaciones intensamente vividas por la muchacha y nacidas de la "nostalgia irremediable de las cosas sencillas hacia la complicación de los oropeles vistosos" (263; cap. 16). Tal es su entrega a dichas ensoñaciones que le hace olvidar la distancia

infranqueable que media entre los dos mundos.

Al alejarse de su ambiente se aleja al mismo tiempo de sí misma,<sup>3</sup> sale por decirlo así de su propia autenticidad. El extravío de su yo resultante de una "rêverie d'évasion" llevada al extremo, consta ser tan profundo y radical que al producirse el desengaño final, Rosaura no puede rescatarse, como lo pudo hacer Raucho, no puede volverse para atrás. No le queda otra opción que suicidarse. El extravío de Raucho, menos radical que el sufrido por Rosaura, pudo ser reencauzado a tiempo. Su viaje le llevó de vuelta a casa, a sí mismo, de acuerdo con la teoría de Magris. El de Rosaura--bien entendido que simbólico--representa por el hecho de no poder cerrarse por una vuelta al "punto de partida" un ejemplo, único en R.G., del viaje rectilíneo.

Este tipo de viaje significaría siguiendo la tesis de Magris, una huida definitiva de casa, siendo por lo tanto un viaje sin retorno. El viajero rectilíneo es un destructor de valores, sobre todo de "quel primo valore sul quale si fonda la millenaria civiltà occidentale . . . cioè l'identità individuale" (5). En su proceder aniquila tal identidad, "si getta via"; es un viaje en que "l'individuo cerca di protendersi oltre la stessa fisionomia tradizionale dell'individualità . . ." (6).<sup>4</sup>

Rosaura huye definitivamente de la realidad. Se evade de su ambiente y de sí misma. Se lanza en la imaginación

al mundo ajeno, movida por un "impulso fuera de los límites tradicionalmente establecidos" (Bordelois 86). Borra en el proceso su propia identidad. El trágico desenlace de su aventura hace evidente que para R.G. no es posible romper con la casa, con el pasado, con la propia continuidad, no por lo menos sin pagar por ello un precio desmesurado.

Esto no sorprende en un escritor quien años antes en una carta a un amigo había pronunciado "uno debe ser un árbol de la tierra en que nació: espinillo arisco o tala pobre" (cit. por Bordelois 38).

## NOTAS

<sup>1</sup> Este tipo de exclamación ironizante, recurrente en la nouvelle como también lo es el uso deliberado de exclamaciones parentéticas y reiteraciones, se debe probablemente a la influencia del poeta francés, Jules Laforgue, muy admirado por R.G.; véase Battistessa 41-53.

<sup>2</sup> Acerca de "inconsútil idilio": un vocablo extraído de la cristología y referido a la túnica de Cristo, es secularizado en el uso que le da el novelista en provecho de una profunda definición del que será su tema: un "idilio de estación". La cualidad técnica de lo inconsútil, es decir la ausencia de toda costura (sutura), resulta una irónica alusión a lo que en su mente elaborará Rosaura.

<sup>3</sup> El alejamiento es doble: mental y también físico, si atendemos a las modificaciones que Rosaura ha practicado sobre su vestuario.

<sup>4</sup> Las reflexiones de Magris giran en torno a algunas grandes figuras de la literatura alemana, pero sus líneas generales estimamos son aplicables a este caso particular.

## CAPITULO 8

XAIMACA: DEL ARCO CIRCULAR

## A LA RECOMPOSICION CONJETURAL DEL CIRCULO

Xaimaca, texto que R.G. terminó en París en 1919 pero que no fue publicado hasta 1923, es el diario de viaje de un argentino Marcos Galván [M.G.], quien según se lee en la anotación que funciona como introito al diario y que está fechada el 28 de diciembre de 1916, viaja con el propósito de internarse "hacia los restos de la civilización preincaica" (269).<sup>1</sup> Allí también se definen las condiciones técnicas y económicas necesarias para llevar a cabo tal viaje: tiene consigo "como fortuna, la cantidad suficiente para viajar cinco meses" y como "carga personal, indispensable" sus baúles y documentos (269). Viajero por lo tanto adinerado e integrante, presumiblemente, de la misma clase social del propio R.G.<sup>2</sup> como lo fue también Raucha. Viajero además que, según nos informa, lleva como "bagaje moral" su gran curiosidad y cuyo propósito mediato es el de autoexplorarse:

Ante todo quisiera personalizar mis sensaciones, como si fuera mi viaje un punto de partida hacia algo definido. / Las cosas se inscribirán en mí según mi idiosincrasia, y me interesa tanto observarme, que quiero, a diario, fijar mi modo de reaccionar ante los incidentes nuevos. (269)

Tal modalidad, es decir el viaje como medio para la autoobservación, no era por supuesto nueva; como anota Dora Pastoriza de Etchebarne, los escritores románticos habían dado categoría literaria a lo que ella llama "narración trashumante", la cual "permitía entremezclar -sobre el escenario del paisaje descripto- los sentimientos personales del autor y sus diversas reacciones ante lo observado" (35). Ara coincide con Pastoriza de Etchebarne y sitúa a Xaimaca dentro de la tradición francesa del viaje como un "modo de andar por caminos interiores que el paisaje extraño refleja", cuyos exponentes más importantes entre los románticos fueron Gérard de Nerval y Alphonse de Lamartine--Ara encuentra un parentesco entre aquél y R.G. debido a la propensión de ambos a "penetrar en los móviles de los actos humanos"--y entre cuyos más destacados sucesores se cuentan Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Valery Larbaud y Paul Morand (209-10), todos escritores a quienes había leído R.G. Escuchemos al final el testimonio de Amelinckx que suplementa los de Pastoriza de Etchebarne y Ara. Este especialista en literatura francesa señala al hablar de L'itinéraire de Paris à Jérusalem de René de Chateaubriand: "Le moi romantique s'installe dans le cadre du voyage. Les pays visités, les paysages décrits deviennent les miroirs des émotions du voyageur" (192).

Volvamos ahora después de este pequeño excursio a Xaimaca. M.G. parte tres días más tarde, el 31 de diciembre, de la estación Retiro de Buenos Aires a bordo de un tren del Ferrocarril del Pacífico, rumbo a Mendoza. El tren sale a las ocho de la mañana, pasa por Mercedes a las once menos veinticinco, por Alberdi a las tres y diez; tramo que corresponde a un paisaje bien familiar a los lectores de R.G. y visualizado aquí de manera muy personal por el viajero:

Poco a poco menguaron las arboledas. . . . y clara, como un abra entre montes, se despobló con sus arideces naturales la pampa. / Desde nuestra pequeña altura de hombres ínfimos, cortamos en breve tangente un segmento de planeta. Más allá, fuera de sospecha, sigue el mundo; mundo vale decir pampa. Pampa madre, creadora en mí de una gota de savia que quiere hacerse canto. (270)

Tramo además en que él traba relación con un caballero de su clase social de apellido Peñalba, del cual nunca conoceremos el nombre, y con su hermana, Clara Ordóñez [C.O.], mujer bella, ensimismada e indiferente.

El 1 de enero alrededor de las seis de la mañana es la llegada a Mendoza y el trasborde al tren del Ferrocarril Trasandino que les llevará a Santiago de Chile. Durante la espera en el andén donde hay "olor a

espacio", se hace visible la intensión de nuestro viajero frente a la aventura cercana:

Al otro lado está el pequeño Trasandino, estuche del cual brotará lo maravilloso. Confiada, la maquineta bufa, echando por la válvula la sobra de su vigor, y hay en ella un orgullo de serrano a quien nadie puede seguir por los empinados senderos. (271)

Concepción del tren que es como un anticipo de la gran celebración poética que de él haría R.G. años más tarde en "Le Pacífic".

A las seis y media de la mañana comienza el viaje trasandino: la visión de aquel paisaje montañoso, "aspiración a lo perfecto", "caótica cristalización", "rezo de piedra", "Dios del silencio", "esfinge geológica" como se leyó en el poema "Aconcagua" de El cencerro, es inseparable del ritmo del tren, condicionado éste fuertemente por la particularidad del sistema de cremallera, indispensable en un tren de alta montaña. El ojo del viajero funciona aquí como el ojo de la cámara sobre la plataforma rodante que permite el travelling en el lenguaje cinematográfico, de acuerdo con la definición dada por Henri y Geneviève Agel: "Le travelling avant peut être utilisé pour distiller en quelque sorte la pénétration insensible dans un monde envoûtant et mystérieux" (38).

Paisaje misterioso y mágico al cual el ritmo del tren imprime una cualidad dinámica:

. . . sofocante, el horizonte montañoso se nos viene encima, en azulada amenaza de avalancha  
 . . . . Pendientes, en cuyas laderas la imaginación resbala en vértigo de pesadilla  
 . . . . La flacura fría del aire sorprendente como un mareo místico, y las multicromas vetas de la piedra, otrora levantada y resquebrajada por innumerable fuerza, dan la idea de que vamos por una arista próxima a las influencias vertiginosas de los astros en rotación. (272)

Paisaje que abrumba no sólo física sino también espiritualmente al viajero: "Esto pasa por sobre mí, como una genial locura planetaria, y me aferro a los detalles del riel, para no descentrar mi espíritu humano en aspiraciones de mundo" (272). La última frase parece por su implicación de lo que podríamos llamar "atracción cósmica" un lejano eco del verso del poema "Viajar" de El cencerro que dice: "Imaginarse como disgregado en la atmósfera, que lo abraza todo".

La llegada a tierra chilena provoca en Peñalba, compañero de viaje, el siguiente comentario:

¿No siente la nueva influencia? . . . Estamos ya en el viento del Pacífico. El aire es otro en este espacio de montañas en mengua, que nos va a

depositar al nivel del mar desconocido. Por él se puede tirar rumbo . . . a todos los países viejos en cuyos templos ruinosos se recibe el bautismo de las filosofías madres. (272-73)

En boca de éste serán puestas numerosas reflexiones sobre el viaje elaboradas con frecuencia en tono casi flaubertiano, reconocible en el presente microtexto; Peñalba desempeñará el papel de guía, será "maestro de ceremonias a cargo de latitudes, rumbos y medidas" (Harss XXVII). A la una de la tarde es el paso por la aduana, experiencia desagradable para nuestro viajero, cuya irritación es aumentada por la consiguiente espera debida a "la pésima combinación de trenes" (273).

El 2 de enero llegan a Santiago de Chile; la descripción inicial de dicha ciudad es escasa y producida en un estilo casi telegráfico:

Un estadio de montañas conteniendo el valle del Mapocho. Hacia el Este, los picachos de la cordillera son altos hasta afrentarse de nieve. En el valle, la ciudad. / En la ciudad, calles rectilíneas, asfaltadas o terrosas, corriendo entre la edificación pareja. (274)

La parquedad puesta a prueba en la descripción es claro indicio de un cierto mal humor que afecta al descriptor. M.G. padece ese mal humor no como resultado de su exposición a los paisajes y particularidades de la

capital chilena, sino como consecuencia de verse ignorado por C.O. a la que ya ha erigido en interlocutor privilegiado: "Me falta una persona a quien comunicar mis impresiones, mejor dicho, con quien compartirlas, pues la persona en quien pienso no admite el comentario voluble" (274). Se corrige en seguida mediante una autoburla irónica: "¿Mi viaje puede depender de tales tonterías? Al fin y al cabo, Clara Ordóñez no es más que una hembra, y yo me estoy idiotizando con romanticismos de versificador exangüe" (274). La ironía es una de las notas características de su estilo, al cual confiere, como bien anota Ghiano, cierta complejidad, cierta "disparidad emotivo-intelectual" (Introducción 92).

Permanecerán en Santiago una semana, hasta el 9 de enero. Hay descripción de dos excursiones realizadas durante la estadía, una--típica excursión de turista--al cerro de Santa Lucía, la otra al cementerio de la capital, de lúgubre tono romántico. La primera se hace a la hora del crepúsculo, hora por excelencia de contemplación y de quietud para nuestro viajero, como él mismo lo declarará repetidas veces a lo largo de su diario:

La luz decrece y las montañas acumulan una densa atmósfera violeta. Clara Ordóñez está a mi lado. Esta hora de silencio es la suya, y toda la vaguedad que vaya cayendo en el valle parece fluir de sus pupilas. No anhelo nada. ¡Si

podiera estirar este mi estado de ánimo sobre  
toda mi vida! (274)

Estamos aquí obviamente frente a un viajero cuyas urgencias personales difieren mucho de las de otro viajero güiraldiano, Raicho. Resulta en este contexto indispensable recordar lo escrito por R.G. en El sendero: ". . . la busca de la felicidad -no como consecución de placeres, sino como sentimiento de comunión- ha sido un constante anhelo que busqué por caminos errados" (520). La primera definición se deja aplicar a la aventura de Raicho, mientras que la segunda sería aplicable a la de M.G., viajero en búsqueda de paz y serenidad, quien en aquella hora crepuscular se sintió identificado con la naturaleza y con C.O.

El 9 de enero, a las nueve de la mañana, prosiguen viaje. Van a Valparaíso en automóvil y la correspondiente anotación se centra en las vicisitudes del viaje. El camino está casi impracticable y los viajeros "[van] desriñonándo[se] como en un potro entre pozos y cantos rodados" (276). Al llegar a la cuesta de Zapata, M.G. sufre "la impresión desagradable" de haberse metido "en la espiral de un aparato destilatorio" (276). Dos sucesivos incidentes les obligan a esperar en una población, Curacaví, a que lleguen coches de reemplazo que finalmente les conducirán a Valparaíso. La visión del paisaje en este último tramo del recorrido corresponde al

ritmo desarticulado del automóvil:

Los arbustos se agazapan amenazando la orilla del camino que, ora cae hacia un bajo en cuya incógnita oscuridad los faros van exasperando los colores en descanso, ora sube proyectando nuestra vista hacia la tranquila lontananza de las constelaciones. (280)

El 10 de enero, a las cinco de la tarde, se embarcan en el Aysen el cual, por una información contenida en una página posterior, parece ser un barco mixto de carga y pasajeros (307). El diarista anota: "Impaciencia de salir. Encerrado en el puerto, el barco parece empequeñecerse; es necesario que se abra a la luz, que el viento lo penetre, llenándolo de ráfagas salinas" (280). Lograda imagen impresionista en que el viajero mediante el recurso de la prosopopeya traslada su propia ansiedad de movimiento al barco. Tal ansiedad parece compartida por Peñalba quien "se siente amplio de recuerdos, como si fuera a hacer rutas anteriores" (280). Es reconocible aquí un tono irónico y burlón que será característico de la actitud de M.G. frente a Peñalba a lo largo del diario. La anotación se cierra con una referencia al contrapunto entre el ritmo del barco y el ritmo del mar: "Hácese más pausado el ritmo marino que será durante varios días nuestro canto de cuna" (281).

El 11 de enero el barco hace escala en la rada de

Coquimbo, "amplia bahía entre cerros, que son la agonía de los Andes viniendo a derrumbarse en el océano" (281). A mediodía es la salida; Peñalba se pone, según su costumbre, a perorar sobre el viaje:

Lo que llamo viaje es un andar a través de climas. Necesito por lo menos un retazo de trópico. Usted debería seguir con nosotros hasta Jamaica. Entonces estaría seguro de haber puesto en usted el vértigo que se goza rayando mundo en derroteros nuevos. (282)

El pasaje resulta interesante no sólo por la información concreta que contiene, la cual influirá de manera decisiva en el itinerario de M.G., sino también por la definición que allí hace Peñalba del viaje. Imposible no pensar en y comparar con otra contenida en El sendero:

Largarse, a revolcón limpio por los continentes, es como hacerse mano que acaricia un cuerpo y volverse deleite en variados encantos. ¡Oh, calores y fríos, selvas, desiertos, montañas, océanos y hielos polares! (533)

Ocurre que esta nota íntima corresponde al viaje real de R.G. a Jamaica sobre el cual, como ya sabemos, se teje su novela epónima. M.G. tiene sin duda mucha de la sensibilidad de R.G., pero en el microtexto recién citado se hace evidente que éste a veces también habla a través de Peñalba, o sea R.G. reparte su sensibilidad entre los

dos personajes.

Otro fragmento del discurso de Peñalba es al respecto más ilustrativo aún:

Cuando quedo en un puerto viendo partir la masa pesada de un vapor, los primeros paletazos de la hélice hacen indecisas mis pulsaciones, como si fuera a dormirme en un jadeo rítmico, con amplio goce de marcha al desconocido. / Recuerdo haber ido a las estaciones a dejarme incitar por el paralelismo de los rieles. / Para muchos, el viaje es fuga; para mí es llamado. (282)

Este microtexto, de éntonación poemática, hace inevitablemente pensar en aquel constante impulso a viajar, en el "tener alma de proa", en la atracción irresistible del horizonte--sea de mar, de llanura o de montaña--tantas veces expresados por R.G. en sus textos y que examinamos oportunamente. R.G. así como los protagonistas de sus novelas corresponden al tipo de viajero que viaja "non per fuggire, ma per arrivare al cuore della vita" en palabras de Magris (4). Notemos que la frase "Para muchos, el viaje es fuga; para mí es llamado" ha sido atribuida por algunos críticos a M.G. (Ghiano, Introducción 92; Harss XXIV). Sin embargo, una correcta lectura deja bien en claro que hasta la expresión "para mí es llamado" es Peñalba quien habla, pese a que tipográficamente no quede esto del todo

evidente. La costumbre de R.G. de usar reiterados puntos y apartes en sus textos poemáticos--y éste en última instancia lo es--resulta responsable de dicha dificultad de lectura. La anotación se cierra con otra alusión, en que se destaca la prosopopeya, al ritmo del barco: ". . . me duermo tranquilo . . . mientras compasadamente el barco pulsa los hondos porrazos de sus férreas arterias" (282).

El 12 de enero, a la vista de Taltal M.G., llevado a proa por Peñalba, anota: "El sol es una gran infusión vivificante; el mar alarga mis inquietudes en un vigor salino de primer éxtasis vital" (282). Alegría de vivir inseparable de la experiencia viajera e igual a la que ya había experimentado en la estación ferroviaria de Mendoza cuando se ingirió en él el "olor a espacio". Dichas inquietudes no son ajenas a un sueño reciente en que C.O., a la que todavía no ha logrado acercarse, había quedada atrás en el muelle de algún puerto. Más que el sueño nos interesa el comentario con que M.G. lo acompaña: "En todo esto hay como la evocación de otra vida llena de promesas ilusorias, en que se suceden muchas zarpadas de bahías ignotas" (282). Hace pensar inevitablemente en el siguiente verso del poema "Viajar": "Crear visiones de lugares venideros y saber que siempre serán lejanos, inalcanzables como todo ideal". Hay una simetría que no radica en los vocablos usados sino en el

paralelismo de las ideas: el humano impulso de viajar; la necesidad de construir en la imaginación viajes a "lugares venideros . . . lejanos" / "bahías ignotas" aun sabiendo que son "inalcanzables como todo ideal" / "promesas ilusorias"; la eterna "nostalgie de l'ailleurs" del ser humano.<sup>3</sup>

Ya en el puerto de Taltal, M.G. y Peñalba hacen en un carruaje ruinoso una excursión por el pueblo, no menos pobre y miserable. Al día siguiente, a las once de la mañana, hacen escala en Antofagasta "puerto más vasto que el de Taltal" (285). La llegada y una excursión por la ciudad reciben escasa atención; de nuevo la presencia de C.O. se interpone entre M.G. y el paisaje. El 14 de enero anota: "Hace bien respirar este aire salino y grande, al que me voy acostumbrando como a los detalles del barco. . . . Mi vista se empampa en las lejanías del agua, rumbo indefinido" (286). Es visible aquí que M.G. pese al deslumbramiento producido por C.O., ha recuperado su habilidad para la lectura del paisaje y el interés por practicarla. Notemos que es costumbre de R.G., frente a dos sensaciones paralelas y simultáneas, el transferir los atributos de una de ellas (vastedad del mar) a la otra (vastedad / grandeza del aire) que le acompaña. En la segunda frase del fragmento recién citado formula como una nueva acepción del "beber lo que viene" del poema "Viajar". Resulta interesante el uso del verbo

empampar--verbo obviamente inventado por R.G.--mediante el cual equipara el mar a la pampa, espacios ambos vastos y abiertos a cuyo horizonte infinito no se accede jamás. Dice bien Harss: ". . . el horizonte poético y ontológico -la invitación al viaje- de pampa o mar es el mismo" (XXV).

El placer que produce el pasaje en el viajero, ser disponible por excelencia (Mathé, L'aventure 11), parece obnubilar pasado y futuro creando un presente continuo vinculado a lo que el viajero está viviendo:

Una modorra de plenitud va trocándome inerte  
sobre el duro descanso de madera. . . . / Con  
pausa de idea definitiva va estableciéndose en  
mí la certeza de que ésta es la vida: Una  
absoluta pertenencia al presente. (286)

Dicho placer que favorece su apertura al paisaje, quizás no sea ajeno a la "reducción geográfica" de montaña a mar mencionada por Ghiano (Introducción 91) y al ritmo lento y cadencioso del barco que produce en el viajero una mayor relajación. El estado de ánimo experimentado por M.G. se puede inscribir en las proposiciones generales apuntadas por Leed en cuanto a las "seducciones del pasaje":

Insofar as travelers are able to place  
themselves within the conditions of motion and  
forget about those places external to that

motion, passage absorbs them into its characteristic order, purifies, becomes addictive and a pleasure and motive in itself.

(76-77)

Una escena marítima presenciada poco antes de la llegada a Iquique hace más palpable aún su goce del paisaje: "Penetrando la cristalina tersura del océano muy pacífico, nuestras pupilas se dejan acaparar por aquel milagro vital, cuya causa y objeto ignoramos, para bien de nuestra fantasía . . ." (287). Escena contemplada en silencio por M.G., viajero quien frente a la naturaleza tiende a interiorizar sus sentimientos, mientras que Peñalba según su costumbre exterioriza los suyos. Durante una comida en un hotel en el puerto de Iquique, Peñalba rodeado de un loro de "ecuatorianos brillos", cuatro micos y dos ardillas lugareñas, "saborea sus jaibas con atención de relojero"; mientras lo contempla, M.G. se complace en la siguiente reflexión: "Constato que para ser turista hay que tener muy poco quehacer interior" (288). Interesante reflexión no sólo por la definición que da M.G. del turista, sino también por la distinción, implícita, que hace entre Peñalba, turista con poco quehacer interior, y él mismo, viajero con mucho quehacer interior. Mencionemos que M.G. está cambiando de idea en cuanto a su itinerario original; ello se debe a los discursos convincentes de Peñalba sobre Jamaica y en no

menor grado a su atracción por C.O.

El 15 de enero el barco echa ancla en el puerto de Arica; M.G. anota: "A la derecha de la población, el morro se afirma como una frente porfiada, leyendo calma en el azul sereno que sabe viajar más allá de los horizontes" (288). No sólo el viajero sino también las cosas que le rodean están energizadas por el impulso de viajar, por la "sed de horizonte" de que hablamos en otro momento. En este caso se trata del "azul sereno", alusivo al cielo, que se diferencia del ser humano por ser capaz de viajar "más allá de los horizontes". La prosopopeya, elemento importante en esta imagen impresionista, será el recurso estilístico más saliente del diario. Juan Collantes de Terán quien estudió a fondo su significación en Xaimaca, hace las siguientes observaciones:

El protagonista realiza un largo viaje, en el que el contacto con la Naturaleza tiene que influir poderosamente en su alma, ya que fiel a la consigna que se ha impuesto al iniciarlo, personalizará las sensaciones que el paisaje puede ofrecerle. (101)

Y esto lo logra, según el crítico sevillano, atribuyendo constantemente a la realidad exterior cualidades humanas, reproduciendo así "la impresión de las cosas sin atender a cómo sean ellas objetivamente, sino a la forma cómo se aparecen ante los ojos del observador" (102-03). M.G. crea

en otras palabras su propia y muy personal "geopoética" (White 190).

En Arica toman un tren para ir a la localidad peruana de Tacna. El paisaje visto desde el tren, "trencito de coyunturas adoloridas," es gris y triste: "Aparece la irrevocable desolación de una llanura ondulada. . . . / Afirma su dominio una planicie grisácea. . . . Hacia ambos lados prosíguese el mismo espectáculo aterido" (289). Observación aparentemente leal del paisaje a la que es lícito pensar exenta del subjetivismo que en general caracteriza la actitud de M.G. frente a la realidad exterior. En el tren de regreso se produce entre éste y C.O. un gran desencuentro verbal que luego se remedia gracias a una carta de C.O. en que ella explica su mutismo e indiferencia.

Las anotaciones correspondientes al 16 y 17 de enero carecen de señales sobre la posición del barco. Ambas se refieren a la situación sentimental de M.G., la cual pese a la carta de C.O. sigue indecisa. A su declaración de amor ésta no ha dado respuesta. El estado de duda y ansiedad experimentado por M.G. influye inevitablemente en su fruición del viaje y por extensión del paisaje: "El barco, el mar, la vista de la costa . . . son distracciones ya imposibles. Lo que antes pudiera haberme apasionado como tema de primer plano, desvanécese en simple fondo de retrato" (292). La primera de estas

anotaciones se cierra con una referencia al aire marino y al ritmo del barco: "Hácese denso y fuerte el aire salitroso. Las máquinas toman importancia de reloj en el silencio de nuestro andar tranquilo" (292).

En la anotación que corresponde al 18 de enero vuelve a indicar la posición del barco: han dejado atrás la costa chilena y encuéntrase frente a Infiernillo, en la costa peruana. Sigue inalterable su situación sentimental y ésta continúa incidiendo negativamente en su apreciación del paisaje: "Hace una lúcida tarde, que días antes hubiera satisfecho mi ansia de espectáculos nuevos. Pero la duda que llevo dentro es como un ancla que me impide salir hacia la vida serena" (293). El segundo término de la comparación contenida en la última frase de este fragmento resulta, desde el punto de vista semántico, interesante para nuestros propósitos. Como allí se ve el viaje ha penetrado incluso en la elección de los vocablos con que el diarista construye su discurso: ancla podría haber sido sustituida por obstáculo o valla; sin embargo este atributo esencial del viaje por mar es convocado para la expresión de un estado emocional. Como consecuencia de la decisión tomada por Peñalba, M.G. en vez de desembarcarse en Perú como originalmente planificado, seguirá viaje hasta Jamaica. Ya ha recibido claras señales de que esto es lo que quiere C.O. Se produce pronto un acercamiento entre ellos gracias a las

notas tomadas por M.G. durante el viaje y las cuales él ahora va leyendo a C.O. quien revela ser una Roxane sudamericana.<sup>4</sup> En un flash-back el lector se ve enfrentado por segunda vez a dichas notas o, para mayor precisión, a una astuta selección de ciertos fragmentos de ellas. Esta relectura es dentro de la economía de la novela similar al conocido mecanismo del teatro dentro del teatro, cuyo espécimen más saliente está contenido en el Hamlet de Shakespeare.

La anotación correspondiente al 19 de enero no lleva indicación de la posición geográfica; está también ausente allí la descripción del pasaje y del paisaje. Se reduce a lo estrictamente personal. El 20 de enero, a las once de la mañana, entran en la rada de Paita, última escala peruana. M.G. vuelve aquí a mostrar interés y curiosidad por el paisaje, el cual durante la mayor parte del viaje por la costa peruana había sido ignorado y silenciado por el diarista, absolutamente distraído para la realidad exterior: "Para decir la verdad, he olvidado completamente los puertos. Sé que hemos estado en Mollendo y en el Callao [puerto de Lima], porque recuerdo el paisaje que corresponde a cada palabra dicha por Clara" (296). Las urgencias personales de M.G., viajero en búsqueda de paz y serenidad, se intensifican a medida que avanza el diario. Una escena clave por su densidad espiritual es aquella en que, poco después de la llegada a Paita, C.O.

lee una carta de M.G. en presencia de éste. Es para ella un momento de "Gracia", para nuestro viajero uno "vidente, claro e inexplicable": "Mientras callamos, crece mi exaltación, si es que puedo llamar así al estado de sereno éxtasis que me enajena" (297, 298). Este pasaje adquiere su verdadero significado si se lo enmarca en la anotación que recibe en El sendero, donde R.G. manifiesta: "Intuición del estado extático es el pasaje de Xaimaca en que Clara lee la carta de Marcos. / Toda exaltación llevada a su máximo debe forzosamente, habiendo llegado a un límite, entrever el paisaje (?) del más allá" (522).

Este viajero que hasta ahora había practicado la lectura del paisaje real en sus diversas fisonomías y particularidades, penetra en este momento la intimidad de otro mundo, irreal, espiritual, que implicaría un paisaje desmaterializado, trascendente. Obviamente el signo interrogativo cumple una función precautoria respecto de la dimensión metafísica que se ha querido dar al vocablo paisaje. Momento de completo olvido corporal, libre de "mezquindades terrestres"; momento de revelación en que la eternidad y el tiempo se intersecan:

A pesar del desenlace forzoso de mi vida,  
comprendo que he vencido la muerte y el tiempo  
en ese instante en que, fuera de mi limitación  
individual, unido con Clara, he sido el amor  
mismo en todo su poder abstracto. . . . / Ya lo

esencial nos liga fuera de nosotros mismos . . .  
 y continuará flotando sobre nosotros, inmutable  
 e indefinible. (297-98)

La anotación correspondiente a esta fecha se cierra con una referencia, cargada de prosopopeya, al ritmo del mar y del barco: "Afuera el mar se tiende suave y largo como una cuerda musical vibrando en sordina. Algo late en el alma del barco y cuchichea el agua envolvente contra sus flancos lisos" (300), y con una nota alusiva al momento de revelación recién vivido: "Unica misión [anhelar un más allá], en verdad, para los que pasamos tan pronto y sin saber para qué. Llegar al absoluto olvido, que es como morir ejerciendo la vida. . . . / Dolor de nunca llegar por quien se agranda el deseo" (301). La última frase encuadra ajustadamente en la teoría sostenida por R.G. respecto del viaje, según la cual el viaje es concebido como un "constante andar tras un ideal inalcanzable". El "dolor de nunca llegar" aquí expresado se transformó luego en la convicción de que no había que llegar; que el sentido del viaje era el viaje mismo; que llegar no era sino un pretexto para partir.

Sigue a esta anotación otra, la del 21 de enero, muy lacónica: debido a una indisposición sufrida por C.O., M.G. está distraído para la realidad exterior. A las nueve y diez de la noche pasan la línea ecuatorial, donde hay una "temperatura increíble" (301). El 22 de enero, día de

mal tiempo, día en que "es bueno arrinconarse al abrigo del ritmo monótono, que entenece nuestra oceánica soledad en la bruma ciega" (302), M.G. continúa la lectura de sus notas de viaje. La "sensación ampulosa de final" que produce en los viajeros el crepúsculo les hace recordar que al día siguiente llegarán al Golfo de Panamá, "prontos a cortar el continente" (302). Peñalba perora en tono casi profético: "¿Se acuerda, Galván . . . cómo hablábamos de la influencia nueva al cruzar la cordillera y de los proyectos que podían zarpar de Valparaíso? Ahora nacemos a la probabilidad de mil ilusiones distintas" (302-03).

El 23 de enero, a las cinco de la tarde, perciben desde lejos la ciudad de Balboa. El barco "exuda la alegría de una pronta llegada" y el pesado clima tropical "hace desvariar a Peñalba, que comenta selvas de la India fantástica" (303). Resulta interesante la descripción de la llegada del barco al puerto de dicha ciudad:

El esfuerzo de las máquinas ha dejado de acompañar tiempo y distancia en el interior del barco. Ya no retuerce el agua la hélice propulsora. Muere el impulso en decreciente deslizamiento, que a poco para en silente estabilización. (303)

El decreciente ritmo de la prosa duplica el decreciente ritmo de las salas de máquinas de un navío que se prepara

a cruzar el Canal. La quietud de Balboa hace meditar a M.G. sobre las características del paisaje tropical: "Uno llega más a la materia y es casi un placer observar que las cosas no tienen espiritualidad. Siento el agua por el agua, la luz por la luz, el aire por el aire . . ." (303).<sup>5</sup>

Meditación que coincide con y es amplificada por otras acerca del mismo tema contenidas en uno de los textos de Semblanza de nuestro país; allí la relación entre el hombre del trópico y su clima es visualizada como "sentimiento de comunión" (78-79). La anotación se clausura con esta imagen impresionista de una escena nocturna:

El barco se duerme soliviado por el agua de lentas ondas. . . . Las constelaciones gotean todo su oro sobre el sueño umbrío del mundo. Es buena dejar que la vista se estire hacia las lejanías. Mirar muy lejos es algo así como cerrar los ojos. (304)

Resultan de particular importancia las últimas dos frases. Además de formular una nueva acepción del "beber lo que viene", R.G. indaga aquí en la reacción introspectiva que provoca en el viajero la contemplación de aquel vasto espacio; reacción similar a la producida por la contemplación de la pampa en el gaucho, examinada oportunamente.

El 24 de enero cruzan el Canal de Panamá. El diarista

se deleita anotando las particularidades del complicado viaje a lo largo del Canal, por entonces una maravilla de ingeniería hidráulica que centraba la admiración del público. Del paisaje correspondiente a los lugares atravesados--Miraflores, Pedro Miguel, el Paso de la Culebra, Gatún--forja una imagen singularmente lúgubre y espectral:

Por las vastas regiones anegadas se extiende un bosque desprovisto de hojas: ejército de esqueletos en pie, cuyos últimos huesos se pudren de humedad. Las raíces beben como un alcohol aquella sobrada abundancia y una muerte por saciedad ha subido a lo largo de los troncos. . . . Necrópolis botánica que se agranda kilométricamente, como si quisiera apoderarse del mundo. (306)

Imagen que corresponde presumiblemente a una concreta realidad geográfica y en la que es lícito suponer que pesa más la observación directa que la subjetividad. Al llegar a los diques de Colón, donde pasarán la noche, M.G. prefigura en su imaginación dicha ciudad: "Las sienes oprimidas por el letargo de las aguas sórdidas, trato de imaginar las calles de Colón, su hotel, sus habitantes, y una promesa de vida nueva vence mi sopor . . ." (307-08). Se hace palpable aquí la expectativa del viajero frente al lugar nuevo y

desconocido; expectativa que de por sí es una recompensa, una especie de "viatique du cœur d'avant-départ" (Zbinden 9).

El 25 de enero es el desembarco, el paso por la aduana "llena de bullangueros requisitos en lengua extraña", la vuelta por la ciudad cuyo aire "se llena de alegría africana" y es "como una droga que invita a vivir con pausa de fruta madurando al sol", el alojamiento en el Washington Hotel desde cuyas ventanas se goza la "inmensa alegría azul" del Mar Caribe (308, 309, 311). M.G. comenta así su impresión de llegada: "Asomado a una ventana . . . me aboco al más deseable tema de contemplación. Estoy ante una de aquellas imágenes de libros fantásticos, que dejaban perpleja la admiración de mi niñez" (309). El viajero asiste aquí a la realización de un sueño lejano alimentado por lecturas hechas en la infancia y confrontado ahora con la realidad. Que la impresión causada por la realidad corresponda a la recibida a través de los libros es confirmado por la frase con que termina su reflexión: "Esto es ridículo a fuerza de ser perfecto" (309). Una excursión por la ciudad llena la tarde de los viajeros. Para M.G., apenas familiarizado con el inglés, la experiencia resulta fatigante: "Nada cansa como el andar por un país nuevo, atento a tipos y cosas, entrando en veinte negocios, oyendo cincuenta pronunciaciones de inglés, idioma de

conquista conquistado . . ." (310).

El 26 de enero embarcan en el Abangares, barco blanco de cubierta amplia, con doble fila de ojos de buey y state cabins "agraciadas de ventanas" (311). La salida del puerto de Colón merece al diarista una descripción asaz detallada:

El barco demarra y rompe a andar por el antepuerto . . . La proa se levanta queriendo mirar un punto que le indique su rumbo. Un descenso lento quita a nuestros pies la solidez de un apoyo inmóvil, y experimentamos una momentánea ausencia de ubicación. / Pausado vuelve a subir el barco; algo cruje en las maderas viajadoras. . . . (311)

Vuelve a aparecer en este fragmento un recurso ya conocido: la prosopopeya. La contenida en la última frase nos interesa en particular ya que nos sirve, mediante el uso de la sinécdoque correspondiendo aquí a la fórmula pars pro toto: maderas por barco, la idea de que cuando el viajero viaja, todo lo que le rodea viaja con él. En este caso la movilidad de quien posee una sala de máquinas, es decir motores, hace más sutil el recurso, pues apunta a señalar que el barco pese a ser inanimado posee una cualidad vital, aunque de esencia mecánica. Un fuerte temporal marca esta primera etapa del viaje de Colón a Jamaica. Sus consecuencias serán para nuestro

viajero, no muy acostumbrado a viajar por mar, altamente desagradables: "Mi campo visual se llena de crepuscular negrura marina. . . . Inesperadamente, me siento preso en mareante subida de ascensor y mi vista es proyectada al cielo, como si fuéramos a dar un tumbo en círculo" (313). Peñalba, viajero experimentado y robusto, trata a su menos afortunado compañero con "protección de viejo marino" (312).

Al tercer día, el 29 de enero, el Abangares que "marcha sereno" y cuyas máquinas "saborean en pausado tremor un solemne ronrón de gato acariciado" llega a destino (313). La impresión inicial de Kingston--capital de Jamaica, situada al sudeste de la isla, cuyo puerto natural es uno de los más grandes del mundo (Luntta 128)--resulta decepcionante para los viajeros quienes en vez de la "cosa mansa y blanda" que habían esperado, se ven enfrentados a una montaña "demasiado alta" con "flancos sarnosos" (314). Luego del obligatorio paso por la aduana un automóvil les lleva al Myrtelbank Hotel, en cuya entrada "un escaparate prolijo pretende tentar con sus tarjetas postales, destinadas a hacer triunfales entradas de exotismo en los lejanos e inmóviles hogares" (314). Notemos que el viaje hecho por el propio R.G. a aquella isla distante no sólo geográfica sino también culturalmente era, para su época, muy exótico.<sup>6</sup> Notemos asimismo que ese viaje no correspondía a los hábitos de

la reducida y económicamente sólida clase de argentinos que se permitían viajes al extranjero. La ruta canónica era la de Europa y muy pocos de ellos habían intentado otros derroteros.

A poco de llegar alquilan un automóvil para hacer una excursión isla adentro a fin de escapar de la mala impresión inicial. El paisaje acusa un cambio casi inmediato: "Inesperadamente . . . compacta, fuerte, extraordinariamente verde y jugosa, brota la primera mata de vegetación jamaicana" (315). Desde el jardín botánico M.G. goza una visión total de la isla que se le presenta "tierna y vívida en su mar Caribe, como una enorme palta en bandeja de esmalte azul" (316).<sup>7</sup>

El 30 de enero siguen viaje en automóvil a Port Antonio que dista noventa y seis kilómetros y medio de Kingston. Esta localidad, situada en la costa oriental y cuyo puerto tiene fama de ser el más bonito de Jamaica, fue en el siglo pasado un importante centro turístico (Luntta 155). La descripción del viaje se produce en una prosa cuyo ritmo corresponde al ritmo sacudido del automóvil:

El motor engrana sus velocidades. . . . Los neumáticos trazan en la ruta un silbido pegajoso. . . . / De pronto el cerro se levanta perpendicular. Millares de árboles asoman cayendo de curiosidad sobre nosotros. . . . /

Gradualmente nos ingerimos en el silencio. Mi cerebro carbura a maravilla. / Un ruido seco.

Una cámara chista desinflándose. (316-17)

El efecto que tiene en el viajero ese ritmo ("Mi cerebro carbura a maravilla") parecería similar, aunque de modesto alcance, al producido por el tren el cual, como vimos anteriormente al hablar de "Le Pacific", vehiculizaba "la claridad voraz del pensamiento" y un "admirable trabajo de apurada síntesis". Frente a la naturaleza entrevista en el viaje los viajeros se hacen conscientes de su pequeñez humana: ". . . quedamos súbitamente empequeñecidos por la callada soledad del valle, reconcentrado en el goce de vivir su millón de árboles, hierbas y musgos, bajo la luz melódica de la tarde sujeta entre los cerros" (317). Tal sensación se hace más potente aún cuando vuelven a la costa: "Nos distraemos, porque de pronto nos hemos abocado al mar, cuya superficie y olor nos subyugan" (317). Sensación también experimentada por Fabio Cáceres quien al verse enfrentado por primera vez en su vida al mar, se sintió sorprendido y achicado. De ello podemos con toda probabilidad inferir que lo anotado refleja una sensación privada y recurrente del propio R.G. frente al mar.

A las diez de la noche llegan a un hotel situado sobre la bahía. En una caminata postprandial por la bahía, cuyos fénix y palmeras son un "torvo mandato de

silencio", M.G. y C.O. sienten pertenecer a la noche, escuchándose "como un misterio" frente al "aparente andar hacia lo ignoto" del mar (318, 319). Pensamos inevitablemente en estas palabras de El sendero a través de las cuales lo arriba dicho quizás adquiriera su verdadero sentido: "Escuchar es una gran palabra y casi sinónima de tender. Escuchar es prepararse a la recepción -verdadera comunión- de lo ignoto y esencial" (540). Vuelta la pareja al cuarto de C.O., por cuya ventana "un gran cuadrado azul . . . devuelve la noche exterior, en cuya serenidad las estrellas llueven su calma infinita", y donde permanecerá despierta hasta la llegada de la madrugada, tal sentimiento de fusión con la naturaleza crece hasta tal punto que lleva a M.G. a declarar: "Y dejamos de ser porque pertenecemos" (319). Esta frase, a primera vista algo críptica, resultará más clara si se la encuadra en el segmento de El sendero en que R.G. elabora su idea de la "vida única": "La idea de ser, como centro y fin de mí mismo, me parece risible. La idea de confusión -digamos- con todo . . . me parece más mía" (525). Aquí R.G. adjunta su propio sentir al experimentado por M.G. en ese preciso momento de la novela: "Progresivamente voy sintiendo mi ausencia de aislamiento, en una pertenencia. A lo que ES . . . A lo que ES, más allá de todos nosotros y sin embargo con nosotros" (525). Hemos visto que El sendero funciona como una caja de

resonancia de muchas de las ideas contenidas en Xaimaca; pero en aquél éstas son vertidas en términos de síntesis y purificación que por obvias razones no hubieran correspondido a la economía expresiva de un texto narrativo.

El último día de enero se llena para los viajeros, que todavía se encuentran en Port Antonio, con una excursión en bote a la tarde y otra en automóvil a la noche. El "renacimiento ante la madrugada" vivido con C.O. ha dejado a M.G. en un estado de exaltación que se refleja en el paisaje circundante:

El día anuncia su contento . . . y una tromba de luz calurosa envuelve de alegría todo un viaje ascendente de vidas vegetales. Las plantas parecen estarse escuchando. Hay una inconsciente trama de cariño en el ambiente. (321, 322)

Notemos aquí el entrecruzamiento sensorial y la abundante prosopopeya empleados por el narrador. Como subraya Collantes de Terán es como si todo ante sus ojos quisiera "identificarse en una esencia común" (102). Es también de notar la equiparación de viaje a ascenso, vocablos sinónimos en R.G. según vimos al reconstruir su teoría del viaje y referidos en este caso al mundo vegetal. El estado de ánimo de M.G. reverbera asimismo en la frase: "Mi alma es fresca como la de un niño y tengo prisa por entrar en la significación del paisaje" (322), la cual

además de traslucir la disponibilidad natural del viajero, remite a esa vocación, a esa necesidad de "tener alma de proa" que acompañó al propio R.G. a lo largo de su vida y de sus textos.

En este momento se agrega a la relación un elemento decisivo: el amor físico. M.G. interrumpe su diario; las notas de viaje se trasforman en otras de contenido más íntimo. En el primero de los catorce microtextos que siguen explica el porqué de la interrupción: "Que otros, si quieren, pongan taxímetro a sus vidas. / Me es imposible seguir así . . . haciendo picadillo de mi felicidad" (326); en los restantes, producidos en prosa lírica, canta su exaltación como él mismo la llama. Continúa la mezcla de impresiones externas e internas, pero la casi total ausencia de indicaciones de fecha, de tiempo y de lugar, mantenidas bastante fielmente a lo largo del diario, les confiere una cualidad vaga y borrosa. Dentro de este conjunto de microtextos, nueve tienen que ver con el tema del viaje (2, 3, 5, 6, 7, 8, 10, 11, 14).

En el segundo microtexto hay descripción de un viaje en automóvil. Las componentes del paisaje son como siempre animizadas: "Este blanco delante nuestro es el camino, que vamos matando bajo ruedas cuyo cero sabe de infinito. . . . Y la ruta desnuda su blancura a la vera de la costa. . . . El horizonte quebrado de las colinas

estira sus arrugas" (326). La descripción desemboca en una reflexión sobre la pequeñez humana frente al fondo móvil pero inalterable de lo infinito: "Sólo el mar es indiferente a nuestra carrera, que frente a su inmutabilidad equivale a estatismo" (326).

En el tercer microtexto se describe muy someramente la bahía de St. Ann, situada al norte de la isla, en la zona de Ocho Ríos y distante aproximadamente ciento diecinueve kilómetros de Port Antonio (Luntta 176); población cuyas "escasas manzanas . . . sin tránsito, sin veredas" rodean el hotel como "una tropa de infantería colonial circunda de respeto un teniente europeo a caballo" (326). Imagen burlona sobre todo en boca de quien fue un severo crítico del colonialismo, tal como se puede leer en los textos de Semblanza.

El quinto microtexto contiene un viaje por la montaña en automóvil. Nuevamente el paisaje entrevisto durante el recorrido se expresa a través del recurso de la prosopopeya:

La cinta embrujada del camino tienta aventuras. /  
Los prados caen por las laderas, se redondean en  
en las cimas romas, se ahuecan en la base de los  
valles. . . . La oscuridad se decanta como una  
llovizna transparente y nula. (327)

La primera de estas frases, que es la liminar del microtexto, resulta de particular interés ya que allí

aparece la noción del camino como incitación al viaje, a la aventura--con todo lo que este último vocablo involucra de inesperado, de insólito, de inquietante--y la noción del camino como algo que ejerce sobre el viajero una atracción misteriosa, cautivante (su cinta es embrujada).

En los microtextos 6, 10 y 11 hay recurrente alusión a hoteles de paso que se establecen mediante apuntaciones impresionistas referidas a construcciones de madera, cortinas, escenografía y a la relación entre ellos y el ámbito de modesta arquitectura popular que les da contorno. Están invariablemente vistos desde una perspectiva caballeresca respecto de las aldeas a que pertenecen. Esto que corresponde a la realidad orográfica de Jamaica recibe la atención del narrador a través de símiles tales como el que ya vimos en el microtexto 3: "Las escasas manzanas . . . rodean el hotel . . . como una tropa de infantería colonial circunda de respeto un teniente europeo a caballo", y el contenido en el microtexto 10: "Falso aristócrata, el hotel, colocado sobre una colina, impone su dominio al pueblo" (330). Ambos revelan un cierto desdén del viajero por la posición artificial en que su transitoria morada se presenta ante sus ojos. El procedimiento llega a un tono de auténtico humorismo cuando en trance de describir, en el microtexto 11, el hotel de Moneague dice que éste

"está arriba de su cerro . . . como un tordo sobre el lomo de un carnero lanudo" (330).

El séptimo microtexto abre sobre esta imagen, llena de prosopopeya, de indudable sabor vanguardista: "Qué alegre el camino entre las colinas abrigadas de vegetación, por cuyas laderas hace curvas, trepa y baja, jugando con el aire manso que reposa en los prados o se esconde del sol en las arboledas" (328).<sup>8</sup> Se trata de otro viaje, presumiblemente en automóvil aunque éste no se menciona, que pasea a los viajeros por cañaverales y fábricas de azúcar, que sirven al diarista para elaborar un pequeño cuadro costumbrista.

El octavo microtexto contiene una descripción muy breve del mercado de Montego y una alusión no menos breve al hotel en que se alojan los viajeros en dicho lugar.<sup>9</sup> En el undécimo se describe la salida de un lugar y la llegada a otro: Moneague, pueblo situado en la parte septentrional de la isla, en la zona de Ocho Ríos, antes un importante cruce de caminos en el viaje de Ocho Ríos a Spanish Town (Luntta 176). El paisaje que corresponde a una comarca pastora, es expresado con las habituales atribuciones. El ritmo de la prosa parecería reproducir el ritmo veloz, entrecortado del automóvil:

Incesante vibración que retumba en nuestras  
cabezas. . . . / Sigamos corriendo hacia la  
meta que llevamos paralelamente hasta alcanzarla

en la noche. / La ruta es una grieta entre  
 helechos y jugosos arbustos. / Inextricable  
 reverberar de hojas, troncos y líquenes. . . .  
 (330)

En el décimocuarto microtexto se leen frases de este  
 tenor:

Montañas bañadas de altura. . . . / Enredando  
 en los cerros su opaco deshilachamiento de  
 algodón, flota la nube . . . / Los árboles se  
 personalizan en una noche lechosa. . . . /  
 Campánulas suenan en blanco, violeta, rojo;  
 tenaces fungosidades lepran de rosa, lila,  
 amarillo o celeste los troncos. (331-32)

En este viaje por la montaña, hecho presumiblemente en  
 automóvil, parecería que aquel sentimiento de fusión con  
 la naturaleza--recurrente en la mayor parte de estos  
 textos--hubiera llegado a una máxima intensidad: el uso  
 de la prosopopeya y la sinestesia se amplifica aquí  
 notablemente. La contemplación del mar desde lo alto de  
 una montaña conduce a M.G. a la siguiente reflexión: "El  
 horizonte marino es una incitación al conocimiento"  
 (332), la cual en conjunción con otra que examinamos  
 recién y que se refería al camino como incitación a la  
 aventura resulta interesante, ya que desde los tiempos  
 antiguos el viaje--al cual tanto el camino como el  
 horizonte marino remiten--siempre ha representado el

conocimiento y la aventura, tal como puede leerse en Le voyage de Lefebvre (15).

Se intercala aquí un texto, también de entonación poemática, que rompe con el tema erótico y que introduce liminalmente la reanudación del diario. Se presenta como una nota pictórica atravesada por connotaciones humanísticas que por su posición en el diario es lícito considerar una despedida visual de la isla. Notemos que el ideario político allí testimoniado es similar al expresado en Semblanza.

El diario se reanuda, después de una interrupción de un mes, el 1 de marzo en Kingston. El idilio de M.G. y C.O. ha sido abruptamente cortado por Peñalba quien, enterado de la relación, ha exigido en una entrevista con M.G. que éste vuelva en seguida a Buenos Aires. M.G., obedeciendo a la voluntad de Peñalba, embarca en el Santa Marta, rumbo a Panamá, con previa promesa de C.O. de que se seguirán viendo en Buenos Aires.<sup>10</sup> La salida de Kingston se presenta así:

El barco se abre, se aleja sin retardo ni maniobras complicadas. . . . / Estamos fuera de la bahía. / Jamaica se acabó junto con la tarde, cuya luz se desgasta en decadentes refinamientos de color. . . . / La montaña se amorata bajo un sol roto entre nubes. . . . / Acuáticos lavados de la tarde, ya sé cómo evoluciona vuestra

coloración en derrota; conozco la noche venidera y la lenta transmutación de las cosas hacia el olvido. (337-38; subrayados nuestros)

La tristeza experimentada por M.G. como consecuencia de su separación de C.O. influye visiblemente en su visión del paisaje. Al feliz y alegre correspondiente a su idilio se ha sustituido otro melancólico, nostálgico, expresado a través de los vocablos que hemos subrayado, todos de valor negativo.

En las entradas del 3 y 4 de marzo, días de navegación por el Caribe, predomina lógicamente el sentir personal de M.G. El barco y el mar, que antes hubieran suscitado su interés, no reciben atención alguna. La amistad trabada con Kate, chica joven y alegre, no logra sacarle de su tristeza y soledad, de cuya hondura la siguiente imagen da una buena idea: "La noche es un vasto abandono en derredor mío" (339). La vastedad de la noche simboliza a un mismo tiempo la vastedad del mar y, en palabras de Collantes de Terán, la "ilimitada sensación de la soledad" (107). La entrada del 5 de marzo contiene sólo indicación de fecha y lugar. Tres líneas de puntos aluden al estado de ánimo del diarista, cuyos pesares impiden toda escritura. El 6 de marzo el Santa Marta llega a Colón.

El 7 de marzo a bordo del Huasco, gemelo del Aysen, M.G. viaja por la Zona del Canal, cuyas esclusas y bosque muerto, detalladamente descritos en el viaje de ida,

logran distraerle un poco. A la hora del crepúsculo es la salida al Pacífico, descrita brevemente por el diarista quien ha recuperado, aunque sea momentáneamente, su interés por el paisaje: "Atrás nuestro las luces de Balboa rezan su rosario de cuentas luminosas. Los islotes apenas se delatan en la bahía, como una parcial torpeza del crepúsculo. En uno de ellos titila un faro" (341). La entrada del 8 de marzo lleva como indicación de lugar el Océano Pacífico, la del 9 el Golfo de Panamá. Ambas se refieren a la sensación de dolor y soledad causada por la ausencia de C.O.

En la entrada siguiente que lleva como fecha el 10 de marzo y como indicación de lugar "Costas del Ecuador", tal sensación se agudiza hasta impedir la escritura, lo cual nuevamente es expresado mediante tres líneas de puntos. El 11 de marzo el Huasco hace escala en Paita. La descripción de la llegada se produce en un tono singularmente negativo y siniestro:

Un aire seco, caliente, me envuelve como el  
 presentimiento de un ataque de chucho. . . . /  
 La madrugada se inmoviliza incapaz de decidirse  
 hacia la luz. . . . / La costa, rota como una  
 suela gastada de trabajosos años, espera el  
 sufrimiento del hombre: delirio de su fiebre  
 amarilla. . . . / Suspenso en un aliento de  
 tumba he dado la vuelta del barco. El sol ensaya

un lamparón rojo en el cielo: llaga que quisiera ser aurora en un cadáver. (342-43)

Tono que pronto se intensifica hasta deslindar en el siguiente fragmento con el de la alucinación:

Hacia el Norte, una cuchilla se recorta en líneas frías, como un papel amarillo de tiempo y comido por cucarachas. Atrás, en la tierra de miedo, se agazapa no sé qué amenaza de fantásticas figuras microhumanas, que hieden a cadaverina y tienen ojos enervados por largos insomnios asombrados. (343)

En el viaje de ida no hubo descripción de Paita pues M.G. estuvo en la etapa peruana completamente distraído para la realidad exterior; no sabemos por tanto si esta visión tan negativa y siniestra corresponde a una determinada realidad geográfica. Nos sentimos de todos modos inclinados a pensar que refleja ante todo el estado de ánimo experimentado en este momento por M.G. quien, según su costumbre, siempre lo traslada a la naturaleza circundante.

Habiéndose refugiado en un pequeño salón, M.G. se pone a trazar palabras; en el proceso revive en su mente aquel momento de "Gracia", de éxtasis vivido con C.O. precisamente en Paita y comprende lo perdurable, lo indestructible de su amor por ella, expresado en la frase: "Nuestro amor ha llegado a poderse pasar de la vida"

(344). Las palabras trazadas son éstas:

Tengo abiertas las manos para recoger el sol. /  
 Tengo abiertos los brazos para ampliar mi pecho  
 que llama. / Tengo en el alma un vasto gesto de  
 crucificado. / Y no vienes. / Mi memoria puede  
 ser tu risa y tu cuerpo, tu voz y tus ojos, tu  
 piel y tu cariño. / El recuerdo junta todos tus  
 momentos y pone de frente la línea que en tu  
 presencia debe seguirse como un camino. / Pero  
 en mi espera, abierta como una cumbre, sólo cae  
 el silencio. (344)

Semánticamente el vocablo abierto, usado tres veces, es significativo. Ghiano muestra haber captado bien su importancia y significación al concluir que el viaje de M.G. ha sido el descubrimiento de "las reservas espirituales que lleva en sí el viajero" y que su soledad final "lo deja en madurez germinal, abierta a los mejores llamados" (Introducción 37). La opinión de Ghiano coincide con un testimonio provisto por R.G. en El sendero;

. . . aprender, en el terreno de las capacidades superiores, es abrir ventanas para recibir un beneficio y al mismo tiempo entrever mil ventanas más, susceptibles de presentarnos cada vez mayores perspectivas. (544)

Como en DSS y Raucho, también en Xaimaca el viaje es usado como vehículo narrativo para presentar el crecimiento espiritual del protagonista. Contrario a lo que sucede en aquellas dos novelas en que el proceso de crecimiento es implícito, en Xaimaca es explícito, o sea, el viaje interior se expresa y se confunde desde el principio con el exterior conforme a lo estipulado por el propio viajero en la primera entrada de su diario, comentado oportunamente. El viaje contenido en Xaimaca es, como los contenidos en DSS y Raucho, circular: M.G. parte de Buenos Aires, cruza los Andes y viaja por el Pacífico y el Caribe a Jamaica; vuelve a Buenos Aires por el mismo camino. Si bien este viaje circular no llega a destino dentro del espacio tipográfico, no es menos clara su circularidad--regreso al punto de partida, Buenos Aires--en función de las señales que el texto provee a su respecto. La ignorancia que tenemos acerca del pasado de M.G. aunque no impide referir su viaje circular a los parámetros trazados por Magris, hace que tal referimiento sea más ténue e inestable. Casi diríamos, usando una palabra cara a Borges, conjetural.

Nos parece lícito presumir que M.G. haya tenido una experiencia similar a la de Raucho y que él, como Raucho, haya vuelto a su tierra y, de acuerdo con la teoría de Magris, a sí mismo. La única referencia a la pampa que

hay en el diario es al respecto muy significativa: "Más allá, fuera de sospecha, sigue el mundo; mundo vale decir pampa. Pampa madre, creadora en mí de una gota de savia que quiere hacerse canto" (270). Ghiano ha sido el único crítico que ha reparado en la posible concatenación entre el personaje central de Xaimaca y el de Raucho: "Los aspectos destacados indican una nueva captación del paisaje más familiar a la literatura güiraldiana; constancia profunda en función de un personaje que tiene tanto del alma reconquistada de Raucho" (Introducción 90). Se podría incluso arriesgar la idea de que Marcos y Raucho sean dos máscaras de un mismo personaje, quizás infinitamente próximo al propio Güiraldes. Volviendo a la hipótesis de que hubo un viaje anterior--también puede pensarse que hubo varios dada la situación socioeconómica de M.G.--podemos sacar en conclusión que este viaje no representa la "scissione originaria" estipulada por Magris. Añadamos que no representa tampoco una huída, como en el caso de Fabio y Raucho quienes por diversos motivos experimentaban el deseo, la necesidad de evadirse de su ambiente, sino un "llamado" ("Para muchos, el viaje es fuga; para mí es llamado", 282) o "un punto de partida hacia algo definido" (269).

El viaje esencialmente romántico de este viajero curioso, contemplativo, sensible a la naturaleza, en búsqueda de paz y serenidad, es desviado de su rumbo por

una circunstancia casual, el encuentro con C.O., y desemboca en vez de en Perú en una isla antillana, Jamaica. La primera etapa--31 de diciembre a 29 de enero--, ascendente, está constituida, como sabemos, por el trayecto en parte ferroviario en parte náutico desde Buenos Aires hasta Jamaica. La experiencia del viaje se enhebra en otra, también ascendente, que corresponde a una necesidad de interlocutora por parte de M.G. y que se adquiere merced a un complicado proceso de acercamiento, cuyos altibajos influyen decisivamente en su óptica del paisaje. El momento privilegiado vivido por la pareja en Paita además de agudizar en M.G. su capacidad de apreciación del paisaje y de la experiencia cinemática, confiere a su viaje una dimensión trascendente que perdurará de modo más ténue en la segunda etapa del viaje--29 de enero a 1 de marzo--correspondiente a la estadía en Jamaica.

Mundo cerrado y protegido, como lo es toda isla, con un cielo y mar infinitamente puros, una temperatura dulce y una vegetación lujuriosa, mundo por excelencia exótico y paradisíaco, favorable a las efusiones amorosas (Mathé, L'exotisme 17). En esta especie de Arcadia cuyos paisajes, clima y espectáculos parecen satisfacer ciertas urgencias íntimas de M.G., "florece en carne" en sus propias palabras el amor entre él y C.O. La experiencia erótica conlleva, como vimos al examinar

los microtextos, una abolición del tiempo que se interioriza completamente; un olvido del mundo real: los pequeños hechos e incidentes cotidianos antes anotados con tanto cuidado en el diario no reciben atención alguna, tampoco la recibe la figura del guía, es decir Peñalba, antes tan preponderante; conlleva asimismo un cambio en la óptica del paisaje, que se vuelve alegre y luminoso como resultado de la mutación registrada en la vida sentimental del diarista. La contemplación silente de la naturaleza practicada por M.G. en etapas anteriores del viaje y el frecuente sentimiento de identificación con ella se trasforma ahora gracias a la experiencia erótica en una compenetración o, para usar la palabra preferida por el propio R.G., una "confusión" con ella. (525).

En la tercera etapa--1 a 11 de marzo--, descendente, constituida por el viaje desde Jamaica hasta Buenos Aires, el cual dentro del espacio tipográfico sólo llega a Paita, Perú, M.G. anota las sensaciones de dolor y soledad sufridas como consecuencia de la reciente separación de C.O. El paisaje, como siempre espejo de las emociones del viajero, se vuelve triste, melancólico, funesto. Tal soledad será sin embargo necesaria para que se de cuenta de lo perdurable, lo indestructible de su amor por C.O., interlocutora ideal. Su dolor, aunque profundo, no significa desesperación: sabe que el amor

existe. El viaje exterior proseguirá; en cuanto al interior este momento es de considerar como el punto de llegada, el "definitivo encuentro consigo mismo, la supresión de lazos oscuros" en palabras de Ara (211).

La experiencia vivida por M.G. ha significado en cierto sentido un viaje al centro de sí mismo, una expansión de su consciencia y por lo tanto de su existencia, una breve pero verdadera iniciación espiritual. De la teoría de Magris es aplicable a Xaimaca por lo que se ve sólo su corolario. Si bien esta novela se diferencia de DSS y Raucha en que no hay en ella la "scissione originaria" respecto de la casa y la posterior, consecuente revaloración de ella, es obvio que a su final se cumple aquel autodescubrimiento estipulado por Magris, según quien, como ya sabemos, el viaje es "un modo, anzi forse il modo per eccellenza per realizzare l'antico 'conosci te stesso' " (4). Ello permite aunque imperfectamente adscribir la novela a los rasgos principales establecidos por el crítico triestino.

Si bien las ideas de Abrams no se dejan aplicar a Xaimaca, como ya lo señalamos en nuestro capítulo sexto, una lectura atenta del viaje circular allí contenido trasluce su propensión helicoidal: enseña al viajero sobre sí mismo, sobre el mundo visible y aquél que comienza un paso más allá de lo visible; comporta una iniciación espiritual que enriquecerá su existencia y le

conducirá al encuentro consigo mismo. Queda al final de su aventura solo pero disponible, "abierto" como se señala tres veces en esos versículos que se entrelazan en las líneas últimas del diario.

## NOTAS

<sup>1</sup> Xaimaca o Xaymaca es el nombre original de la isla. Su significado podría ser "país de madera y agua" o "isla de las fuentes" (Luntta 16).

<sup>2</sup> Fuera de la información contenida en la primera entrada y otras suministradas en páginas posteriores--su nombre: Marcos Galván, su edad: veinticinco años--no sabemos nada acerca del personaje. Este se irá sin embargo construyendo paulatinamente a través de su propio discurso, no en especificaciones concretas sino mediante observaciones y rasgos de estilo, que individualizarán una determinada personalidad.

<sup>3</sup> Esta "nostalgie de l'ailleurs" se refiere al concepto acuñado por Alain Borer: "nostalgies anticipées de l'ailleurs" (19).

<sup>4</sup> La de Cyrano de Bergerac. Tanto una joven mujer como la otra son devoradoras de palabras, siendo el consumo abundante de éstas el primer paso necesario para cualquier otro tipo de relación amorosa.

<sup>5</sup> Claude Lévi-Strauss parece haber tenido una impresión similar del trópico: "Vue de dehors, cette nature est d'un autre ordre que la nôtre; elle manifeste un degré supérieur de présence et de permanence" (102).

<sup>6</sup> Entendemos esta palabra en el sentido que le confiere Mathé: "Donc l'exotisme . . . c'est à la fois le caractère de ce qui nous est étranger, et le goût de ce qui possède un tel caractère. Tel est le sens du latin exoticus, du grec exotikós. Et le préfixe exo-: hors, ajoute à la notion l'impérieuse obligation d'un départ, loin du pays" (14).

<sup>7</sup> La particular fisonomía de Jamaica a que alude M.G., es explicada de esta manera por Karl Luntta: "Jamaica is shimmering green and tall, an island thrust out of the sea during an ancient series of violent, underwater volcanic eruptions. The process, which took place over hundreds of thousands of years or more, has created an island of diverse topography and beauty, half of which is 1,000 feet above sea level" (4).

<sup>8</sup> Para la nueva estética en Xaimaca, véase Collantes de Terán 94-100.

<sup>9</sup> La bahía de Montego, situada al norte de la isla, a unos doscientos quince kilómetros de Port Antonio, fue

nombrada "El Golfo de Buen Tiempo" por Cristóbal Colón. Su nombre actual parece derivar de la palabra española manteca. A fines del siglo pasado se constituyó en importante centro turístico, gracias sobre todo al poder curativo de su agua marina (Luntta 85).

10 En esta entrada M.G. y Peñalba arreglan sus cuentas; es entonces que aparece por primera vez el nombre de Mandeville, ignorado en los microtextos. Mandeville, pueblo tradicional y elegante, se halla al sudoeste de la isla, a unos ciento catorce kilómetros de Kingston y de la bahía de Montego; su altura sobre el mar es de unos seiscientos metros (Luntta 123).

## POSTFACIO

Volvamos sobre nuestros pasos. Hasta aquí se ha ordenado en compartimientos estancos nuestra reflexión, nuestro viaje por los senderos vitales y literarios dibujados por el escritor Ricardo Güiraldes. Es el momento ahora de revisar el contenido de cada uno de aquellos compartimientos en busca de una integración y coherencia finales.

Luego de sucinto inventario de la tradición literaria generada por el tema del viaje con énfasis puesto en los momentos de su evolución que podrían haber pesado en la obra güiraldiana, individuamos en el segundo capítulo, respecto del escritor visto en el marco de sus viajes, tres rasgos decisivos: el viaje como una profunda exigencia, una necesidad casi orgánica; la nostalgia de lo propio entremezclada al conocimiento de lo nuevo, experiencia doble inherente según Ramón Xirau a todo viaje (240); el inmutable retorno al punto de partida. Dicho retorno encaja, como vimos, en una vida caracterizada por un constante viajar: viajes mayores continentales o trasatlánticos, viajes menores correspondientes a un incesante pendularismo entre ciertos privilegiados lugares de la pampa y la ciudad capital. Retorno que involucra la recusación de cualquier universo facticio y apócrifo en favor del lugar primigenio

del cual se ha partido.

Se trató luego, en el tercer capítulo, de reconstruir la privada teoría del viaje de Güiraldes, recomponiendo los fragmentos de ésta que yacen aquí y allá en sus papeles, lo cual califica de asistemáticos y fragmentarios tanto a la teoría como al teorizador. Tal reconstrucción propició el establecimiento de ciertas explorables categorías: Proceso dinámico del viaje, Criterios del viaje, Experiencia del viaje. La dinamicidad del viaje corresponde en el pensamiento de Güiraldes a una sinergia de notas esenciales felizmente acuñadas en expresiones del tipo "asimilar horizontes", "huir lo viejo", "beber lo que viene", "tener alma de proa", las cuales llevan naturalmente a la idea del viaje como un constante andar tras un ideal inalcanzable, presente bajo formas diversas en muchos de sus escritos; el llegar, mero pretexto para partir y el camino como eterna meta cifran, como se vio, su entendimiento de la esencia de viajar, "dirección hacia algo que ni siquiera necesita imaginar, porque la pasión es la del viaje" (Ara 338).

El delineamiento de los criterios del viaje comprende la ecuación referida al viajero como contemplador. En tal contexto Güiraldes establece que el desplazamiento geográfico involucra siempre un acrecimiento del caudal de belleza y es siempre portador de un correlato interior,

el cual se traduce en ascenso del alma hacia ciertos valores considerados deseables. En Experiencia del viaje vimos que para Güiraldes el verdadero viajar compromete no sólo el cuerpo sino también la mente del viajero; que el viaje es una experiencia que transforma al viajero rejuveneciéndole, confiriéndole objetividad, permitiéndole tomar consciencia tanto de su irreductible unicidad como de su generalidad.

En torno a la imagen de un círculo, el del sendero singular y trascendente recorrido por Fabio Cáceres bajo el magisterio de Don Segundo Sombra, se examinó, en el cuarto capítulo, la novela que contiene a ambos. Como quedó mostrado, bajo la apariencia de un orquestado conjunto de situaciones en las que se establece cierto contrapunto entre momentos de aventura y reposorios cargados de tipicidad costumbrista, subyace--con destino a una lectura en profundidad--una intensa coherencia simbólica que, manifestada bajo el signo de la circularidad, contiene los rigores de una iniciación cuyo cumplimiento habilita para la vida y abre al sujeto iniciado a la vera posesión de ella. Extenso y arduo proceso iniciático en que el aprendiz por encima de las múltiples destrezas adquiridas, llega a conocerse a sí mismo, a saber quién realmente es. Aquí aplica recordar lo establecido por Claudio Magris: que el viaje es modo por excelencia de realizar el antiguo gnothi seautón

y que entre los viajes el circular, es decir el que lleva de vuelta a casa, lleva al viajero de vuelta a sí mismo, confirmado en la identidad que le es propia.

La aventura vital de Raucho Galván--revisada en el quinto capítulo--que trasluce según Xirau la experiencia de ausencia y residencia del propio Güiraldes (240), se inscribe igualmente en un círculo y equivale, como la de Fabio aunque notablemente distinta de ésta, a un difícil y arriesgado sendero de autoconocimiento. Mientras Fabio mediante su aventura tiene acceso a un "camino de perfección" (Pellegrini 47), Raucho transita uno de autoengaño y destrucción. Camino que resulta una no menos dura prueba de iniciación que la superada por Fabio, aunque ostensiblemente de signo moral opuesto, gracias a la cual Raucho reconquista la identidad que le es propia, se reinscribe en aquello que por nacimiento estaba destinado a ser. El viaje por él realizado tiene la particularidad respecto del de Fabio que le conduce explícitamente a casa, a aquel territorio fabuloso de la infancia, que había dejado atrás al emprender el soñado y apetecido viaje a París, sin darse cuenta de que lo maravilloso buscado estaba al alcance de su mano. La historia de Raucho encaja por tanto muy ajustadamente en el modelo clásico y tradicional del viaje circular tal como lo visualizara en su momento Claudio Magris.

Estimulados por la intuición taxonómica que registrara

Ghiano al considerar DSS "novela peregrinatio", procedimos a buscar, en el sexto capítulo, el elusivo concepto de peregrinatio en las diversas fuentes que se pusieron a nuestro alcance. Fueron ellas los seminales estudios de Evelyn Underhill, G. V. Smithers, G. R. Owst, Morton W. Bloomfield y Meyer H. Abrams. De dichas formulaciones teóricas la para nuestros propósitos más flexible y abarcadora resultó la extensa y honda exploración de la peregrinatio practicada por Abrams.

Previa revisión de su principal antecedente pagano, Abrams examinó la formulación del concepto de peregrinatio en Agustín y otros comentaristas de la Biblia. Luego de anotar la presencia e importancia de dicho concepto en la literatura cristiana de diversas épocas, el teórico se centró en el espacio del Romanticismo. Si bien el proceso de secularización operado por los románticos afectó a numerosas fórmulas del pensamiento religioso heredado de los primeros siglos, correspondió a nuestros propósitos centrarnos en la adecuación que practicaron ellos sobre la peregrinatio. Al antiguo concepto de peregrinatio--la vida humana entendida como un exilio, una peregrinación en pos de un lugar mejor y más alto respecto del que se había partido--se le provee de nuevos elementos: el énfasis en este mundo del ser humano, de la humana experiencia, de la naturaleza; en la progresiva educación o formación del hombre, concebida ésta como un medio que

permite recuperar en última instancia aquella perdida unidad primaria. Al mismo tiempo se le despoja de otros elementos correspondientes a su versión tradicional: las nociones del más allá y de la redención.

Trasferidas estas ideas al plano estrictamente literario se cristalizan en el siguiente esquema: el viajero (quester) romántico abandona la casa natal en búsqueda de algo que no es inmediatamente visible. Todas las experiencias acumuladas en el camino, sobre todo las adversas, funcionan como un instrumento catalizador: descubre simultáneamente el mundo y a sí mismo a través de sus propias aventuras, siendo las interiores una refracción de las exteriores. El viaje, como el del hijo pródigo, lleva indefectiblemente de regreso a la casa, que consta ser meta inconsciente del que viaja. Detrás de esta meta inconsciente se encubre muchas veces una mujer, aquélla que al partir sin dolor se dejó atrás y a la que se vuelve para consumir una "boda apocalíptica". El viajero retorna al mismo punto del que había partido, pero en un nivel axiológico más alto pues ha sido formado y enriquecido por las experiencias vividas en el camino, constitutorias de una auténtica cosmogonía del ser y su destino: sabrá en ese momento quién es, cuál fue el propósito de todo lo sufrido en el camino y cuál sera su devenir. Se conjuga así el movimiento circular con el progreso lineal creando una figura cara a los románticos,

la del círculo ascendente.

Tanto la historia de Raucho como la de Fabio son susceptibles de ser leídas en "clave de peregrinatio". Como se vio, la de Raucho--versión modificada de la parábola del hijo pródigo--encaja en la silueta de una peregrinatio secularizada, marcadamente antropocéntrica, que gira en torno al hombre y su formación. El proceso formativo que corresponde a su viaje está implícitamente concebido, si atendemos a las ideas de Abrams, como "a fall from primal unity into self-division, self-contradiction, and self-conflict". Tal "caída" es a su vez instrumental para la recuperación de la unidad perdida, no aquella sencilla e indiferenciada del principio, sino otra más alta que incluye todas las diferenciaciones intermedias. "Primal unity" corresponde en la novela a los años de infancia y adolescencia que vivió Raucho en la pampa, por él vista como la tierra prometida y con la cual había llegado a consustanciarse. Una crisis moral obnubila su identidad y le pone en viaje hacia una París que enciende e incendia su imaginación. Así se da comienzo a la "caída" descrita por Abrams. La experiencia parisina, aunque frustrada y decepcionante, cruel y autodestructora, funciona como un elemento catalizador que permite a Raucho superar su crisis y madurar intelectual y emocionalmente.

La recuperación de la unidad perdida se efectúa con

el retorno a la pampa, que significa para Raucho un reencuentro consigo mismo. Sabe en ese momento quién es, cuál fue el sentido de todo lo sufrido en tierra extraña y cuál será su devenir. Las experiencias vividas en aquel voluntario exilio, aunque amargas y dañosas, serán incorporadas al total desarrollo de su personalidad. De esta manera, aquel viaje que en un principio se suponía circular, resulta por ser uno de crecimiento y elevación, definitivamente helicoidal ya que deposita a su protagonista en un plano de valores más alto. Ni siquiera falta para completar el esquema presentado por Abrams, el ingrediente de la "boda apocalíptica", insinuado para el caso respecto de Asunción, hija de la tierra que había sido dejada atrás.

Una lectura en clave idéntica a la empleada para Rauchó permitió reconocer en DSS los rasgos principales propios de una peregrinatio, también en su caso secularizada, antropocéntrica, con énfasis en el hombre y su formación. El proceso formativo correspondiente al viaje realizado por Fabio--viaje formativo por excelencia pues comporta una educación que es toda una iniciación a y para la vida--está, como en Rauchó, implícitamente concebido en términos de "a fall from primal unity into self-division, self-contradiction, and self-conflict". Sin embargo, la estructura triádica inherente al quest interno circular ("unity, unity lost and unity-to-be-

regained") se presentó de manera harto más compleja y sutil en esta novela. "Primal unity" corresponde aquí a un período descrito muy sucintamente en el espacio literario: el libre y feliz vivido en el puestito pampeano al lado de la madre. Aquella unidad se fractura cuando el niño es transferido al pueblo, donde vivirá una vida que no está de acuerdo con su íntima naturaleza y que irremisiblemente le conducirá a esa progresión de "self-division, self-contradiction, and self-conflict" estipulada por Abrams. Gracias a su aprendizaje que equivale a un duro "camino de integración humana" (Ara 231), Fabio superará dichos conflictos interiores. Las pruebas físicas y morales, los fracasos y adversidades enfrentados durante el mismo funcionarán como un instrumento idóneo, que le permite, agotado un largo y trabajoso proceso, acceder al nivel de madurez. También a la plena consciencia de su identidad, pues sincrónicamente el aprendizaje ha significado una lenta reinsertión en aquel espacio mítico de la infancia, que es intrínsecamente una reconquista de su identidad genuina.

Así, la recuperación de la unidad perdida no coincide, como en Raucho, con el término final del viaje, sino que se produce y va creciendo a lo largo de él y está ya madura antes de su acabamiento. La gradualidad del fenómeno conciliatorio contenido en DSS habla sin duda,

como observamos oportunamente, de un artista que desde Raucha hasta DSS refinó notablemente sus medios de ideación y expresión. La reintegración a la sociedad causada por la aceptación de la herencia hace temer a Fabio que pierda una identidad tan trabajosamente recuperada. Pero esa identidad está de tal manera anclada en su psique que ningún hecho exterior puede ya corroerla. No sólo no pierde su identidad de hombre y mejor que hombre de gaucho, sino que todo lo aprendido en las andanzas pampeanas será incorporado como sustrato práctico y moral en su posterior actuación de hombre independiente. Así también este viaje, cuyo final significa un principio en un plano de valores infinitamente más alto que aquél correspondiente al punto de partida, combina el movimiento circular con el progreso lineal para formar un círculo ascendente, figura cara a los románticos y al propio Güiraldes.

El viaje contenido en Rosaura tiene, como se vio en el séptimo capítulo, dos particularidades diferenciales respecto de los viajes que se leen en las demás novelas de Güiraldes: es un viaje realizado exclusivamente en la imaginación, viaje por tanto espiritual o simbólico de acuerdo con la definición de Cirlot; representa un ejemplo--único en Güiraldes--del viaje rectilíneo. Enmarcado en la teoría de Magris, este tipo de viaje implica una huida definitiva de casa: el viajero

rectilíneo es un destructor de valores que trata de trascender la fisonomía tradicional del individuo y que en el proceso se aniquila. Aplicando esta noción al caso particular de Rosaura, tenemos: a resultas de su singular "idilio de estación", Rosaura termina sufriendo las consecuencias de un largo desvarío acompasado por el ir y venir de los trenes. Se evade de la realidad para vivir en un mundo hecho de ensueños y fantasías, mundo feliz y atemporal. Se opera como resultado un cambio tanto en su comportamiento como en su código vestimentario. Esta evasión se intensifica con el tiempo de tal modo que le impide distinguir entre la realidad y sus quimeras, y lo que al principio había traído felicidad, se va transformando gradualmente en una fuente de angustia, desesperación y, en última instancia, locura.

Lanzándose por vía de imaginación al mundo ajeno y tratando así de trascender los límites tradicionales establecidos, Rosaura aniquila su identidad, se pierde a sí misma. Tan profundo es el extravío de su yo que cuando se produce el desengaño final, no puede volverse atrás, salvarse como lo hizo Raucho cuyo extravío, menos radical, pudo ser reencauzado a tiempo. El trágico desenlace de la historia de Rosaura evidencia, como fue anotado, que para su creador, romper con la propia continuidad, con el pasado, la infancia, las raíces no es posible, no por lo menos sin pagar por ello un precio desmesurado.

Xaimaca, considerada por el poeta francés Jules Supervielle una "especie de metafísica del viaje" (cit. por Bordelois 72), ocupa entre las novelas de Güiraldes una posición singular: la de estar enmarcada en la tradición francesa del viaje como autoexploración, instalada en dicha literatura en la época romántica. El viaje güiraldiano involucra habitualmente dos aventuras simultáneas: una hacia afuera, otra hacia adentro y el centro de gravedad suele recaer en la última de éstas. Sin embargo, rasgo distintivo de Xaimaca es que allí se hace consistente verbalización de aquella interior y que ambas aventuras están imbricadas en sostenido contrapunto a nivel textual. Nada sorprendente por lo tanto su amplio repositorio de observaciones de entidad filosófica sobre el impulso y arte de viajar, hecho que plenamente autoriza el juicio de Supervielle. Güiraldes, dotado de evidente "espíritu filosófico", aprovecha esta novela-diario para autoexpresarse en función de la actividad--viajar--que pareciera haber sido la más importante de su existencia individual.

La aventura de Marcos se inscribe, como las de Fabio y Raucho, en un círculo, pero con en su caso la particularidad de que éste no se cierra dentro del espacio literario. El hecho de que el viaje a Jamaica parezca ser sólo uno entre varios realizados por Marcos, persona de elevado nivel social, hace que parte de la teoría de

Magris (la "scissione originaria" y la consiguiente revaloración de casa) se deje aplicar en una instancia meramente conjetural; lo restante de su teoría (el viaje como modo de realizar el antiguo "conosci te stesso") se deja en cambio aplicar cabalmente. El diario de este viajero en búsqueda de paz y serenidad, abierto al universo y auscultativo, cuyos estados de ánimo están permanentemente reflejados en la naturaleza que le circunda, a más de una insoslayable carga de señales referidas al material visual y anecdótico, práctico y pintoresco, propio del ejercicio de viajar, contiene en una proporción abrumadora otro tipo de referencias: las conectadas al viaje interior--más terso pero más riesgoso--al cual se ha entregado implacablemente Marcos. Pensamos en aquella gradual apertura a y compenetración con la naturaleza, canalizadas a través de la persona amada, que conllevan momentos de éxtasis en que se intersecan el tiempo y la eternidad; momentos en que se "toca la raíz de lo infinito" (Ara 209), "momentos de epifanía" como solía llamarlos Joyce (Abrams 421).

Una lectura atenta de este viaje circular, en el cual predomina la geografía interior, trasparenta su tendencia helicoidal: enseña al viajero sobre el mundo--el visible y aquél que comienza un paso más allá de lo visible--y sobre sí mismo; comporta toda una iniciación espiritual que enriquece su existencia y le conduce al definitivo

encuentro consigo mismo. Queda al final solo pero disponible, "abierto" como está triplemente reiterado en los versículos que se engarzan en la conclusión del diario.

Podemos sacar en conclusión de todo lo arriba expresado que al ansia de viajar y ver el mundo, al Wanderlust físico y psíquico del escritor corresponde el Wanderlust y la inquietud de los protagonistas de sus novelas: Fabio, Raucho, Rosaura, Marcos. Cuatro protagonistas de sendas novelas, cada cual con su propia manera de viajar sobre cuatro diferentes geografías y sin embargo todos bajo el común denominador de una búsqueda de algo que no es inmediatamente visible. Conocen a través de sus aventuras el mundo, a los otros y, más importantemente, a sí mismos; viven sus aventuras hacia afuera y, sobre todo, hacia adentro, buscándose como lo hacía en sus viajes el propio Güiraldes, si nos atenemos a las evaluaciones que de ellos hacen Ara y Piquemal Azémarou (13; Carne y hueso 102). Los viajes realizados por Fabio, Raucho y Marcos representan un camino, en general arduo y complejo, de autoconocimiento--en el caso de Rosaura, como fue visto, el autoconocimiento desemboca paradójicamente en un "autodesconocimiento"--, un camino de crecimiento y elevación que les deposita al final de sus aventuras en un plano de valores más alto.

En las tres novelas mayores se divisa una meta claramente reconocible: el lugar de donde se partió y al que se vuelve luego de la peregrinación por el mundo; la inconclusividad de dichas novelas, todas open-ended, indica que la vuelta a casa--tan típica y decisiva en el complejo tejido de viajes que fue la vida de Güiraldes--constituye meramente un paso, fundamental e indispensable, en la trayectoria vital del hombre. El viaje no termina aquí, por lo contrario es aquí donde todo comienza, pues en el universo de Güiraldes el viaje se construye primariamente como metáfora de aquel itinerario más amplio recorrido por el hombre a lo largo de su vida.

## FUENTES BIBLIOGRAFICAS

- Abrams, M[eyer] H. Natural Supernaturalism: Tradition and Revolution in Romantic Literature. New York: Norton, 1971.
- Adams, Percy G. Travel Literature and the Evolution of the Novel. Kentucky: UP of Kentucky, 1983.
- , ed. Travel Literature through the Ages: An Anthology. New York: Garland, 1988.
- Agel, Henri y Geneviève. Précis d'initiation au cinéma. Paris: Les Editions de l'Ecole, 1956.
- Aíta, Antonio. Expresiones. Buenos Aires: Pesce, 1933.
- Albérès, R.-M. L'aventure intellectuelle du XXe siècle: Panorama des littératures européennes 1900-1963. 3a ed. Paris: Albin Michel, 1959.
- Almeida Lucas, Maria Clara de. A literatura visionária na Idade Média portuguesa. Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1986.
- Amelinckx, Frans C. "La réaction de Flaubert au mythe romantique du voyage en Orient". Travel, Quest, and Pilgrimage As a Literary Theme. Comps. Frans C. Amelinckx y Joyce N. Megay. Ann Arbor: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1978. 191-200.
- Amelinckx, Frans C. y Joyce N. Megay, comps. Travel, Quest, and Pilgrimage As a Literary Theme. Ann Arbor: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1978.
- Amigos del Libro. Catálogo de la exposición Ricardo Güiraldes (1886-1927). Buenos Aires: Kraft, 1952.
- Anderson Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1965-66.
- Andreu, Jean et al., comps. Le tango: Hommage à Carlos Gardel [Actes du Colloque International Toulouse 13-14 Novembre 1984]. Toulouse: Université de Toulouse, 1985.
- Ara, Guillermo. Ricardo Güiraldes. Buenos Aires: La

- Mandrágora, 1961.
- Arrieta, Rafael Alberto, comp. Historia de la literatura argentina. 6 vols. Buenos Aires: Peuser, 1958-60.
- Assunção, Fernando O. El gaucho: Su espacio y su tiempo. 2a ed. Montevideo: Arca, 1969.
- Backhouse, Hugo. Chez les gauchos. Trad. Henri Daussy. Paris: Corrêa, 1953.
- Basualdo, Ana. "Intelectuales discuten en Santander del viaje". El País [Madrid] 4 set. 1989: 26.
- . "Circulares y rectilíneos". El País [Madrid] 4 set. 1989: 26.
- Batten, Charles. Pleasurable Instruction: Form and Convention in Eighteenth-Century Travel Literature. Berkeley: UP of California, 1978.
- Battistessa, Angel J. Ricardo Güiraldes: En la huella espiritual y expresiva de un argentino (1886-1986). Buenos Aires: Corregidor, 1987.
- Baudelaire, Charles. Les fleurs du mal. Ed. Ernest Raynaud. Paris: Garnier, 1952.
- "Bayo". Real Academia Española: Diccionario de la lengua española. 19a ed. 1970.
- Beardsell, Peter R. "Güiraldes' Role in the Avant-Garde of Buenos Aires". Hispanic Review 42 (1974): 293-309.
- . Introduction. Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Peter R. Beardsell. Oxford: Pergamon, 1973.
- Becco, Horacio Jorge. "Notas a las obras completas de Ricardo Güiraldes". Obras completas de Ricardo Güiraldes. Eds. Juan José Güiraldes y Augusto Mario Delfino. Buenos Aires: Emecé, 1962. 805-27.
- . "Sinopsis de la vida y obra de Ricardo Güiraldes". Obras completas de Ricardo Güiraldes. Eds. Juan José Güiraldes y Augusto Mario Delfino. Buenos Aires: Emecé, 1962. 803-04.
- Beddow, Michael. The Fiction of Humanity: Studies in the Bildungsroman from Wieland to Thomas Mann. Cambridge: Cambridge UP, 1982.

- Berenguer Carisomo, A. Literatura argentina. Barcelona: Labor, 1970.
- Bernárdez, Francisco Luis. Prólogo. Obras completas de Ricardo Güiraldes. Eds. Juan José Güiraldes y Augusto Mario Delfino. Buenos Aires: Emecé, 1962. 9-24.
- Blackburn, Alexander. The Myth of the Picaro. Chapel Hill: North Carolina UP, 1979.
- Blancpain, Marc. Les truffes du voyage. Paris: Denoël, 1965.
- Blasi, Alberto. "Una amistad creadora: las cartas de Valery Larbaud a Ricardo Güiraldes (1919-1927)". Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Paul Verdevoye. Paris: Archivos, 1988. 431-62.
- . "Cronología". Don Segundo Sombra. Prosas y poemas de Ricardo Güiraldes. Eds. Luis Harss y Alberto Blasi. Caracas: Ayacucho, 1983. 303-12.
- . "Güiraldes: vida y escritura". Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Paul Verdevoye. Paris: Archivos, 1988. 237-70.
- . Güiraldes y Larbaud: Una amistad creadora. Buenos Aires: Nova, 1970.
- . "Mário de Andrade como lector de los vanguardistas rioplatenses". Proc. of the Tenth Congress of the International Comparative Literature Association 22-29 agosto 1982. New York: Garland, 1985. 37-43.
- . "Mito y escritura en Don Segundo Sombra". Revista Iberoamericana 102-03 (1978): 125-31.
- . "Ricardo Güiraldes y la escritura de Don Segundo Sombra". Don Segundo Sombra. Prosas y poemas de Ricardo Güiraldes. Eds. Luis Harss y Alberto Blasi. Caracas: Ayacucho, 1983. 131-55.
- . "Ricardo Güiraldes y Proa". Cuadernos Hispanoamericanos 432 (1986): 29-38.
- . "La ruta de Don Segundo". Río de la Plata 4-5-6 (1987): 295-302. [Actas del Primer Congreso Internacional del Celcirp París, Unesco 23-25 junio 1986]

- . "El tango según Güiraldes". Le tango: Hommage à Carlos Gardel [Actes du Colloque International Toulouse 13-14 Novembre 1984]. Comps. Jean Andreu et al. Toulouse: Université de Toulouse, 1985.
- Bloomfield, Morton W. Piers Plowman as a Fourteenth-Century Apocalypse. New Brunswick: Rutgers UP, 1961.
- Bordelois, Ivonne. Genio y figura de Ricardo Güiraldes. Buenos Aires: Eudeba, 1966.
- Borer, Alain. "L'ère de Colomb et l'ère d'Armstrong". Pour une littérature voyageuse de Alain Borer et al. Bruxelles: Complexe, 1992. 17-40.
- Borer, Alain et al. Pour une littérature voyageuse. Bruxelles: Complexe, 1992.
- Brée, Germaine y Philip Solomon, comps. Choix d'essais du vingtième siècle. Waltham: Blaisdell, 1969.
- Buckley, Jerome H. Season of Youth: The Bildungsroman from Dickens to Golding. Cambridge: Harvard UP, 1974.
- Caillet-Bois, Julio. "La literatura colonial". Historia de la literatura argentina. Comp. Rafael Alberto Arrieta. Vol. 1. Buenos Aires: Peuser, 1958. 3-259. 6 vols. 1958-60.
- . "Lucio Victorio Mansilla". Una excursión a los indios ranqueles de L. V. Mansilla. Ed. Julio Caillet-Bois. México: Fondo de Cultura Económica, 1947. VII-XXXVI.
- Campbell, Joseph. The Hero with a Thousand Faces. Bollingen Ser. 17. 2a ed. Princeton: Princeton UP, 1968.
- Cané, Miguel. Juvenilia. Madrid: Espasa-Calpe, 1932.
- Carilla, Emilio. Estudios de literatura argentina (siglo XX). 2a ed. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 1968.
- . Introducción. El Lazarillo de ciegos caminantes de Concolorcorvo [Alonso Carrió de la Vandra]. Barcelona: Labor, 1973. 11-85.
- Castelli, Eugenio y Rogelio Barufaldi. Estructura mítica

- e interioridad en "Don Segundo Sombra". Santa Fe: Colmegna, 1968.
- Chadourne, Jacqueline. Blaise Cendrars: Poète du cosmos. Paris: Seghers, 1973.
- Chaillou, Michel. "La mer, la route, la poussière". Pour une littérature voyageuse de Alain Borer et al. Bruxelles: Complexe, 1992. 57-81.
- Chambers, Ross. Gérard de Nerval et la poétique du voyage. Paris: Corti, 1969.
- Christian, Jacob y Frank Lestringent, eds. Arts et légendes d'espaces: figures du voyage et rhétoriques du monde. Paris: Presses de l'Ecole Norm. Sup., 1981.
- Cirlot, Juan Eduardo. A Dictionary of Symbols. Trad. Jack Sage. Pról. Herbert Read. 2a ed. New York: Philosophical Library, 1983.
- Collantes de Terán, Juan. Las novelas de Ricardo Güiraldes. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1959.
- "Condition". Webster's New World Dictionary. Ed. 1966.
- "Cosmopolitanism". The American Heritage Dictionary. Ed. 1975.
- Coupric, Alain. Voyage et exotisme au XIXe. Paris: Hatier, 1986.
- Cunqueiro, Alvaro. Viajes imaginarios y reales. Pról. Cesar Antonio Molina. Barcelona: Tusquets, 1986.
- Curley, Thomas M. Samuel Johnson and the Age of Travel. Athens: Georgia UP, 1976.
- Cymerman, Claude. Diez estudios cambacerianos. Pról. Paul Verdevoye. Rouen: Université de Rouen, 1993.
- . "Soledad e incomunicación en los Poemas solitarios de Ricardo Güiraldes (1921-1927)". Río de la Plata 4-5-6 (1987): 273-86. [Actas del Primer Congreso Internacional del Celcirp París, Unesco 23-25 junio 1986]
- Da Cal, Ernesto G. "Don Segundo Sombra, teoría y símbolo del gaucho". Cuadernos Americanos 41.5 (1948): 245-60.

- Daiches, David y Anthony Thorlby, eds. Literature and Western Civilization. 6 vols. London: Aldus, 1972-76.
- Delamer, Mateo. Prólogo. Carne y hueso de Don Segundo Ramírez de Justin Piquemal Azémarou. Buenos Aires: Colombo, 1972. 9-13.
- "Delirium tremens". Webster's New World Dictionary. Ed. 1966.
- Díaz, Nilda. "Don Segundo Sombra: pampa y camino". Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Paul Verdevoye. Paris: Archivos, 1988. 293-317.
- Díez Blanco, Alejandro. La filosofía y sus problemas. Barcelona: Scientia, 1960.
- Díez-Canedo, Enrique. Letras de América; estudios sobre las literaturas continentales. México: El Colegio de México, 1944.
- Earle, Peter G. "Camino oscuro: la novela hispanoamericana contemporánea". Cuadernos Americanos 16.3 (1963): 204-22.
- Echevarría, Evelio. "Función de los cuentos de Don Segundo Sombra". Romance Notes 16 (1974): 232-35.
- Eliade, Mircea. Le mythe de l'éternel retour: Archétypes et répétition. Paris: Gallimard, 1969.
- Etchebarne, Miguel. La pampa. Buenos Aires: Emecé, 1946.
- Fauchereau, Serge. "Treno". Futurismo & Futurismi. Comp. Pontus Hultén. Milano: Bompiani, 1986. 600.
- Finazzi-Agró, E. "Literatura de viagens". Dicionario da literatura medieval galega e portuguesa. Eds. Giulia Lanciani y Giuseppe Tavani. Lisboa: Caminho, 1993. 394-96.
- Franco, Jean. Historia de la literatura hispanoamericana. Barcelona: Ariel, 1981.
- Gálvez, Manuel. La Argentina en nuestros libros. Santiago de Chile: Ercilla, 1935.
- Gandon, Yves. Les voyages. Paris: Wesmael-Charlier, 1965.
- Ganière, Paul. Invitations aux voyages. Paris: Perrin, 1982.

- Garzón, Tobías. Diccionario argentino. Barcelona: Elzeviriana, 1910.
- Germain, Gabriel. Victor Segalen: Le voyageur des deux routes. Pról. Annie Joly-Segalen. Mortemart: Rougerie, 1982.
- Gertel, Zunilda. La novela hispanoamericana contemporánea. Buenos Aires: Columba, 1970.
- Ghiano, Juan Carlos. Constantes de la literatura argentina. Buenos Aires: Raigal, 1953.
- . Introducción a Ricardo Güiraldes. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
- . "Lectura moral, lección ética". La Nación 27 junio 1976, sec. 3a: 1.
- Gide, André. Le retour de l'enfant prodigue, précédé de cinq autres traités. Paris: Gallimard, 1932.
- Giusti, Roberto F. "Dos novelas del campo argentino". Nosotros 208 (1926): 125-33.
- Gómez de la Serna, Gaspar. Los viajeros de la Ilustración. Madrid: Alianza, 1974.
- Gosling, Nigel. The Adventurous World of Paris 1900-1914. New York: Morrow, 1978.
- Grousset, René y Emile G. Léonard. Encyclopédie de la Pléiade: Histoire universelle. 3 vols. Paris: Gallimard, 1956-58.
- Guide Vert Michelin. France. Clermond-Ferrand: Michelin, 1989.
- . Paris. Clermond-Ferrand: Michelin, 1981.
- Güiraldes, Ricardo. "Diario en que toda literatura está ausente" [19 marzo 1923 - 16 set. 1924]. 207 páginas manuscritas "oficio". Colección Alberto Blasi, New York.
- . Don Segundo Sombra. Ed. Paul Verdevoye. Pról. Ernesto Sábato. Paris: Archivos, 1988.
- . Don Segundo Sombra. Prosas y poemas. Eds. Luis Harss y Alberto Blasi. Caracas: Ayacucho, 1983.
- . Obras completas. Eds. Juan José Güiraldes y

- Augusto Mario Delfino. Pról. Francisco Luis Bernárdez. Buenos Aires: Emecé, 1962.
- . Semblanza de nuestro país y otros escritos. Ed. Ramachandra Gowda. Buenos Aires: Búsqueda, 1982.
- Harss, Luis. "Prosas y poemas de Güiraldes". Don Segundo Sombra. Prosas y poemas de Ricardo Güiraldes. Eds. Luis Harss y Alberto Blasi. Caracas: Ayacucho, 1983. IX-XXXIV.
- Henderson, Joseph L. Thresholds of Initiation. Middletown: Wesleyan UP, 1967.
- Henríquez Ureña, Max. Breve historia del Modernismo. 2a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Irving, T. B. "Myth and Reality in Don Segundo Sombra". Hispania 40 (1957): 44-48.
- Jean, Georges. Les voyages en poésie. Paris: Gallimard, 1980.
- Jost, François. "La tradition du Bildungsroman". Comparative Literature 21.2 (1969): 97-115.
- Kovacci, Ofelia. La pampa a través de Ricardo Güiraldes. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires, 1961.
- Larbaud, Valery. "Lettres étrangères: Ricardo Güiraldes". Nouvelle Revue Française 30.1 (1928): 132-37.
- . Oeuvres. Eds. G. Jean-Aubry y Robert Mallet. Pról. Marcel Arland. Bibliothèque de la Pléiade 126. Paris: Gallimard, 1957.
- . "Poètes espagnols et hispanoaméricains". Nouvelle Revue Française 15.1 (1920): 141-47.
- Lecot, Alberto Gregorio. En "La Porteña" y con sus recuerdos: Contribución al estudio de la vida y obra de Ricardo Güiraldes. Pról. Tomás Diego Bernard. Buenos Aires: Rivolín, 1986.
- Leed, Eric J. The Mind of the Traveler: From Gilgamesh to Global Tourism. S.l.: Basic, 1991.
- Lefebvre, Hélène. Le voyage. Paris: Bordas, 1985.
- Lévesque, Robert. "Mort et survie de Valbois". Cahiers des Amis de Valery Larbaud 4 (1969): 5-7.

- Levi-Strauss, Claude. Tristes tropiques. Paris: Plon, 1973.
- Ley, Willy y Sprague de Camp. De l'Atlantide à l'Eldorado. Paris: Plon, 1957.
- Librería "Ricardo Güiraldes". Lista con detalle de los libros, dibujos originales, manuscritos, borradores con notas y apuntes y/o cartas, etc., que podrán ser vistos y adquiridos entre los días 15 al 30 de cada mes, en la sede de la Editorial y Librería "Ricardo Güiraldes", Local 5, Maipú 971, Capital. Mecanograma de 8 páginas "oficio". Colección Alberto Blasi, New York.
- Lichtblau, Myron I. "Formation of the Gaucho Novel in Argentina". Hispania 41 (1958): 294-99.
- Litvak, Lily. A Dream of Arcadia: Anti-Industrialism in Spanish Literature, 1895-1905. Texas: U of Texas P, 1975.
- Lloyd, Norman. The Golden Encyclopedia of Music. New York: Golden, 1968.
- Lois, Elida. "Estudio filológico preliminar". Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Paul Verdevoye. Paris: Archivos, 1988. XXIII-LXIV.
- Lucques, Claire. Les chemins de l'homme: Le tourisme sous le signe de Tobie. Pról. Henri-Irénée Marrou. Paris: Desclée de Brouwer, 1966.
- Lucy Fossarieu, Renée de. Un Français en Extrême-Orient. Avignon: Aubanel, 1958.
- Lukács, Georg. The Theory of the Novel. Trad. Anna Bostock. Cambridge: MIT P, 1973.
- Luntta, Karl. Jamaica Handbook. Chico: Moon, 1991.
- Lussy, Florence de. Jules Supervielle: Poète intime et légendaire [Exposition du centenaire]. Paris: Bibliothèque Nationale, 1984.
- Machado, Alvaro Manuel y Daniel-Henri Pageaux. Da literatura comparada à teoria da literatura. Lisboa: Edições 70, 1988.
- Magris, Claudio. "L'altrove narrato - Convegno sul viaggio". 5 páginas mecanografiadas con correcciones

manuscritas del autor. [Notas usadas en el seminario "Arquitectura del viaje", Universidad Menéndez Pelayo, Santander 28 agosto - 1 set. 1989]. Colección Jytte Michelsen, New York.

Mathé, Roger. L'aventure. Paris: Bordas, 1989.

---. L'exotisme. Paris: Bordas, 1985.

Megenney, William W., ed. Four Essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927). Latin American Studies Program Commemorative Ser. 1. Riverside: U of California, 1977.

Meregalli, Franco. Il gaucho nella letteratura. Venezia: Libreria Universitaria, 1960.

Michelsen, Jytte. "Don Segundo Sombra y la historia de la Argentina rural". Río de la Plata 11-12 (1991): 195-203. [Actas del Tercer Congreso Internacional del Celcirp Universidad de Regensburg, Alemania 2-5 julio 1990]

---. "La forma menipea en Güiraldes". Río de la Plata 4-5-6 (1987): 287-93. [Actas del Primer Congreso Internacional del Celcirp París, Unesco 23-25 junio 1986]

---. "El tema del viaje en Don Segundo Sombra". Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas Barcelona 21-26 agosto 1989. Ed. Antonio Vilanova. Barcelona: PPU, 1992. 819-25.

Miles, David. "The Picaro's Journey to the Confessional: The Changing Image of the Hero in the German Bildungsroman". PMLA 89 (1974): 980-82.

Moliner, María. Diccionario de uso del español. Madrid: Gredos, 1975.

Neruda, Pablo. Confieso que he vivido. Barcelona: Planeta, 1989.

Newton, A. P., ed. Travel and Travelers of the Middle Ages. New York: Barnes, 1968.

Northrop, Frye. A Study of English Romanticism. New York: Random, 1968.

Ohler, Norbert. Reisen im Mittelalter. München: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1986.

- Orlandi, Enzo y Lorenzo Camusso. La Belle Epoque: Fifteen Euphoric Years of European History. New York: Morrow, 1978.
- Owst, G. R. Literature and Pulpit in Medieval England: A Neglected Chapter in the History of English Letters and of the English People. 2a ed. New York: Barnes, 1961.
- Pagés Larraya, Antonio. "Don Segundo Sombra y el retorno". Buenos Aires Literaria 2 (1952): 23-32.
- Parker, Alexander. "The Picaresque Novel". Literature and Western Civilization. Eds. David Daiches y Anthony Thorlby. The Old World: Discovery and Rebirth. London: Aldus, 1974. 177-99. 6 vols. 1972-76.
- Parkinson de Saz, Sara. Introducción. Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Ed. Sara Parkinson de Saz. 2a ed. Madrid: Cátedra, 1981. 11-60.
- Parry, J[ohn] H., ed. The European Reconnaissance. New York: Walker, 1968.
- Pasínetti, P. M. "Masterpieces of the Renaissance". Norton Anthology of World Masterpieces. Comps. Maynard Mack et al. 3a ed. Vol. 1. New York: Norton, 1973. 1133-85. 2 vols.
- Pastoriza de Etchebarne, Dora. Elementos románticos en las novelas de Ricardo Güiraldes. Buenos Aires: Perrot, 1957.
- Pellegrini, Juan Carlos. "El sendero olvidado". Buenos Aires Literaria 2 (1952): 45-47.
- Peñuelas, Marcelino C. Mito, literatura y realidad. Madrid: Gredos, 1965.
- Pereira da Costa, Dalila. Raízes arcaicas da epopeia portuguesa e camoniana. Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1990.
- Piquemal Azémarou, Justin. Carne y hueso de Don Segundo Ramírez. Pról. Mateo Delamer. Buenos Aires: Colombo, 1972.
- . Ricardo Güiraldes: Reportaje a Adelina del Carril. Buenos Aires: Colombo, 1969.
- Pla, Josep. Cabotatge mediterrani. Barcelona: Destino,

1991.

- Previtali, Giovanni. Ricardo Güiraldes y "Don Segundo Sombra". New York: Hispanic Institute in the U.S., 1963.
- Priestley, J[ohn] B[oynton]. Literature and Western Man. New York: Harper, 1960.
- Pró, Diego F. "Bernareggi y Güiraldes: Correspondencias y coincidencias". Boletín de la Academia Argentina de Letras 42 (1977): 303-29.
- Queneau, Raymond, comp. Encyclopédie de la Pléiade: Histoire des littératures. 3 vols. Paris: Gallimard, 1955-58.
- Ramos Oromí, O. Remate especial Ricardo Güiraldes: Manuscritos inéditos y publicados, cuentos, crítica literaria, poemas, poesía, política, correspondencia, dibujos, pintura. Buenos Aires: Ramos Oromí, 1978.
- . Suplemento al catálogo del Remate especial Ricardo Güiraldes. Portada impresa mas 8 páginas "oficio" mimeografiadas sin foliar. Buenos Aires: Ramos Oromí, 1978.
- Renan, Ernest. Vie de Jésus. Paris: Calmann-Lévy, 1964.
- Reyes, Alfonso y Victoria Ocampo. Cartas echadas. (Correspondencia 1927-1959). Ed. Héctor Perea. México: UNAM, 1983. 62-64.
- Richardson, Joanna. The Bohemians. "La vie de bohème" in Paris, 1830-1914. Cranbury: Barnes, 1971.
- Rodríguez-Alcalá, Hugo. Ricardo Güiraldes: Apología y detracción. Asunción: Litocolor, 1986.
- Romano, Eduardo. Análisis de "Don Segundo Sombra". Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Roussel, Romain. Les pèlerinages. 2a ed. Paris: PUF, 1972.
- Roy, Claude. Jules Supervielle. Poètes d'aujourd'hui 15. Paris: Seghers, 1953.
- Sarkany, Stéphane. Paul Morand et le cosmopolitisme littéraire. Pról. Marcel Jouhandeau. Paris: Klincksieck, 1968.

- Sbarra, Noel H. Historia del alambrado en la Argentina. Buenos Aires: Eudeba, 1964.
- Sellier, Philippe. L'évasion. Paris: Bordas, 1989.
- SEM [Georges Coursat]. La ronde de nuit. Paris: Fayard, 1923.
- Shaffner, Randolph P. The Apprenticeship Novel: A Study of the "Bildungsroman" as a Regulative Type in Western Literature with a Focus on Three Classic Representatives by Goethe, Maugham, and Mann. New York: Lang, 1984.
- Siciliano, Enzo. "Quando viaggiare era vivere". Corriere della Sera 12 mayo 1982: 3.
- "Singladura". Real Academia Española: Diccionario de la lengua española. 19a ed. 1970.
- Smithers, G. V. "The Meaning of The Seafarer and The Wanderer". Medium Aevum 26 (1957): 136-53; 28 (1959): 1-22.
- Soler Cañas, Luis. Güiraldes y Areco. La Plata: Cuadernos del Instituto de Literatura, 1971.
- Spencer, Herbert. Education: Intellectual, Moral, and Physical. Trenton: Littlefield, 1963.
- Stanford, William B. The Ulysses Theme; a Study in the Adaptability of a Traditional Hero. 2a ed. New York; Barnes, 1968.
- Stengel, Richard. "Bang the Drum Quickly". Time Magazine 8 julio 1991: 58.
- Swales, Martin. The German Bildungsroman from Wieland to Hesse. Princeton: Princeton UP, 1978.
- Tacca, Oscar. Las voces de la novela. Madrid: Gredos, 1973.
- Tadié, Jean-Yves. Introduction à la vie littéraire du XIXe siècle. Paris: Bordas, 1970.
- Tennant, F. R. The Sources of the Doctrines of the Fall and Original Sin. Pról. Mary Frances Thelen. New York: Schocken, 1968.
- Theroux, Paul. The Old Patagonian Express. New York: Pocket, 1979.

- Torres-Río seco, Arturo. La novela en la América hispana. Berkeley: U of California P, 1949.
- "Trans-Siberian Railroad". The American Heritage Dictionary. Ed. 1975.
- "Tundra". Real Academia Española: Diccionario de la lengua española. 19a ed. 1970.
- Underhill, Evelyn. Mysticism: A Study in the Nature and Development of Man's Spiritual Consciousness. 12a ed. London: Methuen, 1930.
- Vasto, Lanza del. Le pèlerinage aux sources. Paris: Denoël, 1943.
- Vickery, John B., ed. Myth and Literature: Contemporary Theory and Practice. Lincoln: UP of Nebraska, 1966.
- Vicuña Subercaseaux, B. La ciudad de las ciudades. Santiago de Chile: Universo, 1905.
- Weiss, G. H. "Technique in the Works of Ricardo Güiraldes". Hispania 43 (1960): 353-59.
- Weissman, Frida. L'exotisme de Valery Larbaud. Pról. P. Jourda. Paris: Nizet, 1966.
- White, Kenneth. "Petit album nomade". Pour une littérature voyageuse de Alain Borer et al. Bruxelles: Complexe, 1992. 167-96.
- Williams, Neville, ed. Expanding Horizons. New York: Newsweeks, 1974.
- Williams Alzaga, Enrique. La pampa en la novela argentina. Buenos Aires: Estrada, 1955.
- Wolfzettel, Friedrich. Ce désir de vagabondage cosmopolite: Wege und Entwicklung des französischen Reiseberichts im 19. Jahrhundert. Tübingen: Niemeyer, 1986.
- Xirau, Ramón. "Ciclo y vida en Don Segundo Sombra". Cuadernos Americanos 116.3 (1961): 240-47.
- Zbinden, Louis-Albert. Petit supplément au Voyage de Bougainville. Neuchâtel: La Baconnière, 1964.
- Zola, Emile. Pot-Bouille. Ed. Maurice Le Blond. Paris: Bernouard, 1928.